

Jordi Sierra i Fabra

La modelo descalza



Siruela

**JORDI
SIERRA I FABRA**

La modelo descalza



Ediciones Siruela

Primera parte: ALEJANDRA

Segunda parte: ALEXIA

Créditos

Ediciones Siruela

JORDI SIERRA I FABRA

La modelo descalza

Jordi Sierra y Fabra

Para José R. Cortés Criado, por su amistad, su tesis,
mi biblioteca y tantas otras historias compartidas,
humanas y literarias

Primera parte
ALEJANDRA

Llegar a tu casa después de un largo viaje en avión es... lo mejor del mundo.

No importa que vengas de un país exótico, que todo haya ido bien, que los aviones hayan salido a su hora, que el trabajo haya sido de primera y las sensaciones perfectas. No importa nada. Aunque lo eches de menos, aunque ya pienses en el siguiente viaje, aunque tu vida sea volar y disfrutar del mundo, llegar a casa no se puede comparar con ninguna otra cosa.

Además, no venía precisamente del lugar más civilizado. Tener cobertura con el móvil, después de varios días sin ella, significaba estar de nuevo conectado con la maldita Aldea Global. Y no es que yo sea un fanático de la globalización, al contrario. Pero son los tiempos, y hay que vivir de acuerdo con ellos.

Dejé la bolsa del equipaje y la de las cámaras en el suelo, respiré mi aire más familiar, pensé en mi cama...

–Hola –me dije a mí mismo.

Lo primero, abrir un poco las ventanas, para que circulara el aire. Lo segundo, quitarme los zapatos y la ropa, ponerme cómodo. Lo tercero, echarle una ojeada al correo, por si había algo urgente o novedoso. Lo cuarto, escuchar los mensajes del contestador. Nueve, exactamente. Y para todos los gustos. Desde amigos preguntándome dónde estaba y por qué no contestaba al móvil, hasta amigas interesándose por mi salud.

El último era de mi madre.

–Bienvenido. Llámame cuando llegues.

El mismo mensaje que el del SMS que leí en el aeropuerto nada más aterrizar y recuperar la cobertura. Lacónico y directo, como no podía ser menos. La había

llamado no sólo porque fuera mi madre, sino porque el tono era más bien el del trabajo, el de Paula Montornés, dueña y directora de *Zonas Interiores*, nuestra revista. Y cuando empleaba ese tono...

Pero ella también tenía su móvil desconectado.

Lo intenté de nuevo.

Fui a la memoria, activé su número y esperé.

—Lo siento. Ya sabes cómo va esto. Te llamo si me dices quién eres.

—Mamá, soy yo —le dije al buzón de voz—. *I'm at home*.

Dejé el móvil junto al teléfono fijo y por un momento vacilé sin saber qué hacer. Tenía que deshacer la bolsa y echar la ropa a lavar, pasar las fotos al ordenador, cenar algo, ducharme, enterarme de cómo estaban las cosas...

No tenía sueño. El dichoso *jet lag*. No había mucha diferencia horaria, pero el viaje desde el África profunda duró trece horas. Me fui directo a la ducha para relajarme. Sí, ya sé que dicen que cuando llegas de un viaje no has de tomar una ducha ni meterte en una bañera con agua caliente, porque es malo. Pero no sé de nadie que se haya muerto por eso y a mí me apetecía una ducha. Diez minutos bajo un chorro son suficientes para que te olvides del mundo entero.

Salí envuelto en una toalla y me derrumbé en mi butaca favorita, delante de mi equipo de audio e imagen. Pantalla gigante para televisión, películas, DVD, y el resto integrado por un grabador, reproductor, música... Le di al mando a distancia de la tele y lo primero que vi fue lo de siempre. Es decir, lo de siempre antes de irme.

El país seguía igual. Y el mundo.

Los mismos políticos diciendo las mismas cosas, poniendo las mismas caras y gritando las mismas estupideces sin sonrojarse ni recordar que las hemerotecas solían desnudarles a cada momento. Las mismas guerras cada día con el contador de muertos en aumento. Los mismos locos armamentistas y los mismos falsos profetas con sus bocas llenas de dioses. Las mismas vergüenzas internacionales. Lo único diferente era que los niños que veía en la pantalla, víctimas de conflictos o hambrunas, aún estaban vivos, y los últimos que había visto antes del viaje probablemente ya estarían muertos.

Ser periodista es fantástico, lo mejor, pero también es muy duro.

Sobre todo si te comprometes, si te inmiscuyes, si no eres indiferente, si tomas partido y se te revuelven las tripas ante las atrocidades constantes de las que eres

testigo, directo o indirecto, y que se enfrentan a la pasividad de tantos, desde los miserables del G-8 hasta los destructores ambientales.

Siempre recordaré a uno de los jefes de las tribus amazónicas el día en que dijo: «Cuando hayáis destruido el último bosque, agotado el último océano, aniquilada la última especie animal, os daréis cuenta de que el dinero no se come. Y entonces será demasiado tarde».

Le quité el volumen a la televisión y cogí de nuevo el móvil.

Era raro que mi madre lo tuviera desconectado.

A no ser que se encontrara en un teatro, un cine, una cena... o una cita.

Pensé en ello.

Y sonreí.

Ojalá Paula Montornés tuviera una cita. No buscaba un padrastro, pero sí me hubiera hecho ilusión que ella recuperase el pulso de su vida fuera de *Zonas Interiores*.

La revista era su casa, su mundo. Ella y yo.

Gajes de ser hijo único.

—Que conste que te he llamado dos veces —le dije al buzón de voz—. Me voy a la cama en quince minutos y desconectaré. Hasta mañana.

Estaba acabando el mensaje cuando en la pantalla del televisor apareció ella.

Alexia.

Alejandra Galvany.

Me quedé con el móvil en la mano y mi habitual aspecto de tonto viendo aquella imagen tan familiar y, al mismo tiempo, tan especial para mí.

Mi Alexia, aunque para mí sería siempre Alejandra.

Lo extraño era que saliera en un telediario, un informativo de medianoche, no en un programa del corazón. Desde luego no daba la impresión de que el tema fuese alguno de sus pases de moda en cualquier lugar del mundo, ni su fama como *top* internacional, ni tampoco que hablaran de ella por un premio o un escándalo con su ligue más reciente.

Alejandra estaba muy seria.

Lloraba.

Y la rodeaban varios policías.

Tardé demasiado en reaccionar y subir el volumen del televisor. Para cuando lo hice, la noticia tocaba a su fin. Conseguí escuchar las últimas palabras:

—... el asesinato, el baño de sangre...

Y finalmente el párrafo de despedida:

—... la famosa *top model* internacional, protagonista este año de importantes campañas publicitarias y reina de las pasarelas de Milán, París, Nueva York, Tokio y Londres, había desfilado estos días para los más reputados creadores del Salón de la Moda de Barcelona. Del lujo a la cárcel mientras la investigación sigue abierta.

«Asesinato», «baño de sangre», «cárcel».

Me quedé paralizado, convertido en una estatua de piedra delante del televisor, que de pronto cambió de tema y empezó a soltar imágenes de fútbol.

Por eso el inesperado zumbido del móvil, que seguía en mi mano, me sobresaltó tanto que casi me da un infarto.

Era mi madre.

–Hola, Jon. Bienvenido.

–Gracias.

–¿Todo bien?

Miré el televisor y no supe qué decir.

–Depende.

–¿El reportaje?

–Duro.

–De eso se trata.

–Nos cortarán el cuello.

–Un día de éstos, sí.

Le iba la marcha. Era combativa. Siempre.

Y la verdad es que eso me encantaba. Compartía sus locuras, aunque a veces el que se jugara el pellejo por ahí fuese yo.

–Mamá, acabo de ver a Alejandra en la tele.

–De eso quería hablarte.

–¿Ah, sí?

–Hubiera preferido decírtelo yo, pero ya veo que he llegado tarde. Lo siento, Jon.

–¿Qué ha pasado? –intenté que mi voz no denotara mucha tensión.

–Fue hace un par de días. La noticia ha saltado hoy a todos los medios y se están cebando en ella. Ya sabes cómo son estas cosas cuando la carnaza vale la pena.

De todas formas...

–¿Qué?

–Nada, iba a decir que no se sabe demasiado pero sí, se sabe, y es bastante escabroso, por no decir demencial.

–¿Me lo cuentas?

–Salón de la Moda de Barcelona. Alexia vuelve para desfilas, porque vive aquí, o al menos tiene una de sus casas aquí, pero no se prodiga o no la llaman o vete tú a saber. Es una de las sensaciones del certamen. También lo es Christian van Peebles, el súper modelo que está en la cresta de la ola. Los dos coinciden en el desfile de Toni Miró. Como suele suceder cuando se mezclan el hambre y las ganas de comer, su encuentro resulta explosivo y saltan las habituales chispas que sirven para alimentar leyendas y provocar morbo en el personal. Se les ve juntos todo el día, y cuando termina el desfile, siguen juntos, bastante alegres, borrachos, quizá colocados... Dejan un reguero a su paso. Huellas indelebiles. Ninguna discreción y nada de ocultarse. ¿Para qué? Aterrizan en el hotel en el que duerme Christian, el Comtes de Barcelona –lado mar, porque ya sabes que hay dos y el otro está enfrente, lado montaña–, montan el último número porque no hay cava o está cerrado el restaurante o qué sé yo y se meten en la habitación. Por la mañana Alexia aparece en el pasillo chillando como una loca, empapada en sangre de pies a cabeza y medio desnuda. Tiene un ataque de histeria total. Cuando los del hotel entran en la habitación se encuentran a Christian van Peebles no menos bañado en sangre y muerto a cuchilladas. Fin de la historia.

Era bastante buena describiendo cosas, parca, directa... Si se necesitaban los detalles, los proporcionaba. Si no, bastaba con destacar los puntos álgidos de su narración.

Yo estaba blanco.

Mareado.

–¿Jon?

–Sí, mamá. Estoy aquí.

–Siento que todo esto te remueva...

–Ya pasó –mentí–. Aquello fue hace tres años.

La que se mantuvo en silencio ahora fue ella.

Evidentemente no me creía.

–¿Qué dijo Alejandra?

–¿A qué te refieres?

–¿Qué dijo cuando la detuvieron?

–Se la llevaron al hospital, con una crisis nerviosa mezclada con pánico, ansiedad... Hoy ha pasado a disposición judicial y por lo que sé el tema es secreto de sumario. No se sabe nada de su declaración ni de sus motivos...

–¿Motivos? –la detuve–. Por Dios, mamá, Alejandra es incapaz de matar una mosca. Ve sangre y se desmaya. Ve un bicho en una piscina y lo salva.

–¿Cuánto hace que no la ves?

–Ya lo sabes. Desde entonces.

–Es mucho tiempo. La gente cambia.

–Tanto no.

–Cuando se vive frenéticamente, sí.

–Joder, mamá... –suspiré.

–Jonatan, no hables así.

Odiaba los tacos. Y me llamaba Jonatan cuando se enfadaba o se ponía seria.

–Deberías dormir. Llegar de África y encontrarte con esto...

–Estoy bien –se lo solté así, sin más–: Quiero verla.

–Ya lo suponía –su suspiro me envolvió de una forma protectora.

–No tiene a nadie, y necesitará ayuda.

–Tiene padre.

–Él no cuenta y lo sabes. Su madre era su único punto de referencia.

–Descansa, duerme ahora y mañana lo hablamos.

–¿Piensas que es así de fácil?

–Si duermes, mañana estarás mejor, más descansado, y verás las cosas con otra perspectiva.

–Sólo hay una perspectiva.

–Pero ahora no se puede hacer nada. Es más de medianoche.

- Tú puedes telefonar hasta al presidente, no me vengas con ésas.
- Que tenga dos manos izquierdas no significa que haga milagros.
- Tú puedes –se lo repetí marcando cada palabra.
- Sabía que te volverías loco con esto –desgranó mi madre llena de cansancio y pesar.

Loco no era la palabra precisa.

Desconcertado, irascible, preocupado, rabioso... Eso sí. Loco no.

–Buenas noches –inicié la despedida.

–Jonatan...

–Sí, vale.

–Duerme. Tómate una aspirina.

Todo lo arregla con aspirinas. Es un caso.

–Hasta mañana.

Corté la comunicación y apoyé la cabeza en el respaldo de la butaca. Continuaba envuelto en la toalla. Mi cuerpo pesaba una tonelada, así que no intenté incorporarme. El televisor, mudo, emitía los anuncios destinados a hacerme la vida mejor. A mí y a todos los mortales que los estuviesen viendo en ese momento, ya de madrugada, recién nacido el nuevo día.

Hice un barrido por el resto de canales, pero en ninguno se daba ya la noticia.

Apagué el televisor.

Cerré los ojos y entonces Alejandra se apoderó de mi mente y de mis pensamientos.

Tres años atrás.

Hace tres años yo era un joven periodista de veintidós, recién licenciado pero con la experiencia de llevar mucho tiempo trabajando con mi madre en *Zonas Interiores*, más conocida como *Z. I.* Desde el accidente y la muerte de mi padre, todo había sido distinto. Pero la mano de hierro de Paula Montornés había mantenido la nave a flote. Más aún, nos había llevado a convertirnos en la revista de información general más vendida y respetada del sector. Nada de sensacionalismos. Nada de textos basura. Nada de suposiciones, desnudos gratuitos o partidismos. Honestidad, integridad, verdad, reportajes de investigación y denuncia, como el que acababa de llevar a cabo en diversos países de África, y firmas de primera para los artículos de opinión. En ese sentido, la filosofía de mi padre y de ella yo la llevaba impresa como una segunda piel. Mi rápido, rapidísimo salto a la primera línea de combate me había hecho crecer diez años o más en muy poco tiempo.

Me apasionaba el periodismo, pero a veces me olvidaba de vivir como cualquier chico de mi edad.

Nunca olvidaré aquel día.

Cuando mamá me llamó a su despacho y me puso delante la foto de Alejandra.

Vi aquella imagen pura, celestial, de fantasía hecha realidad, como cualquier adolescente, joven u hombre adulto, ve la imagen de la mujer de sus sueños por primera vez. Alejandra no parecía real. Muchos dicen que las chicas de las pasarelas son quimeras, que no existen, que son de plástico o que en realidad es el maquillaje lo que les da forma y las convierte en princesas. Algo de eso hay. Pero cuando una cámara ama un rostro, se nota. Cuando la fotogenia de una cara trasciende al objetivo y alcanza al espectador, no es magia, es seducción. Y cuando una prenda se coloca sobre un cuerpo que desde ese mismo instante la

convierte en la ropa deseada por miles de mujeres en todo el mundo, de lo que hablamos es de poder.

Por todo ello y por mucho más, aquella foto de Alejandra me traspasó.

Sus ojos grises, mirándome fijamente. Su sonrisa perfecta, dibujada como si pronunciara mi nombre en un susurro. El cabello juvenil y negro, orlando su perfil cincelado por la mano de un Leonardo da Vinci divino. El óvalo de su rostro, inmaculado.

El cuerpo.

Las manos.

Sus pies descalzos...

Porque iba descalza.

–Se llama Alexia –me dijo mi madre.

Yo estaba mudo.

–Bueno, en realidad, Alejandra Galvany Pou –continuó ella.

–O sea que es de por aquí –conseguí articular mis primeras palabras.

–De un pueblecito de Lleida.

–Por Dios...

–Si se te cae la baba y manchas la foto te acordarás de mí.

–Muy graciosa.

–Venga, dámela, ya la has mirado bastante, que, si no, no me escuchas.

Me la arrebató de entre las manos y la puso sobre su mesa.

Eso no fue suficiente para que dejara de mirarla de reojo.

–Quiero que hagas un trabajo de campo sobre ella. A fondo.

–¡Bien! –alcé las dos cejas feliz.

–He dicho sobre ella, no con ella.

–¿Qué quieres decir?

–Que te vas a ir a su pueblo y hablarás con todo el mundo que la haya conocido, para descubrir a la verdadera Alexia, para saber cómo es la niña que va a convertirse en una celebridad, en una de las mejores modelos de los próximos años.

–¿Y no hablaré con ella?

–No sería necesario...

–Pero mamá...

–No sería necesario pero sí, hablarás con ella, al final. Primero el trabajo de campo, a fondo. Quiero que estés limpio, descontaminado, que cuando te hablen lo interiorices. Si la tienes presente y la idealizas, algo muy normal en estos casos y más a tu edad, no serás justo ni ético ni mantendrás tu equilibrio interior.

–Jope –la miré alucinado.

–Te lo encargo a ti porque si se lo encargo a otro me maldecirás –sonrió–. Y también porque quiero el punto de vista de alguien más o menos de su edad, sin prejuicios, no un veterano curtido en mil guerras.

–¿Qué edad tiene?

–Diecisiete.

Tragué saliva. La foto era la de una mujer de unos diecinueve o veinte. Es decir, aparentaba diecinueve o veinte, incluso más. Recordé los anuncios que veía muchas veces en nuestra propia revista, pensaba en lo buenísima que estaba la modelo, tenía mis fantasías... y luego resultaba que se trataba de una cría de catorce o quince años. Lo que hacía un buen estilista.

–¿Por qué va a ser una celebridad y una modelo destacada en los próximos años?

–Será portada de *Sports Illustrated* ya mismo. Ya sabes, el número especial baño. La Biblia.

Cada año la modelo elegida para esa portada daba el salto a la fama, se convertía en un icono, una referencia. Mamá tenía razón. Si la habían escogido era por algo.

Bueno, bastaba con ver la foto que seguía sobre la mesa de ella.

–¿Por qué no la he visto nunca hasta ahora?

–Claro que la has visto, pero ni te acuerdas. Hace tres meses salió en un anuncio de Givenchy.

–¿Era ella? –volví a alucinar.

–Sí.

Como camaleones. Cambian y son rubias, morenas o pelirrojas, embutidas en

elegantes trajes de noche o en bañador, anunciando compresas con una sonrisa o un blanqueador dental con otra. Así son ellas. Cualquier revista de moda es un muestrario de cuerpos perfectos y rostros inmaculados.

–O sea, que no es un hallazgo de esos que de la noche a la mañana...

–No –dijo mamá retrepándose en su butaca–. La descubrió por casualidad un cazatalentos cuando tenía catorce años. La misma historia de muchas otras, Kate Moss, Gisele Bündchen... Estuvo un año estudiando y aprendiendo, debutó a los quince y en estos dos últimos años ha ido a toda mecha. Ya la viste en el anuncio de Givenchy. Ahora va a ser la imagen de Mango y se rumorea que también la de una nueva marca de perfumes, y como modelo de pasarela ya se la están disputando los mejores diseñadores. O sea, que es el momento oportuno. Va directa a la cima, y quiero un reportaje antes de que el mundo la devore... o ella devore al mundo.

En aquellos días se llevaba lo latino. Latino pero universal.

Modas, tendencias...

–Es deslumbrante –asentí haciendo una mueca de admiración mientras miraba de nuevo la foto de la mujer que, sin saberlo, estaba a punto de cambiar mi vida.

–Cuidado, casanova –me dijo mi madre entonces.

Era mi madre. Tenía que haberle hecho caso. Ella sabía más de esas cosas.

–Tranquila –recuerdo que me hice el duro–. Ya sabes que a mí las modelos...

–Míralo, qué sobrado.

–Son de otra pasta, mamá. Ay del pobre que se cuelgue de una. Viven en su mundo.

–No hay más que un mundo, Jon: éste –me lo dijo muy seria–. Cada cual es cada cual.

–Pues serán las nubes. Todas las que he conocido están en la suya.

–Las has conocido como periodista, y ellas lo saben. De la misma forma que tú no las ves a ellas como chicas normales y corrientes, tampoco te ven a ti como a un chico normal y corriente. Tú también tienes tu nube.

–Vaya.

–Y además eres guapo –sonrió con orgullo de madre.

–De acuerdo –pasé por alto su comentario–. ¿Cuándo empiezo?

—Termina lo que estés haciendo pero que sea ya. *Sports Illustrated* sale en dos semanas. Para entonces quiero que hayas ido a su pueblo y lo hayas arrasado, en el buen sentido de la palabra. Cuando esté hecha esa parte te concertaré una cita con su agencia y con ella. Y recuerda: quiero un artículo que la desnude, en el buen sentido de la palabra. Quién es, de dónde sale, cómo ha sido todo. Quiero tu enfoque, el estilo Jon Boix.

—¿Ya tengo estilo? —bromeé.

—Ya sabes que sí. Te irás a ese pueblo y hablarás con todo el que la haya conocido, fotografía su casa, las calles, el bosque, el árbol en el que su primer noviete grabó su corazón, el río en el que se dio el primer baño. Me importa muy poco lo que opinen de ella y su futuro, eso de que una española vaya a dar ese salto. Me interesa lo que fue hasta llegar a lo que es hoy. Un retrato humano, Jon. Humano.

Ésa era mi madre. Bueno, aún lo es.

Categórica, directa, firme. Un sargento mayor sin galones, con una tropa formada por periodistas armados con una pluma.

—¿En serio crees que si primero la entrevisto a ella el árbol no me dejará ver el bosque? —insistí frunciendo el ceño.

Paula Montornés puso un dedo sobre la foto de Alexia. Porque entonces para mí todavía era Alexia.

—Esto no es un árbol, Jon —me dijo—. Es un cruce de secuoya y abeto de Navidad.

No, nunca olvidaré aquel día, ni aquellas palabras.

Ni en tres años ni en treinta ni en trescientos.

Por la mañana recuperé viejas sensaciones al subir de nuevo a mi moto. Me gusta su sonido. Ese run-run tan especial, tan lleno de vida. En los distintos países de África que había visitado hice lo más adecuado: alquilar coches. Pero me habría gustado recorrer en moto muchos lugares, aunque fuese tragando el polvo de sus caminos milenarios.

No había dormido demasiado.

Mejor dicho, no había dormido nada.

Alejandra estaba en mi cabeza.

En mi estómago.

Varias veces, a lo largo de la noche, me puse a ver la televisión, por si pillaba algo, una noticia, lo que fuera. Pero ya no se comentó nada más. Al amanecer, en los primeros informativos, no hicieron sino repetir lo mismo que yo había visto al llegar a casa.

Allí estaba ella, con el rostro oculto por unas enormes gafas oscuras, el cabello revuelto, la ropa descuidada de acuerdo con su más puro estilo libertario y cómodo. Rodeada de policías, de periodistas, ausente, sin hablar con nadie, atrapada en una tela de araña de la que no saldría fácilmente.

O de la que tal vez nunca saliese.

Y mientras la veía, todo volvía a mí.

Cada recuerdo, cada palabra, cada...

Llegué a la revista pasadas las diez de la mañana. Mi querida Elsa fue la primera con la que me tropecé, como siempre. La recepción estaba tranquila, balsámica.

Elsa iluminó su cara con una sonrisa de oreja a oreja y hasta se levantó, saliendo de detrás de la media luna de su mesa, para darme dos besos.

Para ella, regresar de África debía de ser como volver de la Luna. Toda una aventura.

–¡Hola, Livingstone! –me demostró su cultura.

–Hola, preciosa.

–Me alegro de que hayas vuelto de una pieza.

–Mujer...

–Si es que todo lo que se ve por la tele es como para morirse.

–Es que allí se mueren, ya ves tú.

–Sí, ¿verdad? –puso cara de pena.

Sonó el teléfono y regresó corriendo a su puesto. Eso me liberó de continuar hablando. Dejé atrás la recepción, con el logo de *Zonas Interiores* presidiéndola y me interné en la redacción pasando al lado de los que estaban en sus puestos de trabajo. Hubo un par de manos alzadas, un par de sonrisas, un par de intentos de detenerme que se vieron frenados por mi paso firme y seguro.

Al que no pude evitar fue a Mariano.

Nuestro «Hombre para todo» me interceptó un par de metros antes de llegar al despacho de mi madre.

–¿Qué tal? –me preguntó.

–Yo, bien. Ellos, fatal –me referí a África.

–¿El reportaje?

–Muy bueno.

–¿Cuándo podré verlo?

–Las fotografías ya mismo –le pasé una memoria USB de máxima capacidad–. El texto depende.

–¿De qué?

–Voy a hablar con mi madre.

–Vale –asintió cerrando su mano sobre la memoria.

Di dos pasos. Ni siquiera pensaba preguntarle a su secretaria si estaba disponible.

La puerta del despacho de la todopoderosa Paula Montornés se abrió de pronto y me encontré de frente con la persona a la que menos quería ver y con la que menos quería hablar, sobre todo después de un viaje.

Nuestro querido Porfirio, director de administración.

–Ah, hola –me miró a los ojos fijamente antes de agregar–: Ya has vuelto.

No era una pregunta, era una aseveración.

–Pues sí, por eso me ves –me salió mi lado irónico.

–¿Qué tal?

–Duro.

–Pero si ibas a recorrer las rutas que siguen las agencias internacionales para descubrir a nuevos modelos en los lugares más recónditos de África –me espetó como si regresara de unas vacaciones caribeñas.

–¿Te hablo del sida, la *sharia*, la ablación de clítoris y otras lindezas típicas de la mayoría de esos países?

No estaba para monsergas. Porfirio era bajo, regordete, calvo. El perfecto jefe financiero. En su mundo sólo había números. El universo se movía regido por ellos. Lo demás...

–¿Me has traído justificantes de todo?

Eso era lo suyo. Ése era Porfirio. Capaz de echarle la bronca incluso a mi madre si no justificaba un gasto. Y yo era su tormento favorito, su eterno clavo en el zapato. Nunca entendía que en la mayoría de lugares no te daban un recibo porque no sabían qué era eso o, simplemente, no tenían papel, y menos un sellito que lo validara.

Más de una vez un gasto sin justificar había ido a parar a mi cuenta.

–De todo, no, Porfirio –le advertí–. Vengo de África. Á-fri-ca. Hoteles, alquileres de coches y gastos mayores, sí, pero comidas, propinas, taxis...

Me atravesó con una mirada de forzada resignación.

Yo era un cabeza hueca.

Y él un santo.

–Pásate por mi despacho antes de irte, ¿vale?

–Lo intentaré.

Otra mirada fulminante. Intentar no era una palabra válida en su concepción laboral. Las cosas, o se hacían, o no se hacían.

–Vale –suspiré rendido.

Se alejó con toda su real dignidad y yo le saqué la lengua por la espalda. Hubo un par de risitas delatorias.

–Lo sé –me dijo Porfirio sin volver la cabeza, como si tuviera ojos en la nuca.

–¡El día que mande yo, lo primero que haré será despedirte! –le advertí.

–¡Ese día no llegará nunca! –siguió su camino–. ¡Tu madre es inmortal!

Me metí a toda prisa en el despacho de ella.

Estaba sentada, con el bastón apoyado en la mesa y al alcance de su mano, como siempre. En mitad de aquel lugar enorme su butaca parecía un trono y su despacho el mundo. Ordenadores, impresoras de papel y de imagen, viejos archivos, estanterías con libros, mesas luminosas para ver las diapositivas que todavía utilizaban muchos fotógrafos de la vieja escuela, para los que las cámaras digitales eran una afrenta, cuadros con sus premios y los de papá, retratos con personalidades...

–Hola, hijo –me saludó con una sonrisa amorosa.

Rodeé la mesa y le di un beso. No me fui por las ramas.

Allí mismo, tres años atrás, me había mostrado aquella foto.

–¿Qué hay de Alejandra?

–Nada.

–Mamá...

–He hecho llamadas –señaló sus teléfonos, los dos fijos y el móvil–, y de momento no hay nada.

–Todo el mundo te debe favores, o quiere debértelos y estar a buenas contigo.

–Pero no soy todopoderosa –manifestó–. Tengo un amigo en comisaría, en la mismísima central, pero aún es pronto. ¿Las palabras «secreto de sumario» te dicen algo? –no quiso ser sarcástica–. Es un caso de asesinato, Jon.

–Vale. ¿Y la última hora?

–No hay última hora.

–Siempre hay una última hora, mamá.

–Ella no es una desconocida, sino una figura pública, y el muerto también. Se mueven con mucho tacto.

–Sabes que no voy a quedarme cruzado de brazos, ¿verdad?

–Jon...

–Soy periodista.

–*Zonas Interiores* no se ocupa de escándalos.

–Van a destrozarla por ser joven, famosa, guapa...

–Y por todos los líos en que se ha metido en estos últimos tiempos, dándoles carnaza de la buena, ¿no crees? –hizo un gesto de cansancio, como si quisiera borrar estas últimas palabras de nuestro disco duro–. Jon, Jon... cariño, ¿quieres que seamos los portavoces de su luz por encima de las sombras de estos años?

–Si hace falta escribiré un reportaje. «El ángel caído» y todo eso.

–No serías capaz.

–Apuéstate algo.

–Tú no eres el más indicado para hablar de ella. Si lo haces saldrás en su pasado y te convertirás en parte de su pesadilla presente.

–O sea, que no quieres que me meta en esto.

–Hace tres años...

–Exacto –la detuve–. Hace tres años. Ni yo soy el mismo ni lo es ella. Si entonces tuve la cabeza sobre los hombros, más la tendré ahora, ¿no te parece?

–Entonces era una niña que emergía hacia un futuro luminoso. Ahora lo acabas de decir tú mismo: es el ángel caído. Jon, tú siempre has sentido debilidad por ser un paladín, el defensor de las doncellas, las ballenas, las focas, la verdad, la justicia...

–Sólo quiero...

–Ya vale, Jon –Paula Montornés alzó una mano agotada–. Haré las llamadas que quieras, pero a su tiempo y dentro de un orden. Por favor.

–Vale, lo siento –no me rendí, pero claudiqué ante ella.

–Háblame de África.

–¿Ahora?

–Sí. Hasta el más mínimo detalle.

–Aquello es un circo –no tuve más remedio que actuar con comedimiento–. Llegan los cazatalentos y los descubridores de las agencias internacionales a un pueblo donde las chicas no han usado zapatos jamás. Seleccionan a las adolescentes más guapas. Les hacen fotos a cambio de cuatro chucherías baratas con muchos colorines y si alguna pasa el filtro, le pagan un viaje a París para probarla. ¿Te imaginas? De un poblado de Somalia, Etiopía o Nigeria, a París. Las arrancan de sus hábitats naturales, muchas sin saber siquiera leer o escribir. No conocen ninguna otra lengua que no sea la suya. Nada. Pero se convierten en candidatas a modelos porque de pronto la moda dice que las africanas de piel de ébano venden o interesan, como mañana serán las asiáticas y pasado las latinoamericanas. La mayoría regresan a sus casas despertando de un sueño, o de una pesadilla. Eso las que regresan y no se quedan para hacer de prostitutas. Un mercado de esclavos.

–Algo que tú escribirás con inteligencia, ¿verdad?

–Ya sabes que sí.

–Sé prudente.

–¿Porque las agencias de modelos trabajan con nosotros?

–Porque no todas son traficantes de esclavas modernas –quiso dejarlo claro–. ¿Tienes material suficiente?

–De sobra.

–¿Cuándo podré ver las fotos?

–Le he dado un USB a Mariano.

–Bien. ¿Y el texto?

–Una semana.

–Tres días.

–Mamá...

–Yo hago más llamadas por lo de Alexia y tú me haces un borrador previo en un par de horas, aunque... –me miró de hito en hito–, apuesto a que ya lo has hecho, en el avión. Tú nunca duermes en los aviones.

Me conocía como si me hubiera parido.

Me había parido.

Salí de su despacho y me fui a mi mesa, en la que solía parar poco, pero que era

mi mesa al fin y al cabo.

Una isla en mitad de aquel océano.

Le había dado a Mariano una memoria USB con las fotos. La otra, la de mis anotaciones en el portátil y el borrador del artículo, la llevaba en el bolsillo del pantalón. Me senté en mi mesa y enseguida comprendí que tenía pocas ganas de ponerme a escribir. Mi cabeza estaba en todas partes menos allí. Por lo general suelo trabajar en casa, es más cómodo, me concentro mejor. Pero hay que guardar las apariencias. Ser el hijo de la dueña y directora no es fácil. Para no parecer un protegido y que se me considere uno más del equipo, aunque mi trabajo sea de campo, no de redacción, tengo esa mesa, como cualquier otro. Y se me exige más. No basta con ser bueno: he de ser brillante. A mí me va la marcha, pero a veces cansa.

Había echado un vistazo a los periódicos antes de salir de casa. Nada nuevo. Ahora estaba consultando en Internet si había algo de última hora. Lo mismo. Repetían los datos del día anterior, y llenaban ya páginas y más páginas con especulaciones de todo tipo. Los fans la defendían. Los que aprovechaban cualquier resquicio para hacer leña de los árboles caídos entraban a degüello. No hay nada más apetitoso para el morbo que una diosa de la belleza golpeada por el destino, bien sea por su culpa o por el azar.

La venganza de los mediocres, los feos, los vacíos de corazón...

Salí de Internet y empecé a releer mis anotaciones. Mi madre tenía razón: había párrafos ya válidos para mi artículo. Necesitaba la entrada y el final. El interior casi estaba hecho. Y por mucho cuidado que tuviera, el tema se salía, resultaba demoledor, así que las agencias se molestarían bastante, inevitablemente. ¿Cómo no mencionar que la «caza» de jóvenes modelos en África, o en otras partes pobres del planeta, era el moderno tráfico de esclavos del siglo xxi?

Las agencias.

Alejandra era una de las estrellas de *Top Uno*.

No tenía a nadie cerca, o pendiente de mí, así que cogí el teléfono y llamé a Elsa para pedirle que me comunicara con la agencia. Colgué y esperé. Un minuto. Cuando sonó la señal retomé el auricular y supe que después de aquello ya no habría vuelta atrás.

Iba a sumergirme de lleno en la pendiente del caso.

Y peor si era cuesta arriba, me costaría más.

Aunque todas las pendientes llevan al infierno.

–Buenos días. Con Máxima, por favor.

–La señora Máxima está reunida y me temo que hoy...

–Dígale que es de *Zonas Interiores*.

–Un momento.

Aunque la llamasen de todos los periódicos, de todas las revistas, de todos los programas de TV o radio, *Zonas Interiores* era diferente, así que solía ser una llave capaz de abrir cualquier puerta. Máxima Álvarez Neekhardt lo sabía. Éramos, además de amigos, buenos clientes suyos. Hacíamos no pocas campañas propias. Y cuidábamos con guante de seda a sus chicas y a la propia agencia.

La voz de la mujer que, a su vez, había sido una de las más famosas *top models* hacía treinta años, llegó hasta mí a través del hilo telefónico.

–¿Sí?

–Soy Jon Boix –le dije–. ¿Cómo estás, Máxima?

Escuché un suspiro prolongado, no de hastío o de enfado por mi llamada, sino de cansancio.

–No muy bien –me confesó–. Estoy consternada y afectada. ¿Y tú?

–Yo, incrédulo. Llegué anoche de África, así que todo esto me ha pillado de improviso.

–Ya.

No parecía muy proclive a la charla. La imaginé en su despacho, como mi madre. Otra diosa. Cincuenta años, todavía muy bella, con mucho estilo, y mimando y protegiendo a sus chicas. Era dura, pero también tierna. Y honrada. Una rara cualidad en su mundillo.

—¿Sabes algo, aparte de lo que dicen los periódicos?

—No, lo siento.

—Te lo pregunto como amigo, no como periodista.

—Lo sé, cariño. Lo sé —su voz se dulcificó—. Pero la tienen metida ahí, en comisaría, y no ha habido forma de hacer nada —noté su estremecimiento al preguntarme—: ¿Te imaginas a Alexia encerrada?

—Escucha —pasé de su comentario—, hace mucho que no la veo, que no sé nada de ella salvo lo que aparece en televisión o en las revistas. Ni siquiera sé que hay de verdad o de mentira en todo ello. Sólo me preocupa saber...

—Mucho es mentira, Jon, o está exagerado, deformado —me interrumpió—. Pero por desgracia la base es real. Hace ya demasiado que se pasó al lado peligroso, el fácil. Desde la muerte de su madre. Eso la privó de su único nexo con la realidad. Se encerró en su cápsula y... adiós.

—No puede ser tan sencillo.

—¡Lo es! ¿Acaso piensas que no hice, que no hago lo que está en mi mano por ella? El desamparo de la soledad es muy duro, tú la conoces, y conoces a muchas modelos. Su punto de equilibrio es muy frágil. Yo intenté hacer de madre y fracasé, porque no puedo ser su jefa y además reñirla y quererla. Le dije que las drogas, los escándalos sentimentales, ser pasto del morbo humano no la ayudaría, al contrario. Le dije que ésa era la peor de las famas, porque es destructora. Una espiral de la que casi nunca se sale. Pero no me hizo caso. No me lo ha hecho en estas últimas semanas, meses... Y ahora esto —reapareció su lado profesional—. ¿Sabes la de contratos que me están cancelando hoy? Eso es mucho dinero, pero no se trata del dinero, sino del síntoma. Cuesta mucho forjar una carrera, y muy poco destruirla.

—¿Cuando has hablado con ella, qué te ha dicho?

—Siempre dice que no me preocupe, que lo tiene todo controlado —soltó un bufido—. Controlado. Es lo que dicen todos, ¿no? Cuando a alguien se le escapa la vida de las manos se dice que lo tiene controlado —su voz se revistió de amargura—. Jon, cielo, lleva tiempo buscando algo, pero ni ella misma sabe qué es. Cuando pienso en vosotros, al comienzo... ¿Por qué no te fuiste con ella entonces? ¿Por qué?

¿Por qué?

—Ya lo sabes —suspiré.

Una estrella emergente, dispuesta a comerse el mundo, y un periodista ávido de vida, dispuesto a hacer de ese mundo su casa.

¿Puede el amor devorar los sueños de dos personas?

–Si hablas con ella dile que haré lo posible por ayudarla –inicié la retirada.

–Y si lo consigues tú, dile que aquí la apoyamos.

Es curioso: en ningún momento nos habíamos preguntado si creíamos que ella había cometido ese crimen.

Tampoco lo hicimos en ese instante.

–Gracias por hablar conmigo, Máxima.

–Gracias a ti, Jon. Cuídate mucho. Y dale un beso a tu madre de mi parte.

Máxima Álvarez Neekhardt no tenía hijos.

Colgué el teléfono y tardé dos o tres minutos en centrar la vista en la pantalla de mi ordenador, donde el texto de mi reportaje sobre las agencias de modelos que iban a la búsqueda de nuevos rostros a los lugares más insospechados seguía esperando.

¿Quién marcaba las tendencias? ¿Quién decidía de pronto que el próximo año volverían los pantalones acampanados o que se impondrían los zapatos de puntera plana? ¿Quién descubría que las rubias ucranianas eran maravillosas, las más hermosas del momento? ¿Y quién ponía de moda a las asiáticas o la necesidad de las modelos de piel de ébano para las pasarelas del futuro?

¿No había bastantes chicas en el mundo occidental, incluso asiáticas o negras, soñando con ser modelos, que tenían que irse a buscarlas a Somalia o Etiopía, sólo porque allí se decía que vivían las chicas más bellas y de cuerpos más perfectos del planeta?

El mundo devoraba modelos como si fuesen palomitas de maíz en el cine. Cada año surgía la necesidad de encontrar caras nuevas, más y más objetos de culto animado. En el fondo era un universo cruel, porque con la aparición de decenas, centenares de nuevas modelos, otras tantas se veían obligadas a dejarlo, a colgar los hábitos, a malvivir, pasar a la oscuridad del erotismo o intentar la caza de un hombre maduro que las convirtiese en dignas estatuas. Algunas eran inteligentes, llegado el momento ponían negocios con el dinero ahorrado, o se casaban y mantenían una vida estable, o hacían lo imposible por mantener el equilibrio mental que representa ser una «vieja» a los treinta años. La mejor edad para cualquier mujer, y la frontera del retiro para las modelos. Detrás de

cada una había una historia.

Y muchas daban para una novela.

Yo acababa de estar en esos países, siguiendo la estela de los cazatalentos y las agencias que iban por los pueblos reuniendo a las jovencitas para proponerles un sueño fácilmente convertible en pesadilla. Quería escribir sobre la soledad de esas niñas arrancadas de sus hogares, con permiso de sus padres, que veían en ello una oportunidad, y llevadas a París, Milán o Nueva York. Noventa y siete de cada cien regresaban o fracasaban. Las segundas quizá ya no quisieran volver a sus casas. Las que sí lo hacían se enfrentaban a otra clase de problemas. ¿Qué habían hecho en el extranjero? ¿Aún eran puras? El sueño se terminaba también así para las familias. Y ya nada era igual en sus vidas. En cuanto a las que sí conseguían posar para buenos fotógrafos o desfilan en una pasarela, la gran pregunta acababa siendo al final si había valido la pena, si habían sido más felices siendo modelos, casi todas del montón, porque no nos engañemos: *tops* sólo hay un puñado.

No podía escribir aquel artículo en mis condiciones.

No estaba centrado.

Un reportaje es investigación más escritura. Talento para ver y habilidad para contarlo. Yo soy bueno en las dos cosas, lo sé, pero cualquiera necesita su propio equilibrio para dar lo mejor de sí mismo.

Me levanté con la excusa de que me hacía falta un café sabiendo que en realidad lo que hacía era huir.

Aunque no podía escapar de Alejandra.

Seguía en mi mente.

Y cada vez, como aguijones punzantes, los recuerdos volvían a mí.

El reportaje, hacía tres años, en su pueblo, con su gente...

De algunos trabajos, hechos hace unos pocos meses, apenas guardo algún recuerdo. Otros, en cambio, realizados con anterioridad, permanecen grabados a fuego, indelebles, como si acabase de llevarlos a cabo unos pocos días antes.

El de Alejandra, antes de conocerla, era de éstos.

El pueblo era pequeño, poco más de tres mil habitantes, salvo que el turismo rural incrementase el número en determinadas épocas del año. Cuando se está habituado a Barcelona, o a cualquier megalópolis urbana del mundo, todo parece pequeño. Además, yo entonces todavía tenía algún que otro prejuicio, una cierta endogamia inevitable. Me faltaban horas de vuelo, tenía que deshacerme de no pocos orgullos y soberbias, aterrizar en los márgenes de otras realidades y volverme todo lo humilde que se necesita ser para luego poder escribir sobre los demás.

Aquella mañana, con mis cámaras y mi mejor disposición, me adentré por primera vez en el perfil humano de Alejandra.

Pasé dos días allí.

Hablé con sus vecinos, con los que la habían visto nacer y crecer, con los maestros de la escuela que le habían enseñado hasta hacía muy poco, con las amigas de toda la vida, con los amigos a los que probablemente habría enamorado sin remisión. Una variopinta flora y fauna. Todos elogiándola. Todos dispuestos a salir en la foto. Ninguna familia. Eso sí era extraño. Los padres se separaron y habían vivido las dos, madre e hija, en la casa de toda la vida hasta el momento en que se hizo indispensable el salto a Barcelona, y de ahí al mundo. Alejandra Galvany no tenía abuelos vivos ni abuelas cargadas de años, amor y experiencia; sus padres eran hijos únicos, así que tampoco existían tíos o tías,

primos o primas. Dos solitarios, como si una maldición ancestral los persiguiera. Sin raíces él cuando llegó al pueblo, huérfana ella después de que una riada se llevara a sus padres nada más casarse.

La primera persona con la que hablé fue una vecina. Vivía en la casa de al lado.

No me gustó, pero fue muy locuaz.

—El día en que se marchó Sebastián fue muy dramático. Ya ve usted, Montserrat estaba enamorada de él. Yo no lo entendía, pero en cuestión de parejas... Y es que Montserrat era un trozo de pan, una verdadera buena persona. Se lo perdonaba todo. Nunca quedó claro por qué se fue él, hay muchas versiones: que si se cansó, que si la falta de trabajo de por aquí le hizo emigrar a otro lado y pasó de cargar con la familia, que si hubo otra... Montserrat nunca dijo nada, ni habló mal de él. Jamás la oí cargar las tintas para hacer que Alejandra odiara a su padre. Eso no. Pero ahora que la niña es famosa, y más que lo será, ya verá usted lo poco que tarda ese hijo de mala madre en salir y dar la cara.

—¿Alejandra fue siempre una niña guapa?

—¡Que va! Si usted supiera... Tenía más complejos... Su madre no sabía qué hacer con ella. Claro, a los doce o trece años ya era alta, muy alta, más que las demás, más que cualquier otro chico incluso, y la llamaban «espárrago», ya sabe usted lo crueles que pueden llegar a ser en la adolescencia. No tenía pecho y llevaba el pelo corto, así que casi parecía un muchacho. Lo asombroso es que aquel hombre la viera y le propusiera ser modelo. Él vio lo que nadie más podía ver.

El director del centro escolar me mostró su aula, el banco en el que ella solía sentarse. Era de plástico, pero por la parte de abajo tenía manchas añejas y algunas marcas hechas con punzones o, quizá, con alguna que otra navaja. Imposible saber si alguna procedía de ella.

El hombre también fue muy gráfico y expresivo al hablarme de Alejandra.

—No era la mejor de las estudiantes —me dijo—. Le ponía voluntad y empeño, pero no se salía. Por lo menos le gustaba leer, y eso la ayudó mucho y hasta la salvó en muchas ocasiones. Porque, mire usted, estudiar no lo es todo. La cultura no sale sólo del estudio o de los libros de la escuela. La cultura es vivir la vida, dentro y fuera del colegio, absorberla sin parar, no perder nunca la curiosidad por nada, y leer, leer sin descanso. Uno deja de estudiar cuando termina la edad en que le toca, ¿y luego qué? Leyendo libros es como uno avanza. Y es lo único que engrasa el cerebro, ¿eh? —se llevó un dedo a la frente.

—¿Era problemática?

–¿Alejandra? No, para nada. Como cualquier otra.

–¿Cuáles eran sus sueños?

–Desde luego, ser modelo no. Jamás lo hubiera imaginado. Creo que habría terminado siendo maestra, mire lo que le digo. Le gustaba mucho el contacto con la gente, y tenía madera, mucha paciencia. Habría estudiado magisterio en un abrir y cerrar de ojos.

–¿Era popular?

–Del montón. Ni la mejor ni la peor.

–¿Conflictiva, problemática, violenta?

–¡No! ¿Qué dice? Conflictos, algunos, como todas, pero nada serio. Y ¿violenta? Nunca la vi pelearse con nadie. No era agresiva, más bien todo lo contrario. Siempre estaba con cosas de Greenpeace, de Amnistía Internacional...

La mejor amiga de Alejandra se llamaba Vanessa. Tenía su misma edad.

Y también era atractiva, muy mujer.

–El día en que me dijo que aquel hombre le había preguntado si quería ser modelo... Nos quedamos como así –puso cara de pasmo–. Las dos. Primero pensamos que era una broma, que le tomó el pelo, pero la tarjeta parecía de verdad, y cuando su madre telefoneó y él le dijo que sí, que era perfecta, que podía ganarse la vida con eso, y muy bien...

–¿Cómo se sentía entonces?

–¡Como un patito feo! A veces se miraba al espejo y decía que era repulsiva, tan planchada por delante y tan delgada. Yo le decía que estaba loca, que era guapísima. Casi todos los chicos fingían pasar de ella, o se reían, pero más de uno, por dentro, estaba colado. Vaya si lo estaba. No sólo era la imagen o el cuerpo, sino también su dulzura. Encima en estos tres años ha dado ese salto, y ese cambio... –Vanessa alzó las cejas en señal de admiración–. No tiene nada que ver con la Alejandra de hace tres años, cuando tenía catorce. Bueno, tú la has visto, ¿no?

–No, todavía no –le dije.

–Pues cuando la conozcas te vas a caer de culo.

Era como cualquier chica de diecisiete años. Me encantó su desparpajo.

Y tuvo razón: me caí de culo.

—¿Tuvo novio, o novios?

—A ella le gustaba Javier —se llevó una mano a los labios—. ¡Ay, Dios, si pones eso viene y me mata! ¡No lo escribas!, ¿vale?

—¿Y Javier pasó de ella?

—Javier era tonto. Eso sí puedes ponerlo si quieres. Es un guaperas que aún se las da de todo y tiene menos cerebro que un mosquito. Pero entonces Alejandra era muy inocente. Yo se lo decía. Yo tengo más mala leche. De todas formas, no pasó nada, tres suspiros, dos lágrimas y punto. Su único novio, y no sé si llamarlo así, fue Pere, unos meses antes de que apareciera el de la agencia. Se les veía juntitos y todo eso. Naturalmente ella me contaba todo, el primer beso, la primera caricia. Entre nosotras, nos reíamos bastante. Pero nunca llegó a estar lo bastante colada. Pere sí. Alejandra no.

—¿Tienes alguna foto?

—¡Sí, claro!

Me enseñó un buen montón, de excursiones, celebraciones de cumpleaños, actividades escolares, verbenas, fiestas en el pueblo...

Aquella Alejandra no tenía nada que ver con la foto que me había enseñado mi madre. Las separaba la misma distancia que hay entre la Tierra y la Luna. Y sí, era un espárrago, alta, delgada, sin curvas, aunque dotada ya de un rostro angelical al que sólo le faltaba un toque mágico.

El toque del mundo de la moda.

Eso y pasar de tener catorce años a formarse con quince, dar el salto con dieciséis y florecer en la plenitud con diecisiete.

—¿Puedes dejarme ésta? Te la devolveré.

—¿Va a publicarla?

—Tal vez.

—De acuerdo.

Estaban las dos juntas, en traje de baño. Dos sucintos biquinis. Me sentí aprendiz de pederasta. Y, en realidad, la guapa de la foto era su amiga, Vanessa.

Salvo porque los ojos de Alejandra ya eran dos brasas.

Aquella expresión...

Hablé con más amigas, con la panadera, con el alcalde del pueblo, con los de

correos, pero no conseguí localizar a Pere hasta el día siguiente. Dormí bien, en una pensión al lado de la plaza mayor. El ex novio de la primera Alejandra, la adolescente, tenía un año más que ella y ya trabajaba. Me costó imaginármelos, una con catorce años y el otro con quince. De buenas a primeras me pareció un chulillo de dieciocho años que no encajaba al lado de la nueva *top*. Luego, hablando, comprendí que no era mal chico y, lo peor, que seguía enamorado.

El puñetero primer amor.

—¿Quién te ha dicho que Alejandra y yo...?

—Vanessa.

—Ah, ya —hizo un gesto de fastidio—. No sé si me gustaría salir en una revista hablando de ella.

—Si tú no quieres, no lo hago. Soy respetuoso con la gente.

—¿Y qué quieres saber?

—¿Cómo era, cómo os enamorasteis, cuándo os disteis el primer beso...? Cosas así.

—Pero eso es privado.

—Si llega a ser todo lo famosa que se espera que sea, prepárate. A lo peor van a invitarte a programas de la tele para que cuentes cómo fue vuestra primera vez.

Se puso rojo.

—Pero si éramos unos críos...

No había habido primera vez con Pere.

Ni siquiera sé por qué pregunté eso.

O tal vez sí.

Quizá mi subconsciente ya me preparaba para lo que iba a venir, alertado desde el mismo instante en que mi madre me enseñó la dichosa fotografía y me quedé colgado, como un tonto.

¡El joven y brillante periodista de veintidós años y la fulgurante modelo de diecisiete!

Por Dios...

—¿Por qué no seguisteis como novios?

—Es que nunca dijimos que fuéramos novios —fue sincero Pere—. Estuvimos

unos meses, y luego, poco a poco... no sé, yo jugaba al fútbol, a ella no le gustaba. Pasamos un verano separados y finalmente llegó ese tipo, la vio y se la llevó a Barcelona. La perdí y desde entonces nos llegaron noticias sesgadas, que si estudiaba, que si la habían contratado para hacer publicidad, que si iba a vivir a Nueva York, que si... Y acabó convertida en una marciana, no sé si me explico.

—¿Te arrepientes de algo?

Me miró fijamente.

—Yo estaba enamorado de aquella Alejandra. La de ahora no la conozco. Para mí ya no es la misma, aunque tal vez si volviera y habláramos... No sé.

Me pregunté aquel día cómo debía de sentirse habiéndola dejado escapar.

Sin saberlo, yo mismo tendría que hacerme esa pregunta apenas unos meses después.

Cuando me fui del pueblo con todo el material para el «trabajo de campo», como lo llamaba mi madre, estaba preparado para escribir el artículo, y creía también estar preparado para enfrentarme a ella, una adolescente de diecisiete años que, además, no era la primera modelo que conocía, entrevistaba o con la que me enfrentaba.

Bueno, ya lo he dicho antes: me faltaban horas de vuelo, superar ese desprecio propio de la juventud, borrar la sensación de superioridad que me confería mi trabajo, el poder que sentía al interrogar a la gente y que ellos me respondieran, ansiosos de ver sus nombres impresos en una revista, aprender a conocer a las personas y, por encima de todo, ser mucho más humilde.

Alejandra fue mi mejor medicina.

Me hizo caer de las nubes de golpe.

El zumbido del teléfono me arrancó de mi nueva abstracción mental.

Estaba en la redacción, sentado delante de mi ordenador, con el texto de lo de África llenando la pantalla y mi cabeza en otra parte.

En el origen, tres años atrás.

–¿Sí? –me llevé el auricular al oído.

–Malas noticias –me soltó la voz de mi madre–. Sus huellas están en el cuchillo. Bueno, la navaja. Dicen que era una navaja.

Cerré los ojos y apreté las mandíbulas.

–Las buenas son que ha salido en libertad bajo fianza porque, según el juez, no hay riesgo de fuga –continuó ella–. Ha costado pero su abogado es bueno.

–¿Dónde está?

–No lo sé, Jon. No soy adivina. Su abogado se la ha llevado. Es todo lo que me han dicho.

–¿Quién es él?

–Rodrigo de Blas.

–¿Le conoces?

Hubo una pausa.

–¿Mamá?

–Sí, le conozco –reapareció su cansancio–. Y tengo su número de teléfono también, porque es lo que quieres, ¿no?

Conocía a parte del mundo, a media España y a toda Barcelona.

–Sí.

–Apunta –otro suspiro delator.

Lo anoté con mano firme y eso fue todo. Ni siquiera colgué el auricular. Corté la línea, volví a abrirla y marqué el número que acababa de darme mi madre. Sabía con lo que me iba a encontrar, pero aun así lo intenté.

Un periodista nunca debe dar nada por supuesto.

–Blas, Comas y Asociados, ¿dígame?

–Querría hablar con Rodrigo de Blas, por favor.

–El señor De Blas está atendiendo asuntos legales fuera del despacho, señor. ¿Quiere hablar con su secretaria o prefiere intentarlo mañana?

Mañana.

El mundo podía haberse ido al garete mañana.

–Pásame con su secretaria, sí.

–¿De parte de?

–Jon Boix, hijo de Paula Montornés –preferí no mencionar la revista.

Cinco segundos. Una música adormecedora.

–¿Señor Boix?

–Buenos días, perdone que la moleste –fui todo lo amable que pude–. Soy amigo personal de Alejandra Galvany. Sé que el señor De Blas la ha sacado de la cárcel y está con ella. Me pregunto si podría facilitarme el móvil de su jefe...

–No, señor, lo lamento mucho –parecía realmente entristecida–. El móvil del señor De Blas es privado. Con mucho gusto yo le pasaré nota de su llamada en cuanto le vea o me llame.

–¿Sabe dónde está?

–No, tampoco.

–Señorita, es importante, y muy urgente.

–Lo siento de veras, señor Boix. Comprenda que el señor De Blas lleva ahora mismo un caso muy difícil y que en estas circunstancias lo que más necesita es calma para preparar su defensa, y en la misma medida proteger a su cliente del acoso de los medios informativos. Es cuanto puedo decirle, de verdad.

Camino cerrado.

—Gracias.

—Si me da sus números de teléfono...

Se los di. El de la revista, el de mi casa y el móvil.

Inútil, pero se los di.

Luego continué con mi mala leche, mi frustración, mi sensación de impotencia, sentado en mi estúpido despacho de la redacción de *Zonas Interiores* con un artículo que no iba a poder escribir ese día, ni al otro, ni sabía cuándo si no hablaba antes con Alejandra o sabía algo de todo aquel embrollo.

¿Su huellas en el cuchillo, perdón, la navaja? Bueno, ¿y qué? Pudo haber intentado sacársela si pensaba que él estaba vivo, o haberlas dejado antes de que le mataran con ella, o el asesino haberle puesto el arma en la mano para que quedaran sus huellas?

Porque si no lo había hecho ella, tenía que existir un asesino.

Era la primera vez que pensaba en ello.

Todo un golpe, directo a mi razón.

Volví a Internet para navegar por su última hora. Las páginas digitales de los periódicos no añadían nada. Que acababa de salir de la cárcel todavía era secreto. Ni siquiera imaginé cómo lo había sabido mi madre. La muy fiera. En otras páginas web tampoco vi noticias relacionadas con el presente, sólo con el pasado, la muerte de Christian van Peebles y la detención de la muy famosa y díscola Alexia.

Teclee «Alexia top model» en el buscador Google y me salieron las primeras 10 páginas de un total de 5.795.209 páginas vinculadas al nombre. Una burrada. Ni rompiéndome las dos piernas y pasando tres meses en una cama habría logrado examinarlas todas. Tampoco era necesario. Lo que buscaba ahora era refrescar mi memoria, volver a recuperar el presente en conjunto, porque llevaba tres años leyendo cosas aquí y allá, sueltas, hasta hacerme un lío mental con ellas. No examinaba una web sobre Alexia, la modelo, desde hacía más de un año, cuando decidí que no le sentaba bien a mi espíritu esclavizarse con esas cosas.

Internet es un inmenso pozo sin fin, lleno de posibilidades, de magia, de caminos infinitos, pero también un gran basurero en el que todo cabe, en el que cualquier imbécil, escudado en el anonimato, puede insultar y decir lo que quiera de quien quiera. Luego, el buscador es ciego, una simple máquina, y puede colocar entre

las primeras páginas seleccionadas la de uno de esos iluminados. En el caso de Alejandra, todo estaba allí, vídeos de algunos desfiles o entrevistas en YouTube, sus mejores fotos, las portadas de todas las revistas, sus desnudos...

Sus desnudos.

Aquel cuerpo maravilloso, objeto de las miradas y el deseo de esos mismos imbéciles.

Uno se lo habían robado los *paparazzi* en Barbados, el otro en las Maldivas. El primero de la parte superior del cuerpo. El segundo integral. En ninguno de los dos casos estaba sola.

Lo más fascinante eran las fotos, camaleónicas, cambiantes siempre. Había una sola Alejandra, pero mil Alexias. Era irresistible contemplar aquella galería de imágenes. Más aún: era increíble pensar en que todo aquello lo hubiese hecho en tan poco tiempo, como si la hubieran clonado.

Lo peor era su vida.

Machacada por los explotadores de escándalos.

¿Cuánto había de verdad y cuánto de mentira en todo aquello? ¿Cuánto de publicidad, de especulación, de realidad...? ¿Realmente había estado con todos aquellos hombres? ¿Cómo? La Alejandra que recordaba era selectiva, tierna, inocente, íntegra, y también algo tímida, todavía llena de asombro por lo que le estaba sucediendo. ¿La muerte de su madre le había afectado tanto como para llegar a todo eso? ¿Tanto sentía su propia soledad? ¿Tanto miedo le daba el silencio que buscaba compañía como el sediento busca agua o el ludópata una tragaperras? ¿Quién la había empujado a *walk on the wild side* de la vida? ¿Cómo se pasaba de ángel a diablo en tan poco tiempo?

Las preguntas me asaetaron la mente.

—¿Y si fuiste tú? —me pregunté a mí mismo en voz alta.

Cerré los ojos.

—No digas tonterías —me respondí—. Hay un antes y un después de la fama. Tú estuviste en el antes y no quisiste meterte en el después.

¿Quién tuvo más miedo, ella o yo?

No me gustaron mis pensamientos, así que abrí los ojos de nuevo y continué leyendo algunas de las páginas, las más coherentes, las que simplemente exponían su biografía sin entrar en detalles.

Yo no aparecía en ninguna.

Lo nuestro había sido... normal, discreto.

Hermoso.

La primera gran tragedia de su vida había sido la muerte de Culver Harris, su novio. Su primer novio, porque nosotros nunca llegamos a emplear esa palabra. Culver había muerto ahogado en una piscina después de caer al agua ciego de drogas. Alejandra estaba allí, en la casa, dormida y tan drogada como él, y fue la que encontró el cuerpo horas después, al levantarse. Una casa alquilada por el propio Culver en Sant Cugat y en la que vivían recluidos. La segunda se derivó del acoso al que la sometió un loco, un tipo llamado Mariano Gálvez. La noche en que se lo encontró en su cama pudo salir por piernas, gritando por la escalera, pero por los pelos. La policía no tardó en detenerle, pero el juicio fue tan escandaloso como se esperaba. Alejandra expuesta a los focos y las cámaras, cuando ella era la víctima. La sentencia de prohibirle a ese loco que se acercara a ella era ridícula. Por último, ya que todos los otros habían sido fugaces, modelos como ella o gente menos famosa que rápidamente daba el salto y lo aprovechaba vendiendo exclusivas a su costa, la aparición de Demian Lapeira, el cantante de Mirada Perdida. Otra pareja explosiva, pero más duradera, hasta el día del accidente, cuando un coche embistió al suyo y Demian salió vivo de milagro aunque con una pierna rota y su inminente gira anulada. Por primera vez en esos días alguien habló ya de «la maldición de Alexia», aunque lo cierto era que la mala suerte la perseguía a ella.

Alejandra acababa de separarse de Demian después de algunos meses turbulentos, con borracheras, drogas, una detención... Y encima él la estaba poniendo a parir por todas partes.

Otro hijo de puta, como Culver Harris.

¿Por qué se acercaba a los malos, los putos chicos malos que sólo le daban problemas?

Ya no seguí más. No valía la pena. Si recordar lo nuestro me hacía daño, más dolor sentía al ver su vida en tres años de auténtica locura. Si tenía aquel historial a los veinte, casi veintiuno, ¿qué sería de ella a los veinticinco, a los treinta...?

¿Por qué hay relaciones que marcan tanto?

—¿Dónde puedes estar? —le pregunté a una de sus imágenes en la pantalla del ordenador.

¿Y si Alejandra no hubiera cambiado los números de sus teléfonos?

Tres años no era mucho tiempo.

Mi móvil era nuevo, tenía menos de un año, aunque para los efectos, como por ejemplo perderme por lugares recónditos de África, poco importaran sus avances tecnológicos. La cobertura era la cobertura. Mi agenda en cambio era vieja. Allí estaban todos los suyos. Y cuando digo todos, me refiero a todos, el privado, el móvil, el de su madre cuando aún estaba viva... No los había pasado a la memoria de mi nuevo cacharro multiuso porque jamás imaginé que podría volver a necesitarlos.

Marqué el de su piso en Barcelona. No tenía los de Nueva York o París o donde diablos tuviera casas ahora. Cuando estábamos juntos todavía no se había comido el mundo. Una voz impersonal, pregrabada, me dijo que el número al que marcaba estaba fuera de servicio y no pertenecía a ningún abonado en la actualidad.

Lo probé con el móvil.

Casi me quedé sin aliento cuando, después del quinto tono, escuché su voz acariciándome el oído.

Alegre, vital, festiva.

–No estoy conectada, lo siento. Pero cuando aterrice de nuevo te llamaré si eres bueno y me dices quién eres.

Una señal acústica.

Mi turno.

Me quedé mudo.

Tanto que acabé cortando la comunicación.

Ya no pude más.

Salí de Internet, cerré el archivo de texto, saqué la memoria USB de su ranura después de arrastrar su icono hasta la papelera en la pantalla, me la metí en el bolsillo, apagué el ordenador y me levanté. Encima lo hice furioso, dispuesto a pelearme con quien fuera si alguien objetaba algo. Y eso incluía a Paula Montornés.

Un minuto después, sin hablar con nadie, cejijunto y envuelto en mi tormenta, o mejor aplastado por ella, salí del edificio decidido a enfrentarme al mundo entero.

Intenté dejar de pensar en Alejandra, la mujer, para concentrarme en Alexia, la modelo.

Para eso necesitaba rebajar la tensión, liberarme de aquella súbita mala leche interior, calmarme, ser racional, es decir, recuperar lo mejor de mí: el instinto periodístico.

Ni siquiera sabía por qué hacía aquello.

Pero tenía que hacerlo.

Alejandra... Alexia había tomado parte en el desfile de Toni Miró. Por lo tanto tenía que empezar por ahí. Lo que hubiera sucedido por la noche tuvo que fraguarse durante las horas previas. Mi madre me había dicho que ella y Christian van Peebles se habían conocido ese mismo día. Los periódicos e Internet lo confirmaban.

Era absurdo que Alejandra hubiera matado a un hombre al que acababa de conocer, salvo que estuviera tan ciega que, por el motivo que fuese, en aquella habitación hubiese perdido el control.

¿Y por qué fueron al hotel del chico, teniendo ella un piso en la ciudad? ¿Discreción? ¿Miedo a que hubiera algún *paparazzi* apostado esperándola?

Noelia Cassassas era la coordinadora de los desfiles de Toni. La encontré en su oficina, como siempre rodeada de ropa, patrones, fotos, listas, datos... Una mujer para todo. Tenía unos cuarenta años y también había sido modelo. De las listas. Le gustaba aquel mundo, así que se había quedado en él. Aunaba la experiencia con la madurez, la discreción con la inteligencia. Las había visto de todos los colores.

Y éramos amigos.

No se sorprendió al verme. Tampoco es de las que se sorprende por nada. Con lo del asesinato casi era lógico que yo estuviese allí, o al menos estaba justificado. Metí la cabeza por la puerta de la oficina, que estaba entreabierta, y fue a la primera que vi. Cuando me acerqué para darle un beso se levantó y me abrazó con afecto.

—Hola, cielo —me susurró al oído.

—¿Cómo estás?

—¿Después de un desfile? —puso cara de agobio al separarse—. Ya conoces el percal. Pero al margen de las circunstancias posteriores, fue un éxito. Hemos tenido muy buenas críticas.

—¿Cuándo no las tiene Toni?

—Venga, que ya sabes que esto es una lucha diaria y que no sirve de nada tener nombre. Los nuevos creadores pisan fuerte.

—¿Te interrumpo?

—No, tranquilo.

—Te imaginas a qué vengo, ¿no?

—Sí —admitió.

—No estoy haciendo ningún reportaje —la previne—. He venido como amigo.

—Pues va a necesitarlo.

—¿Tanto...?

—Sí, Jon. Tanto —fue categórica—. He conocido a muchas modelos, cientos, miles, niñas o mujeres, solas o con sus madres protegiéndolas, pero rara vez he visto a alguien más perdido que ella, más solitario y necesitado. Como un perrito al que le das un hueso y se te acerca moviendo la cola.

—Coño, Noelia —suspiré.

—Es lo que hay, y has venido a preguntar.

—¿Te cae bien?

—Sí, ¿por qué?

—No sé, parece como...

—Que yo crea que se ha echado a perder no significa que me caiga mal. Vivo y

dejo vivir. Esto produce mucha tensión, ya lo sabes, y cada cual se la aligera como puede. Cuando fui modelo, y jamás llegué a la altura de Alexia, pasé por ello. Hoy París, mañana Londres, pasado Nueva York, aeropuertos, aviones, soledad, hombres mirándote por todas partes porque, aunque vayas hecha unos zorros, destacas y tienes que blindarte, cambios de horarios, la necesidad de estar guapa, controlar el peso, vigilar que no te pique un maldito bicho en la cara, o en cualquier parte del cuerpo si vas a hacer un desfile de bañadores... Todo cuenta, son pequeños o grandes detalles, pero todo afecta. A veces, sin más, en una sala de aeropuerto donde haces un cambio de avión, te pones a llorar y no sabes por qué, o te da un ataque de pánico. Y un ataque de pánico en el quinto pino es terrible, lo más angustioso del mundo. ¿Qué tiene de extraño que de vez en cuando te entre la locura, la pasión temporal, un ardor o la necesidad, y te apetezca tirarte a un tío? Fue lo que hizo Alexia la otra noche y ya está. Lo malo es que la cosa terminó fatal.

—¿Te importaría hablarme de cómo fue todo?

—¿A qué te refieres?

—Al día. Hazme un resumen.

—Jon, bastante trabajo tuve yo con todas las modelos como para encima estar pendiente de una sola.

—Vamos, Noelia, que Alejandra era una de las estrellas del desfile. Y digo una por no decir la mejor. Tú siempre has cuidado el detalle. Te apuesto lo que quieras a que la mimaste un poco.

—No me dio tiempo. En cuanto le presentaron a Christian van Peebles...

—¿Cuándo fue eso?

—A primera hora. Ya sabes cómo funciona. Las citamos a todas y a todos en el lugar del desfile, temprano. Primero hubo el natural intercambio de saludos entre las que se conocían, y luego la que quería o el que quería se presentaba a quien quisiera. Teniendo en cuenta que había tres chicas por cada chico... A veces pueden parecer estudiantes en el recreo del cole. Y claro, ahí estaba Christian, que ya sabes que estaba considerado como el tío más guapo de las pasarelas en este momento. Fueron varias las que le sonrieron, pero Alexia se llevó el gato al agua porque el propio Christian, nada más verla, se puso a hablar con ella.

—¿El ensayo...?

—Bien, muy bien, profesional. No hubo que perder mucho tiempo con él. Alexia y

Christian se pusieron a hablar por los codos, pero mientras las demás bebían zumos, o agua, ella ya empezó con el cava. Estaban todas en bata, chancas, relajadas, la mayoría escuchando música con sus iPod, o aprendiendo inglés con auriculares, viendo revistas o leyendo. Nuestra pareja no. Habla que te habla. A la hora de desfilas Alexia se muta, es una fiera, se olvida de todo. En la pasarela no hay nada más. Pero fuera de ella continuó con su juguete.

—¿De qué hablaban?

—No lo sé. No les presté atención. Pero se reían a base de bien, y a veces con las carcajadas se abrazaban el uno al otro, para sostenerse o para empezar ya con el sobe. Fue bastante eléctrico.

—¿Cuando acabó el ensayo fuisteis a la peluquería?

—Sí. Autocar y a Marcel, en la de la calle Valencia. Alexia y Christian se sentaron juntos, y en la peluquería continuó su conciliábulo. Marcel las fue dejando listas una a una, y también a ellos. Comida, autocar de nuevo y al desfile. Las risas de Alexia podían escucharse desde todas partes. Christian la seducía, parecía jugar con ella. Y nuestra Alexia, como una esponja, lo absorbía. Porque a mí me pareció eso, ¿sabes, Jon? Que lo absorbía, necesitada de calor, una caricia, un poco de felicidad.

—¿Cómo desfiló?

—Soberbia. Con la expectación que había levantado después de que ese niño de Demian la pusiera a parir, yo creo que se desquitó. Aplomo, seguridad, dignidad, clase... Jo, Jon, impresionante. Dejó a todo el mundo con la boca abierta. Además Toni le dio los mejores modelos. Un lujo. Christian también salió con nota, pero él sí iba de guaperas, de «aquí estoy yo y da igual lo que lleve». Alexia no. Alexia se funde con la ropa que presenta, y consigue que una realce a la otra. Tiene tanto magnetismo...

—¿Algún detalle significativo, algo especial?

—No, nada.

—¿Y al acabar el desfile?

—Se fueron juntos. Los vi subirse a un taxi.

—Dicen los periódicos que estuvieron bailando en el X's hasta muy tarde, bebiendo sin parar, y que luego ya se fueron al hotel de Christian.

—Si lo dicen los periódicos...

–¿Por qué crees que se fueron al hotel de él?

–Eso sí que lo sé: porque nunca quería que nadie, ningún hombre, subiese a su casa. Para ella eso era sagrado.

«No es cierto», pensé en ese momento. «Yo sí subí.» Pero no se lo dije a Noelia.

–¿Qué sabías de Van Peebles?

–Lo que había leído por ahí, como cualquiera. Me pareció uno de tantos, aunque tan guapo, tan perfecto, con ese cuerpo... En la pasarela, correcto, centrado. En persona, agradable, simpático, con una de esas sonrisas aniñadas que te roban el corazón y no sabes si amamantarlo o llevártelo a la cama...

–Vaya, Noelia –alcé las cejas sorprendido por su arrebató de sinceridad.

–Sí, ya ves, deben de ser los años, o que se me pasa el arroz –se encogió de hombros.

–Ya quisieran muchas de esas niñas tener esos ojos y esos labios y ese cuerpo.

–Jon...

Nos quedamos un momento sin saber qué decir.

Yo no tenía más preguntas.

–No eran más que dos críos jugando –suspiró Noelia Cassassas.

–Pues a alguien no le caía bien el tal Christian.

Los ojos de mi amiga me atravesaron.

–Tú no crees que lo hiciera ella, ¿verdad?

–No.

–Las personas cambian, Jon.

–No tanto.

–Entonces lo siento –manifestó—. Por ella, por ti...

–¿Tienes idea de dónde pueda estar ahora?

–En comisaría –fue explícita.

–Ya no. La han soltado bajo fianza. Y no ha ido a su casa, o al menos no contesta al teléfono.

–¿Cómo quieres que vaya a su casa? Si estará cercada por los *paparazzi*.

Rodrigo de Blas debía de tenerla a buen recaudo.

–Gracias, Noelia –inicié mi retroceso.

–Siento no haberte podido ayudar más.

–Claro que lo has hecho –la tranquilicé—. Eres la primera persona con la que hablo.

–Suerte, Jon.

Nos volvimos a abrazar y a besar. Era toda una mujer, con su vida a cuestas, como cualquiera, y no poca de aquella soledad de la que me había hablado unos minuto antes. La soledad de quien está harto de una buena parte del mundo, porque ha tenido ese mundo unas veces entre las manos, pero casi siempre a cuestas, sobre los hombros.

Un mundo que pesa mucho.

Salí de allí, me subí a la moto y me dirigí a la calle Valencia, entre el Paseo de Gracia y la Rambla de Catalunya, lado montaña.

Marcel tenía la peluquería a rebosar, como siempre. Lo normal era que, entre la selecta clientela habitual, uno se encontrase a actores, actrices, escritores, modelos y demás personalidades de la farándula. Ese día, sin embargo, no vi ninguna cara conocida. Él estaba como siempre, de pie, dando los últimos toques a la cabeza de una mujer entrada en años; pero que lucía un impecable corte de pelo. Acababan de teñirla y parecía dispuesta a salir de allí para embutirse en un traje caro y asistir a una boda, o simplemente irse a lucir palmito. Como todos iban con batas blancas, uniformizando al personal, no supe si realmente era así o no. Tampoco me importó demasiado.

Cuando me vio expandió su natural sonrisa de buena persona y me tendió la mano.

—¿De dónde sales tú tan moreno?

—De África.

—Sopla —continuó finiquitando el cabello de la señora—. Ya me contarás, ¿eh? ¿O tendré que leerlo en la revista?

—Me temo que sí. Sólo he venido a hablar contigo un minuto.

—¿No te quedas? —señaló mi pelo, más largo de lo normal y bastante revuelto e indomable.

—Hoy no.

—¿Y de qué quieres hablar? ¿Profesional o privado?

Miré a la señora, que a su vez me miraba a mí con sus ojos reflejados en el cristal que tenía delante. No le gustaba que distrajera a «su» estilista. Tal vez no supiese que Marcel es de las pocas personas que puede cortarte el pelo y hablar con

quien sea con total eficiencia. Conoce a todo el mundo, todo el mundo le conoce a él, y es imposible que pase dos minutos a tu lado sin hablar con nadie. Al margen de que sus conversaciones contigo siempre son amenas e interesantes, plagadas de anécdotas o historias.

–Cuando termines. Seré rápido, te lo prometo.

–Hoy está la cosa tranquila, descuida. Estos días últimos sí que han sido una pasada, con el Salón de la Moda... Cada día tenía aquí a dos docenas de chicas.

Como si no hubiera otro peluquero en Barcelona.

Aunque ninguno como Marcel, claro.

Por eso la mayoría pasaba por sus manos.

Me aparté unos metros pero no llegué a sentarme. Primero me serví un vaso de agua fría. Observé a sus nuevas chicas, siempre con un estilo propio, siempre con un sello especial. Saludé a Isabel y acabé contemplando la calle desde el ventanal. La primera vez que estuve allí fue también con motivo de un pase de modas. Uno de mis primeros reportajes sobre el entorno de las chicas de las pasarelas. Me encontré con dos docenas de mujeres, presuntamente de bandera, y lo primero que pensé fue que el que las contrató había seleccionado a las más feas. Cuando se lo dije a Marcel se rió.

–Si una modelo tiene los rasgos muy marcados, labios gruesos, es rubia platino, ojos verdes... ¿Qué puede hacerse con ella? Aprovechar sus atributos, potenciarlos. Pero no sabes lo que se agradece que la modelo sea más bien andrógina, y que tú puedas moldearla como quieras, darle la imagen o la personalidad que desees. Míralas bien a todas, y luego pregúntate quién es quién esta noche, en el desfile. Te aseguro que se te caerá la baba y te enamorarás de dos o tres. Pero ahora, todas con mis batas blancas, el pelo mojado, sin maquillar, son como lienzos en blanco.

Tenía razón. Aquellas dos docenas de rostros inexpresivos que tan poco me motivaron en la peluquería, no mucho después me sedujeron y atraparon en la pasarela. Fue mi primera lección. Muchas modelos destacan enseguida, miden metro ochenta, lucen rostros expresivos, ojos enormes, labios carnosos, tienen un estilo inconfundible, clase, y a veces por las calles caminan con sus *books* llenos de *composits*, para ir a un *casting* o a una prueba, y se las reconoce de inmediato. Pero no todas son así. En aquel desfile la tónica era la más neutra. Lo había dicho él: andróginas. La menor tenía dieciséis años. La mayor veintitrés.

Marcel acabó en cinco minutos y dejó a la señora dispuesta para brillar. La vi

retirarse para recoger su ropa y cambiarse mientras él me buscaba por detrás de sus gafas redondas. Culto, refinado y exquisito, él y su mujer forman una pareja especial, única en la Barcelona del estilismo. Por eso todos pasábamos por sus manos.

–Bueno, Jon, tú dirás –me palmeó el brazo.

–¿No te imaginas de qué quiero hablarte?

–Claro que sí –puso una dulce cara de circunstancias–. Ha sido un palo. Yo me he quedado...

–¿Tú que opinas?

–Que es un mal asunto.

–Pésimo.

–Aquí parecían tan alegres, tan llenos de vida. Sobre todo ella. Como si quitarse de encima a ese imbécil la hubiese liberado.

El imbécil era Demian.

–¿Te pareció feliz?

–Sí, risueña, deliciosa, encantadora... Ya sabes de qué forma enamora.

No respondí a su aseveración.

–¿Hablaste con ella?

–Sólo del desfile, su peinado, detalles...

–¿Nada en privado?

–No tuve ocasión. Esto estaba lleno y ya sabes cómo es en días de desfile. Vas a piñón fijo.

–Pero tú no eres tonto. Si no fueras peluquero podrías ser psicólogo. ¿No notaste nada, ni viste ni oíste nada que ahora, con lo que ha sucedido, pueda significar algo?

–¿Estás haciendo un reportaje? –me miró con un deje de duda.

–Sabes que no es mi estilo.

–Entonces...

–Ella no mataría ni a una mosca.

Marcel sostuvo mi mirada. No tuvo que preguntar nada más. Lo captó al

instante.

–Me pidió que la dejara muy guapa –comentó–. Era su vuelta a Barcelona para desfilas y quería epatar al personal, deslumbrar. Y vaya si lo hizo. Estuvo maravillosa. Yo la vi bien, de verdad. Ella y ese chico, Christian, llegaron juntos, hablaron, rieron, no se separaron más que para ser atendidos... Eso fue todo. Parecían amigos de toda la vida. Yo ni sabía que acababan de conocerse por la mañana en el ensayo.

–Me ha dicho Noelia Cassassas que el cava a primera hora ya la puso a tono.

–No estaba borracha, ni él tampoco, si es lo que insinúas –pareció defenderla.

–¿Que sabías de él?

–Nada, lo que había leído en las revistas de modas y alguna de cotilleo. Ni mejor ni peor que otros. Chico guapo, revelación, soltero... Ya sabes tú que este trabajo los quema a una velocidad de vértigo.

–¿Quién pudo querer matarle?

–Ni idea –hizo lo mismo que Noelia, atravesarme con una mirada de fuego al comprender que yo la excluía de cualquier culpabilidad, pero en su caso no dijo nada más.

Quedaba claro que yo no pensaba en Alejandra como asesina.

–Así que no hicieron nada que valga la pena destacar.

–Hablaron por teléfono un par de veces. Los dos.

–¿Ah, sí? –agudicé mis antenas.

–Ninguna se separa de su móvil ni para ducharse. Y tampoco ellos. Es su punto de unión con el mundo.

–¿Oíste algo?

–A Alexia sí. Por lo menos una de las llamadas procedía del impresentable.

–¿Demian?

–El mismo. No dijo su nombre pero deduje que hablaba con él por la forma y el tono y porque le pillé dos frasecitas que sólo pueden ir dirigidas a un gilipollas integral como ése. Alexia le suplicó que no volviera a llamarla, que la dejara en paz. Agregó que era un cerdo y dijo que «ni un céntimo más». Luego se despidió con un elegante «vete a la mierda».

–Así que él la acosaba.

–No sé si es la palabra adecuada pero desde luego no daba la impresión de dejarla en paz, a pesar de lo que ha largado últimamente por todas partes.

–Es un loco peligroso capaz de...

–Jon...

–Ya lo sé.

–Es por si pierdes la perspectiva.

–¿Y Christian?

–¿Con el móvil? Habló en voz baja, tranquilo. Ni estando muy cerca hubiera pillado algo. Me pareció serio y afectado.

–¿Hablabas en inglés?

Se lo pensó.

–No estoy seguro. Creo que sí.

Debía de tener ya otros clientes esperándolo, pero no daba la impresión de andar apurado. Ésa es otra de sus virtudes: la calma. Aunque cuando tiene a treinta modelos y ha de peinarlas en dos horas, o cuando da los últimos toques en la trastienda de un desfile, nadie es más rápido.

–Siento haberte interrumpido –inicié la retirada.

–¿Cuándo fue lo vuestro?

Lo sabía media Barcelona. Por lo menos la media que estaba metida en el universo de la moda.

Ni siquiera sé si eso es bueno o malo, si me deja en un sitio decente como «el tipo que la tuvo» o en el lugar del tonto del culo por haber sido «el tipo que la dejó escapar». Todo tiene dos puntos de vista.

–Al comienzo, coincidiendo con lo de *Sports Illustrated*.

–Y ahora vas de príncipe azul.

–Llegué anoche de mi viaje a África, y desde que me enteré no puedo quitármelo de la cabeza. Ella no, Marcel. Ella no. Cualquiera menos Alejandra.

–¿Quieres que te cuente algo?

Me intrigó. No tuve que invitarle. Me vio la cara.

–Hará cosa de medio año hablamos de ti, antes de que cayera en manos de Demian. Estaba sentada ahí mismo –señaló una de sus sillas frente a los espejos,

de espaldas a los ventanales que daban a la calle–, leyendo *Zonas Interiores* mientras esperaba. Creo que era un artículo tuyo porque cuando me acerqué se puso a hablar de ti. Dijo que seguías siendo el mejor. Y no se trata tanto de la forma de decirlo como de la cara que puso.

–¿Qué clase de cara? –me sentí paralizado entre dos latidos, como un adolescente que espera la decisión más importante de su vida.

–Nostálgica.

–No seas...

–Le dije que te llamara.

–No lo hizo.

–Quizá sí. Tú estabas en Nueva York, haciendo un reportaje. Lo supe porque lo leí a la semana siguiente.

–Tampoco me dejó ningún mensaje.

–¿Cuánta gente deja mensajes si lo único que desea es decir «hola» o quemar una ansiedad o matar una espera? Deja de tener sentido desde el mismo momento en que no hay nadie al otro lado del aparato.

Era hora de irme.

–Gracias por todo –le tendí mi mano.

–Tendrías que arreglarte estos pelos –me reconvino—. La imagen es crucial –recordó algo y añadió–: Por cierto, ¿qué tal tu madre?

–Hecha una fiera.

–Es una fiera –dijo, remarcando la primera palabra.

Tenía toda la razón del mundo y más.

Una fiera que me arañaría en cuanto supiese que andaba por ahí haciendo preguntas con la esperanza de demostrar que Alejandra no podía haber matado a nadie.

El día en que vi por primera vez a Alejandra brillaba el sol.

No tiene nada que ver, lo sé, pero me gusta recordarlo.

Ya tenía los ingredientes, había realizado el trabajo de campo, entrevistado a todos los que pudiera hablarme de su pasado, preparado el terreno... Sólo quedaba la parte final: ella.

Faltaba mi entrevista, profundizar en su alma, tratar de meterme en su cabeza y presentarla como a una persona, un ser humano pero también una privilegiada ante el gran público.

Creía estar preparado.

Creía tener ya la piel curtida.

Pobre de mí.

El ambicioso periodista de veintidós años y la emergente adolescente de diecisiete.

No, nunca se está preparado para el amor, para el golpe que te vuelve el cerebro del revés y te cambia la vida, para el momento en el que descubres que hay un antes y un después, y que en ese vértice asombroso tu existencia ha dado un giro de 180°. Puede que mi subconsciente ya lo supiera, desde el instante en que mi madre me puso aquella foto en las manos. Puede que me negara a mí mismo el menor resquicio, que la mera posibilidad de que yo cayera bajo el influjo de aquella niña se me antojara ridículo. Pero algo en mi interior ya estaba abierto, la tierra esperando la semilla que hiciera brotar un vergel.

Quedamos en su casa, recién estrenada, para hacerle fotos y entrevistarla. Fotos aquí y allá, naturales, no como en el *Hola*, la estrella «enseñando su nuevo piso»

y todo eso. Tampoco se trataba de un ático en Johann Sebastian Bach o alrededores. Era un piso cómodo, confortable, suficiente para ella y su madre.

Aunque ese día Montserrat no estuviese allí.

Nunca estaba cuando nos veíamos, porque al comienzo todavía pasaba algo de tiempo en el pueblo y jamás quiso ser la censora o la implacable vigilante de su hija. Su misión era más de halcón en los viajes que de carcelera en Barcelona.

Creo que quedé deslumbrado por muchas cosas. Las dos primeras las que, en apariencia, quizá sean las menos importantes para muchos otros. La chica que me abrió la puerta era absolutamente natural e iba descalza.

Mi parte fetichista.

Cualquier mujer puede tener unos ojos hermosos, unos labios sugerentes, un cuerpo bonito, pero unas manos perfectas es difícil.

Y aún más los pies.

Alejandra tenía esas manos y esos pies de ensueño que en mis fantasías siempre había soñado.

No iba maquillada, así que parecía lo que era: una adolescente. Al límite, sí, pero una adolescente al fin y al cabo. Comprendí lo que su descubridor había visto en ella, lo que su ojo de experto fue capaz de intuir debajo de su aspecto juvenil. Habían pasado tres años desde entonces, y la niña delgada y sin muchas formas se había convertido ya en un proyecto de mujer completa. Y lo comprendí más y más a medida que hablábamos aquella tarde decisiva. Era el universo escondido bajo sus ojos, la vitalidad latente bajo sus gestos, la felicidad palpable bajo su sonrisa, porque cuando Alejandra sonreía el mundo le hacía palmas y brillaba. Todavía no era una *top model*. Era una modelo viviendo un sueño. Ni siquiera se imaginaba lo que le esperaba después de aparecer en aquella portada. Ni pensaba en el futuro. Para ella todavía era un juego.

Por las paredes de su casa no colgaba ninguna fotografía de sí misma, algo insólito. Los pisos de todas las modelos que he conocido son santuarios, museos de su ego, espejos ciegos que las mantienen vivas.

Cuando le comenté que había estado en su pueblo, hablando con vecinas, maestros, amigas, Pere...

—¿Pere? —abrió unos ojos como platos.

La tranquilicé. Le dije que había sido muy comedido, que no quería publicidad ni había dicho nada de ella que pudiera incomodarla, y que además, yo no era de los

que perseguía exclusivas a costa de cargarme a la gente.

–Me parece que ha transcurrido una eternidad desde entonces –bajó los ojos al suelo con un deje de timidez.

Pese a todo, me sentí como si atravesara su vulnerabilidad, y como el carroñero que escarba en el interior ajeno en busca de un pedacito de carne para echarle diente. Y ni yo ni *Zonas Interiores* somos así.

Otras veces me daba igual lo que pensara el entrevistado, pero a ella quería convencerla.

Y no quise que hablara de Pere, porque ya sentía un poco de envidia de él.

–Hacer un perfil humano de la persona a la que se entrevista, y a la que se van a dar entre tres y cinco páginas de una revista como la nuestra, es importante –manifesté–. Por eso hago muchas preguntas, para hacerme un cuadro mental, aunque no todo vaya a salir en el reportaje, y desde luego nada que no quieras que salga en él o pueda molestarte.

–¿Y a quién le interesará saber de dónde vengo?

–Miles de chicas sueñan con ser modelos y únicamente unas pocas lo consiguen, al menos para vivir con dignidad de ello. Tú no sólo lo eres ya, sino que empezaste por casualidad, muy joven, y después de lo de *Sports Illustrated* se te abrirán todas las puertas del éxito y la fama.

–Eso aterra, ¿no crees?

–No. Desde luego fácil no es, pero si se sabe llevar...

–¿Y cómo se lleva un traje que te cae encima y has de ajustar a tu medida sin tener ni idea de cómo hacerlo?

Hablaba bien. Por supuesto, no había estudiado ninguna carrera, pero leía, devoraba libros, y se notaba su cultura. Interiorizaba y racionalizaba las cosas, las interpretaba. En aquel tiempo todavía podía detenerse a pensar.

–Muchas chicas de hoy en día, para las que serás un referente, tienen los complejos que tenías tú a su edad. Te sentías mal, fea, delgada...

–He descubierto que les ha pasado a muchas modelos. Chicas que lo pasaban realmente mal, y de pronto... se han convertido en iconos femeninos. Creo que poca gente se quiere a sí misma, y más a los catorce o quince años. Ahora sé que hay que dar tiempo al tiempo para que haga su obra, porque forjar una mente y un cuerpo lleva eso: tiempo. Hay personas que maduran antes y otras que tardan

más. Lo complicado es entenderlo en la adolescencia, cuando lo queremos todo ya mismo y a veces una pequeña cuesta se nos antoja una montaña. Cuando se le dice a una quinceañera que en un par de años será tal o cual, no se tiene ni idea de lo que parecen en ese instante un par de años. Suena a eternidad.

Su inocencia era real, no ficticia.

Mientras hablábamos y yo lo grababa todo, le hacía las fotos. De esta forma estaba más distendida y suelta. Le pedí que se cambiara un par de veces de ropa, para que no saliera con lo mismo siempre, y me preguntó qué quería que se pusiese. Le respondí que me daba igual mientras fuese auténtico.

—¿Auténtico?

—Que no pienses en que te están haciendo fotos o en tu profesión. Quiero que te pongas la ropa que llevarías estando en casa viendo la tele o leyendo.

Se la puso, unos vaqueros para unas, una falda para otras, una blusa liviana, una camisa holgada, una camiseta ajustada... pero en ningún momento zapatos. Siempre descalza. Y no podía dejar de mirarle los pies.

A veces se me colgaba del brazo, como si paseáramos por la calle.

Es decir, como pasean las parejas por la calle.

Un contacto eléctrico.

Así que pudo parecer una entrevista casual, pero no lo fue. Mi mente se convirtió en una esponja capaz de absorberla. No me di cuenta en ese momento, pero más tarde sí. Por debajo de toda aquella naturalidad formal con la que nos movimos ambos, surgió ya el morbo, la atracción, el fuego capaz de abrasarnos. Sin darme cuenta, además, la que acabó haciendo preguntas fue ella, que cuánto llevaba de periodista, que si era buen fotógrafo, que si conocía a otros modelos, que cómo era mi vida...

No bastaron aquellas horas.

Anocheció y continuábamos hablando.

De pronto le hice una pregunta más y me respondió:

—Si quieres seguir hablando me temo que tendrás que invitarme a cenar, porque estoy empezando a desfallecer.

No tenía demasiadas opciones para continuar, así que comprendí que necesitaba información.

Y la forma más rápida de conseguirla era pedírsela a mi madre.

Tuve que regresar a la revista.

Nadie me había echado en falta. Aparqué la moto y subí a nuestra planta. Elsa me guiñó un ojo desde el otro lado de su mostrador. Dejé mis cosas en mi mesa y me planté en la puerta del despacho de Paula Montornés. Su secretaria me dijo que estaba sola. Respiré a fondo antes de abrir la puerta y ella alzó los ojos para ver quién osaba entrar sin haber llamado antes.

Al ver que era yo se relajó.

Recordé las palabras de Marcel al despedirnos.

Sí, era una fiera para todo el mundo, pero a mí me adoraba.

Estábamos solos.

—¿Ya me traes el texto? —se sorprendió.

La cojera de su pierna, aquella huella tan visible del accidente que le había costado la vida a mi padre, sólo era física. Mentalmente seguía siendo la persona más rápida que he conocido.

Le bastó con verme la cara para detenerme frente a su mesa.

—Ay, ay, ay —desgranó.

—Lo siento.

—No, la que va a sentirlo soy yo. Tenía que habérmelo figurado. Eres peor que tu

padre.

–Gracias.

–¡No lo digo para halagarte!

–Mamá, no puedo concentrarme, ni hacer nada sin antes saber...

–¿Qué has estado haciendo?

–He ido a ver a Noelia Cassassas y a Marcel.

–¿Y?

–Nada. Alejandra y Christian se conocieron ese día. Tengo que hablar con su abogado como sea, para que me diga algunas cosas.

–Lámalo.

–No está en su despacho y su secretaria se niega a darme su móvil.

–Y quieres que lo llame yo.

La miré a los ojos.

Supongo que vio los de su hijo, pero también captó mi desesperación.

–¿El pasado ha vuelto, Jonatan? –quiso saber.

–Está volviendo –no le hablé de mis *flashes* mentales, ni de los recuerdos que iban y venían en mi cabeza, ni del hecho de que, de pronto, inesperadamente, reviviera alguna de aquellas escenas y me quedara en blanco, como un autómatas. Está volviendo y quiero detenerlo antes de que me haga daño.

–¿Cómo harás eso?

–Cuando sepa si le mató o no. Hasta ahora nadie ha dicho que ella se haya declarado culpable.

Un hijo necesitaba a su madre. Eso lo pillaba bien.

El pugilato visual duró apenas cinco segundos. Alargó la mano derecha y cogió su libreta de direcciones y teléfonos. Alargó la mano izquierda y cogió uno de sus dos teléfonos. No se lo pidió a su secretaria. Marcó el número ella misma.

Ver a Paula Montornés en su ambiente es un lujo.

Llamó al despacho de Rodrigo de Blas y preguntó por una tal Blanca. A la tal Blanca le dijo lo que quería –quería, nada de necesitar: quería– el número del móvil privado de su jefe. Su tono no admitía réplica. La tal Blanca, sumisa como un corderillo, se lo pasó y ella lo anotó para dármelo. Así de fácil, y yo a cuadros.

Le dio las gracias, cortó la comunicación y marcó ella misma.

Ningún buzón de voz.

—¿Rodrigo? —la oí preguntar—. Paula Montornés, ¿cómo está? —las pausas eran breves mientras respondía él—. ¿Se acuerda de mí?... Sí, exacto, fue una buena fiesta... Lamento molestarle pero es por un tema urgente... Sí, ioh, gracias, es muy amable! Fue un maravilloso reportaje... Bien, bien, me encanta oírlo... De acuerdo... Le paso a mi hijo, que es el que lleva el tema del que necesito su ayuda y se lo repito: gracias de antemano... Muy amable, sí... ¡Cuando quiera!

Puso una mano en el auricular para que no se escuchara su voz, dejó de sonreír y me lo pasó diciendo:

—Es tuyo.

La conozco hace veinticinco años, y sigue impresionándome.

—¿Señor De Blas?

—¡Tú debes de ser Jon!, ¿verdad? Un placer, hijo. Y no me llames señor de Blas: Rodrigo. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Soy amigo de Alejandra... bueno, de Alexia.

Al otro lado de la línea sobrevino un silencio lleno de aristas.

—Rodrigo, perdone...

—No, no, tranquilo. Debí haberlo imaginado —su tono estaba revestido de pesar.

—Escuche, no se trata de un reportaje para la revista.

—¿Ah, no?

—Necesito verla.

—Eso es imposible.

—Háblelo con ella.

—No es el momento. Está tan afectada que... bueno, sigue en estado de *shock*. Lo que necesita es calma y tranquilidad, estar alejada de los focos y que la cuiden. Ella misma me ha pedido que la mantenga aislada.

¿Quién podía cuidarla si estaba sola? No tenía a nadie.

Se me pasó por la cabeza de forma tan fugaz que ni lo retuve.

—Dígale que se trata de mí.

Otro silencio. Pensé por un momento que estaba con él.

–No puedo traicionar la confianza de un cliente, ni por tu madre.

–Ella querría verme –le dije sin estar seguro de si eso era cierto–. ¿Está en su casa?

Me certificó lo que ya imaginaba:

–No, menuda locura sería eso. Puede que haya un enjambre de *paparazzi* en la puerta.

–Entonces dígame cómo está.

–Rota.

–¿Qué le ha dicho a la policía?

–No puedo...

–Por favor, Rodrigo. Necesito saber si lo hizo.

Miré a mi madre. Sus ojos eran dos piedras negras. Cuando lo mío con Alejandra, se mantuvo casi al margen. Casi. Yo sabía lo que pensaba y un par de veces soltó alguna de sus perlas. Comprendió que lo nuestro no era un simple cuelgue, pero tampoco hubiera apostado nada por nuestro futuro. Una vez me dijo:

–Alejandra y tú sois como dos gotas de agua en todo, empezando por el hecho de no tener padre.

La respuesta de Rodrigo de Blas se me hizo eterna.

–No.

La sangre se evaporó de mi cuerpo.

Me quedé frío.

Inmensamente aliviado pero frío.

–Lo sabía –musité–, pero necesito oírse lo decir.

–Cuando se levantó de la cama él ya estaba muerto.

–¿Qué número de habitación...?

–La cuatrocientos dieciocho.

–¿Ha dicho algo más?

–Que no recuerda nada, pero que desde luego es consciente de que Christian van Peebles estaba vivo cuando ella se durmió. Y ahora... por favor, no más

preguntas, ¿de acuerdo?

–Me ha ayudado mucho.

Fin de la conversación.

–Está asustada, así que si algo necesita es que la gente crea en ella.

–Eso y amigos.

Un suspiro.

–Cuando pueda asimilarlo o esté más relajada le diré que has llamado.

–Gracias.

Cortamos la comunicación y de no haber sido por mi madre me hubiera quedado un buen rato con el teléfono en la mano, absorto. Mecánicamente me guardé el papel con su número de móvil anotado.

–No lo hizo –le dije.

No respondió.

–Todo el mundo asegura que es inocente, pero yo sé que ella no lo hizo, mamá – insistí.

–Supongo que es inútil que te pida que te centres en tu trabajo.

–Dame un par de días.

–No necesito darte lo que vas a tomarte de cualquier forma.

Esta vez no agregé aquello de «eres como tu padre», porque en el fondo también era como ella.

–Gracias –me despedí.

–¿Me mantendrás informada?

–Ya sabes que sí.

–¡Oh, sí! –me despidió con una sonrisa.

No me fui de la redacción de inmediato. Volví a mi mesa, abrí el ordenador y esta vez tecleé en el buscador el nombre de Christian van Peebles. No tenía cinco millones de páginas como Alejandra, pero sí dos millones. Navegué por las cincuenta primeras sin encontrar nada relevante salvo una infinidad de fotos y datos biográficos repetidos. Holandés de nacimiento, británico de adopción, la misma edad que yo, veinticinco, modelo desde la infancia pero dos años y pico en la élite internacional, soltero, sin pedigrí sentimental con famosas, lo cual en

cierto modo era raro.

—¿Quién querría matarte? —le pregunté a una imagen suya que llenaba toda mi pantalla y en la que aparecía con un ajustado traje de baño que realzaba todos sus encantos.

Él no me contestó.

La voz de Xavi, a mi espalda, sí.

—¡Joder, cómo está el tío! Ya sabía que eras un poco gay tú...

No estaba para muchas bromas, así que ni le contesté y captó el mensaje.

Cinco minutos después apagué el ordenador y me fui. Ya era la hora de comer y no quedaba apenas nadie a mi alrededor.

Pero yo no tenía hambre.

El Hotel Comtes de Barcelona es un doble edificio destinado al turismo más o menos selecto. Las dos partes dan al Paseo de Gracia, esquina con la calle Mallorca, una a cada lado de la calle. El de los hechos era el del lado mar. Yo sólo quería verlo desde el exterior, y luego hablar con alguno de los empleados que hubiera sido testigo de los acontecimientos, pero al ver la fachada tuve una idea. Las habitaciones tenían balconcitos, y en la parte de la calle Mallorca bastante juntos. Con un poco de suerte la 418 tal vez fuera uno de ellos.

No perdía nada probando, únicamente dinero.

Sujeté el casco a la moto con la cadena y entré en su vestíbulo en el momento en que un grupo de japoneses armados con sus minicámaras digitales se disponía a salir a la calle al encuentro de Gaudí. Reían y bromeaban sin levantar la voz. Otro grupo llenaba la entrada, creo que de yanquis, con sus atuendos estafalarios, pantalones cortos, sombreros ridículos y rostros colorados. Hubiera podido llegar hasta los ascensores sin problemas y subir a donde quisiera sin que nadie me preguntase nada.

Como si quisiera matar a alguien.

Me acerqué a recepción y esperé a que una chica morena y uniformada me preguntara en qué podía atenderme. Le dije que quería una habitación, para una sola noche. Dijo que iba a ver la disponibilidad y entonces le solté:

—Me gustaría la 417, por favor.

Sus manos dejaron de teclear. Sus ojos se dirigieron a mí con cara de susto. Los suplió por otros de sospecha. No supo muy bien qué hacer y buscó a alguno de sus compañeros para que la auxiliaran. Uno atendía a unos clientes y el otro estaba al teléfono, así que se comió el marrón. No era tonta la niña.

–Me temo que la habitación 417 está ocupada, señor.

–Entonces la 419.

Estaba claro que yo no era un turista. Aun así no me dijo nada. Sus ojos siguieron mirándome con luces negras cargadas de sospechas. No podía preguntarme abiertamente para qué quería yo una habitación al lado de otra en la que se había cometido un espantoso crimen. Sí, podía ser un periodista, pero dado que la habitación estaba cerrada y sellada, probablemente porque la policía todavía no había terminado con ella, y por lo tanto no tenía acceso a la misma, también cabía la posibilidad de que yo fuese un fan de Alexia o de Christian, o un curioso, o un fetichista negro o cualquier *rara avis* universal.

Pensé que me diría que también estaba ocupada, pero no.

–De acuerdo, señor –se rindió–. ¿Me deja una identificación y una tarjeta de crédito?

Le entregué el DNI y la Visa. Se quedó los dos y siguió tecleando. Cuando descubrió que vivía a no demasiadas calles del hotel me miró por tercera vez, agitada y más y más preocupada. Siguió callando. Hizo los trámites, firmé un recibo de Visa en blanco por si me fugaba sin pagar, me devolvió el DNI y la Visa y me entregó la identificación y la tarjeta magnética de la puerta.

–¿Quiere que le ayuden con el equipaje? –me dijo con un puntito de ironía.

–No, gracias –le guiñé un ojo.

Sentí su mirada en mi espalda mientras caminaba hacia los ascensores.

Mientras subía al quinto piso pensé en algo inesperado. Había hoteles en los que los números pares quedaban a un lado del pasillo y los impares al otro. Siendo así, la 419 estaría en frente de la 418, no al lado. Contuve la respiración y sentí alivio al descubrir, ya en la planta quinta, que no, que las habitaciones seguían un orden correlativo.

La puerta de la 418 no tenía sellos policiales o precintos. Miré el suelo. Por allí había salido Alejandra medio desnuda cubierta de sangre, según las informaciones. Quizá fuese menos, pero daba lo mismo. El suelo era de mármol, así que no quedaban rastros de aquellas pisadas.

¿Por qué siempre evocaba a Alejandra con los pies descalzos?

Me metí en mi habitación y no perdí el tiempo. Me importaba muy poco lo que hubiera en ella. Casi grité al ver que mi balconcito exterior daba a la calle Mallorca, no al más populoso Paseo de Gracia. Por el momento me arropaba la

suerte, y en ocasiones eso es más de lo que cualquiera puede pedir o soñar. La puerta que daba al balcón era corredera, de doble cristal, y no tenían puesto el pestillo de seguridad, algo habitual en muchos hoteles con este sistema de cierre, que o bien no funciona o no se utiliza, y más en los pisos altos. Salí para estudiar el terreno. El balcón de la 418 quedaba a mi izquierda, a una distancia de poco más de un metro. No tan grande como para que no pudiera salvarla, pero tampoco tan pequeña como para sólo dar un salto. Además, si alguien de la calle, o de las casas de enfrente, me veía, se armaría la de Dios es Cristo.

Me lo tomé con calma.

Llamé al restaurante y pedí un sándwich para comer algo. Luego al servicio de habitaciones para que me enviaran una camarera con una toalla. Me senté a esperarlos y conseguí cinco minutos de calma. Ordené mis ideas. Lo necesitaba. Sin embargo, que al otro lado de la pared hubiera estado Alejandra haciéndolo con aquel modelo guaperas para luego pasar lo que pasó, no era la mejor de las ayudas ni un aporte para la serenidad. Me alegré de que llamaran a la puerta.

La camarera.

Llevaba un uniforme azul claro planchado, que contrastaba con su tez oscura, quizá peruana o ecuatoriana. Era bajita y regordeta. Me entregó la toalla y se dispuso a marcharse de nuevo.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —la detuve.

No supo qué responderme y yo continué:

—¿Estaba usted cuando sucedió lo de aquí al lado?

Sus ojos se llenaron de susto.

Su boca de miedo, porque no la abrió.

Yo ya tenía dos billetes de cincuenta euros en la mano.

—Por favor...

—No vi nada —me dijo—. No sé nada.

—¿No vio a esa pareja?

—No, señor.

O era honrada o no se fiaba. Miró el dinero pero no hizo nada para cogerlo. De todas formas Alejandra y Christian habían llegado de noche, aunque la aparición de ella gritando por el pasillo ya fuera por la mañana, cuando las camareras solían limpiar las habitaciones.

–¿Le ha comentado algo alguna compañera que sí lo viera?

–No.

No iba a retenerla. Se apartó de mí como si estuviese apestado y se encaminó a los ascensores.

Regresé a la habitación y esperé otros cinco minutos.

El sándwich llegó de la mano de un chico joven, más o menos de mi edad. Me lo dejó en la mesita y cuando me pidió que firmase el justificante yo le hice la pregunta:

–¿Atendiste tú a la pareja de aquí al lado la otra noche?

Como si tuviese un muelle en la espalda, se envaró de golpe.

Yo ya tenía mis cien euros en la mano.

Eso le suavizó.

–No, no fui yo, pero Ismael me lo contó.

–¿Quién es Ismael?

–Un compañero.

–¿Puedo hablar con él?

–Tiene otro turno –dijo mirando los cien euros.

–¿Qué te contó?

–Pues que ella estaba muy buena y él era un cromo. Les trajo lo que pidieron a las tantas y pudo fijarse un poco.

–Dicen que hubo un altercado porque no había cava o estaba cerrado el restaurante o algo así.

–Eso fue antes de subir a la habitación. Pidieron una marca determinada y no había. El hombre se puso como una moto.

–¿Y ella?

–Ella reía.

–¿Algún detalle más?

–No, no señor.

–¿Alguien sospechoso rondando por ahí?

Alzó las cejas. Para él cualquier turista debía de ser sospechoso. Pero de locura.

Le entregué uno de los dos billetes de cincuenta.

—Gracias, señor —se quedó añorando el otro—. Si desea algo más...

—Si recuerdas algo más...

Subió y bajó los hombros demostrando que no era así, pero que ya le gustaría. Luego también me dejó solo.

Ya no esperaba a nadie. Me zampé el bocadillo de cinco bocados y me dispuse a jugármela. Salí al balconcito e inspeccioné la calle Mallorca y los edificios de enfrente. Nadie miraba hacia arriba. Nadie asomado a las ventanas. Eso sí, tenía que ser rápido. Tomé aire, me subí al alféizar del mío y alargué el cuerpo hasta el del otro. Me bastó un pequeño impulso para alcanzarlo.

Crucé los dedos.

Las puerta corredera, como en mi habitación, no tenía echado el pestillo de seguridad.

Me bastó con arrastrarla a un lado para tener el paso franco.

Estaba en la habitación 418.

La policía había terminado con ella, porque estaba limpia, arreglada, perfecta para recibir a un nuevo cliente ajeno a la realidad de lo que allí hubiese sucedido. No supe si sentirme aliviado o lamentarlo. Por una parte, lo primero, ya que me ahorraba la visión de la sangre y de las huellas de la tragedia, huellas como las de los pies descalzos de Alejandra. Por otra parte, lo segundo, porque allí ya no quedaba la menor pista de lo sucedido.

O sea que estaba perdiendo el tiempo.

Salvo que fuese un masoquista.

Porque allí estaba el espacio, la cama, el eco de sus voces oculto en las paredes.

Inevitablemente solía leer las cosas de Alejandra, quisiera o no, porque estaban en todas las revistas o programas de televisión dedicados al marujeo; lo de Culver, lo de Demian, lo de su acosador, y era como ser testigo de una película a distancia. Yo formaba parte de la historia, del pasado. No me hacía daño, sólo avivaba los recuerdos sin que lo pudiera evitar. Cuando uno ha tenido una novia anónima quizá se la imagina y poco más. Pero cuando la novia es conocida y se habla de ella, la ve en fotos y esa imagen le persigue, no puede evadirse. La distancia que había tomado con relación a Alejandra desaparecía allí, en esa

habitación. Todo era distinto.

Me senté en la cama y el pasado, como me estaba sucediendo a lo largo del día, regresó a mí asaltando mi resistencia a traición.

Otra cama, otro lugar.

Los dos...

Una cama es el infinito interior.

En ella, entre dos personas, todo es posible.

Sueños, pesadillas, amor, drama, pasión, odio, indiferencia... Las vidas de los humanos nacen, existen y mueren en sus camas.

Hay camas de fuego, de muerte, de luz...

La nuestra, aquella primera vez, era así, luminosa.

Nos habíamos enamorado.

Estábamos en mi casa, y aunque no era la primera chica a la que tenía allí, sí comprendía que Alejandra era diferente, que jamás había sentido lo que sentía, y que habría un antes y un después de ese momento.

Nos mirábamos sin hablar.

Tan sorprendidos...

—¿Cómo ha sucedido esta locura?

—No lo sé.

Me eché a reír.

—Dios —dije—. Puedo acabar en la cárcel por esto.

—¿A que «esto» te refieres?

—Me he acostado con una menor.

—Tonto.

—¿Crees que es broma?

- La edad no cuenta, anciano de veintidós.
- Ya, pero si fuera listo no debería volver a verte hasta que cumplas los dieciocho.
- Faltan dos meses, tres semanas y un día.
- Esperaré.
- Eso es una vida.
- Cuando se ama, sí –reconocí.
- Cuando se ama –se estremeció Alejandra.

Nos besamos. Apenas un roce de los labios que creció y creció hasta hacerse nuevamente fuego, hoguera, brasa.

Aquellos primeros diálogos cargados de inocencias.

¿Por qué todos los enamorados son tan cursis?

- Te estaba esperando.
- Y yo a ti.
- ¿Dónde has estado todo este tiempo?
- Yo estaba aquí, pero tan ciega como tú.
- El amor es lo que nos hace abrir los ojos.
- Siempre creí que me enamoraría de un fotógrafo.
- Y yo de mi vecina.
- ¿Tienes una vecina de la que enamorarte?
- No, pero siempre albergaba la esperanza.

–Eres demasiado guapo. Si tuvieras vecinas te estarían persiguiendo todo el día, pidiéndote tazas de azúcar, café, llamando a tu puerta vestiditas con apenas nada...

- Gracias por lo de guapo.
- Lo eres. Y antes... estabas precioso.

Otro beso. La dulzura y la ternura de lo que se comparte con las manos llenas y el corazón rebosante.

Aquella paz...

- ¿Te imaginas en tu pueblo, con tu primer noviete?

–No seas bobo.

–El patito feo.

–Pues lo pasé muy mal. Encima era la única de la clase que no tenía padre. No sabes cómo envidiaba a las demás. A los nueve o diez años me dio por mentir y decir que era explorador, que estaba siempre en África.

–¿No pudiste haber elegido algo más normal?

–Puestos a inventar, hacerlo a lo grande, ¿no te parece? ¿El tuyo...?

–Tuvieron un accidente de coche. Mi padre murió en el acto. A mi madre le quedó la pierna derecha casi destrozada.

–El mío en cambio está en alguna parte.

–El día menos pensado aparecerá, ya lo verás. Todos los padres ausentes que de pronto tienen hijos famosos lo hacen. Mira John Lennon.

–Yo no querré verle.

–Le verás, aunque sólo sea por curiosidad. Y luego incluso puede que le perdones.

–Eso no.

–No se puede vivir con odio.

Me puso una mano en la mejilla para dar más énfasis a sus palabras.

–Tú eres bueno.

–Tengo mis luces y mis sombras, como cualquiera.

–No –insistió–. Eres bueno, se te nota en los ojos, en tu forma de hablar, en lo cariñoso que resultas. Yo en cambio tengo un resentimiento aquí... –se llevó una mano al pecho–. Es como si quisiera vengarme de algo, de ese padre que se fue, de los que se reían de mí en la escuela y me llamaban enclenque...

–No te imagino de mujer vengativa.

–Es lo que pasa cuando uno mira con ojos de enamorado y no de persona racional.

–Crecerás.

No tenía que haber empleado aquella palabra.

Significaba que en ese momento no estaba madura.

Y no lo estaba, pero no podía decírselo.

Entonces, después de una larga pausa, tuvimos aquel diálogo que con los años se grabó a fuego en mi memoria y que en aquel instante no valoré lo suficiente.

—¿Qué esperas de la vida, Jon?

Lo medité dos o tres segundos, muy largos.

—No lo sé —admití.

—Sí lo sabes.

—Vaya, mírala ella.

—Eres muy bueno escribiendo.

—Soy el hijo de Jaime Boix y de Paula Montornés. Tengo buenos genes. Si no hubiera salido periodista creo que me habrían vendido como esclavo. Nací marcado.

—Pero haces lo que te gusta, y lo llevas en la sangre.

—Sí, soy periodista de pura cepa.

—Yo en cambio soy modelo por accidente.

—¿No te gusta serlo?

—Me gusta, claro. Es algo fascinante. Es igual que vivir un sueño. Pero tú sabías desde niño que serías periodista, mientras que yo... Esto me ha caído del cielo. Tú estabas preparado. Yo no.

—Tienes un futuro inmenso por delante.

—Tú también. Un día *Zonas Interiores* será tuya, y para entonces tendrás un imperio periodístico, seguro.

—No, nada de imperios —me estremecí—. Me gusta el trabajo de campo, pisar la calle, viajar.

Entonces me dijo aquello.

Otra llamarada que, para mí, fue una barra de hielo atravesándome.

—Yo quiero ser la mejor modelo del mundo.

No lo esperaba. Juro que me pilló desprevenido. Y ni siquiera sonaron las alarmas en mi mente.

—¿En serio?

–Sí –me desafió con los ojos.

–¿Por qué?

–Porque si haces algo en la vida, lo que sea, has de intentar hacerlo bien, y superarte, aspirar a la excelencia. Ser la mejor.

–No te pega la ambición.

–Hay algo más que todo eso.

–¿Qué es?

–Una vez que haya conseguido ser la mejor ya podré dejar de pensar en serlo, pondrán a otra en mi lugar y se acabará todo.

–Pareces una vieja.

–Todo el mundo me dice que esto dura muy poco, y es lo que trato de asimilar. A los veinte a muchas ya no las quieren para fotos, a los veinticinco se acabó la pasarela, y a los treinta ya eres vieja y te retiras.

–No seas tremendista –se lo reproché–. Mira las grandes. Hay modelos de más de treinta que hacen campañas de imagen para marcas de primera, y veteranas que siguen en las pasarelas. Precisamente ser una *top* te da la dimensión necesaria para no depender de la edad o del paso del tiempo, y tú serás una de las grandes.

–Cállate, anda.

–¿Por qué?

–Porque no sé hasta qué punto seré capaz de renunciar a algo, a vivir, a tener hijos... –se apretó contra mí de una forma especial, como si quisiera fundirse conmigo–. Todo ha sido muy rápido.

–Y lo será más.

–No me asustes.

Era una niña. Jugaba a ser mayor, era mayor, estaba en primera división, pero mantenía la piel de la infancia y la adolescencia. Una niña sin padre, como yo, con una madre que la protegía dentro de unos límites.

¿Cómo saber que esa madre moriría y la dejaría sola?

Aquel día, en mi cama...

Estaba tan sorprendido por haberme enamorado de la mujer que había en ella

pese a su edad.

Y Alejandra...

—Jon.

—¿Sí?

—No tenía planeado esto, ¿sabes?

—El amor no se planea, cielo.

—Eso es lo malo.

Sólo le faltó decir: «¿Y qué hacemos ahora con ello?».

Si alguien entraba en la habitación del crimen y se encontraba conmigo allí, sentado en la cama, como una estatua, igual se desataba una tormenta.

Registré la habitación como acto de fe o desesperación final. Por supuesto no encontré nada en los cajones, el armario, el cuarto de baño o debajo de la cama. Todas las habitaciones de hotel son iguales, impersonales. Y he estado en muchas. Volví al balconcito, me aseguré por segunda vez de que nadie me viese desde la calle o desde las casas de enfrente, y pasé a mi propio balconcito lo más rápido que pude.

Lo hice justo a tiempo, porque de pronto sonó mi móvil.

Observé la pantalla. No reconocí el número. No lo tenía en mi memoria. Estuve a punto de pasar.

Algo me hizo cambiar de opinión.

Podía ser que tuviera relación con lo que estaba haciendo.

—¿Sí?

Y me equivoqué.

—¿Jon? Soy Juan. Juan Cortés. ¿Qué tal tío?

Hacía meses que no sabía de él. No era un amigo. Sólo un conocido. Alguien de paso con el que por accidente tienes una relación profesional que se convierte en algo más por afinidad en determinados gustos, pero sin llegar a ser un nuevo lazo de futuro.

—Hola, Juan —dije sin transmitir emoción alguna.

—Oye, sabes lo de Alexia, ¿no? Tío, qué fuerte... ¿Cómo lo llevas?

Me sentí irritado.

De pronto, aunque yo no lo hubiese querido, todo volvía.

El pasado delante de mí mismo.

Y los que sabían algo, por remoto que fuese, no tenían nada mejor que hacer que andar removiendo cosas, desencadenando terremotos físicos, alterando ríos subterráneos, agitando las aguas de lagos que estaban quietos y calmados en busca de la tempestad.

–Juan...

–¿Se sabe ya por qué lo hizo? –ni me dejó hablar.

–No lo hizo –fui muy seco.

–Coño, Jon, que según la prensa...

–No lo hizo –repetí.

–¿Y eso de que iba ciega de coca...? A lo peor el tipo quiso violarla y ella...

–No seas gilipollas, por Dios.

Corté la comunicación.

No lo intentó de nuevo.

Me dispuse a bajar a recepción, pagar la cuenta y marcharme de allí cuando alguien llamó a la puerta. Las camareras suelen hacerlo con más suavidad, una vez, dos. Aquella era una llamada vigorosa, fuerte. La llamada del poder.

Me encontré con un hombre de rostro serio y adusto.

No tuve que preguntarle nada.

–Buenas tardes –se presentó–. Eliseo Reyes, director del hotel.

Estreché su mano por cortesía, nada más.

–Perdone que le moleste, no es nuestra política inmiscuirnos en la vida de nuestros clientes, pero... bueno –decirlo le resultaba embarazoso–, me han dicho que usted está haciendo preguntas y...

Seguí callado viendo su azoramiento.

–Señor Boix –continuó–. He hecho algunas indagaciones en Internet y... su nombre y el de su revista...

–No soy un *paparazzi*.

–¿Ah, no?

–Soy amigo personal de la señorita Alejandra Galvany. Y además, *Zonas Interiores* no es prensa amarilla.

–¿Por qué no ha preguntado por mí?

–¿Me contará algo?

–No hay mucho que contar, se lo aseguro –se calmó un poco al ver mi relajamiento–. El señor Van Peebles llegó un día antes, salió poco después, no cenó en el hotel, regresó sobre medianoche. Por la mañana se levantó temprano y acudió al desfile. Ese día ya no lo pasó aquí. Por la noche llegó acompañado de la señorita Alexia y es todo lo que sabemos. Yo mismo he hablado con el personal y lo que han contado a la policía es lo que sabemos.

–¿Hizo alguna llamada telefónica?

–Hoy en día todos los clientes llevan móviles.

–La policía se lo requisaría, claro.

–Por supuesto, el móvil y sus efectos personales. Mire... –se puso más a tiro–, lo único que deseo es que esto se olvide lo más rápido posible. No queríamos que el fallecido se convirtiera en un mito caído o algo así, con fans viniendo aquí en peregrinación y todo ese morbo que desencadenan ciertas personas y ciertos acontecimientos. No sé si me entiende.

–Le entiendo.

–Entonces...

–Me disponía a marcharme.

–Gracias. Diré en recepción que no le cobren la habitación –miró detrás de mí y agregó–: Tampoco la ha usado.

–¿Puedo hacerle una última pregunta?

–Diga usted.

–¿La actitud de la señorita Alexia antes de que llegara la policía...?

–Absolutamente ida y víctima de un ataque de histeria. Cuando comenzó a gritar salieron clientes de sus habitaciones, lograron detenerla antes de que hiciera alguna tontería. Nosotros llegamos hasta aquí –señaló el pasillo– casi de inmediato. La introdujimos en el cuartito del material que tenemos en cada planta y eso fue todo. Imposible hablar con ella. Estaba aterrorizada.

–Aterrorizada a causa del susto –maticé.

El hombre se encogió de hombros.

Salí de la habitación y cerré la puerta dándole a entender que era el punto final. Los dos iniciamos juntos el camino hacia los ascensores. Mientras los esperábamos, así como de pasada, volví a hacerle una pregunta más.

–¿Se alojaban aquí más modelos esos días?

–Sí.

–En caso de necesitar una lista, ¿me la daría?

–La tiene la policía. Puede pedírsela a ellos.

Abandoné el hotel y caminé hasta mi moto envuelto en turbios pensamientos, pero de alguna forma más convencido de la inocencia de Alejandra. Una persona se asusta si recibe un impacto que altere su estabilidad, como por ejemplo descubrir un muerto a su lado. En caso contrario, si es la causante, se le dispara la adrenalina y grita y se descontrola... pero eso no implica miedo. Es otra clase de excitación.

Llegué a la moto y entonces escuché una voz a mi espalda.

–Tengo algo que puede interesarle. Sígame.

Actué con discreción. Fingí detenerme y luego cambié el sentido de mis pasos. Mi misterioso interlocutor me llevaba media docena de metros de ventaja. Vestía el uniforme del hotel que acababa de abandonar y, de espaldas, parecía un tipo joven. Una vez fuera del alcance visual de la entrada y de la recepción, el hombre se detuvo. Fue directo al grano.

–¿Le interesa una lista de las modelos y los modelos que estaban en el hotel la noche del crimen?

Se la había pedido al director hacía un minuto.

Genial.

Por lo visto mi presencia y las preguntas hechas a la camarera de la toalla y al camarero del sándwich habían despertado la conmoción.

–¿Cuánto?

–Mil euros.

–La policía me la dará gratis –di media vuelta.

–¡Quinientos! –me detuvo.

Tenía prisa. Miraba en dirección a la puerta del hotel por si aparecía el director o alguien iba a buscarle.

–Doscientos.

Apretó las mandíbulas con rabia.

–Trescientos.

–No llevo tanto encima, pero ahí hay un cajero automático.

–Está bien –asintió.

Caminé hasta el cajero. Entramos en su interior. Mientras realizaba la operación le observé de reojo.

–¿Cuál es su turno? –le pregunté.

–Durante el día, desde las ocho de la mañana hasta media tarde.

–¿Estaba el día del asesinato?

–A las diez y veinte ella salió chillando como una loca y subimos desde la recepción. Algunos clientes y un par de camareras la sujetaban y trataban de calmarla. La chica estaba medio desnuda y empapada en sangre, como si se hubiera rebozado en ella. Nos costó mucho reducirla y meterla en un cuartito.

–¿Cuál era su actitud?

–No le entiendo.

–¿Qué hacía, que decía, cuáles eran sus gestos?

–Decir, no decía nada. No podía hablar. Tenía los ojos desorbitados y era como si quisiera salir corriendo, apartarse de la habitación. Temblaba de forma espasmódica. Le pusieron un albornoz por encima y yo tuve que regresar abajo. Es todo lo que sé. La policía llegó muy rápido.

La operación en el cajero estaba completada, ya tenía el dinero. Me resistí a entregárselo.

–¿Sucedió algo más esa mañana antes de las diez y veinte?

–No, nada –sacó un listado del bolsillo de su uniforme.

–¿Había alguna convención, mucha gente en el vestíbulo entrando y saliendo...?

–Los únicos que llegaron fueron unos alemanes, un autocar lleno, sobre las ocho y media de la mañana. Tenían que haber aterrizado la noche pasada y

estaban bastante enfadados. Nos movilizamos todos para darles habitaciones cuanto antes y calmarles.

–¿Puede darme su teléfono por si necesito preguntarle algo más?

–Por trescientos euros...

–Esa lista puede vendérsela a otros periodistas, si es que no lo ha hecho ya –le entregué los trescientos euros y atrapé lo que me estaba vendiendo.

–Apunte.

Me dio su número de móvil.

Luego regresó a su puesto de trabajo un poco, sólo un poco, más rico.

La lista no me dijo nada. Dinero perdido. O tal vez no.

Sólo conocía a uno de los hombres y a tres de las mujeres, y por el nombre, no en persona. Nombres repetidos en las revistas, en las pasarelas, en los medios. Rostros anónimos para mí.

Observé la ciudad que me envolvía con su brillo, su alegría urbana, su frenesí soleado y cosmopolita.

—¿Dónde estás, Alejandra?

Subí a mi moto y mientras mi cabeza me decía que regresara a la revista, mi corazón tomó el mando y enfiló en dirección a la casa de Alejandra, en la parte alta de la ciudad.

La primera sorpresa fue ver la calle despejada. Nada de la presunta marabunta de *paparazzi* esperando captar su imagen. O se habían cansado de hacer guardia o ya habían comprendido que ella no iría a su casa de momento.

Casi sentí alivio.

Era un edificio de lujo, una casa a cuatro vientos con el sello de la personalidad arquitectónica en cada uno de sus detalles. Yo nunca había estado en él. Sabía que vivía allí, nada más. Cuando lo nuestro, su piso era mucho más sencillo. Después de perder a su madre, entre el éxito y el peso de los recuerdos, se había mudado.

«Alejandra se fue al hotel de Christian porque nunca dejaba que un hombre subiera a su piso.»

Crucé la calle y me dispuse a buscar cualquier excusa para subir. No tuve que ingeniármelas. El conserje estaba regando el jardín lateral, ajeno a la puerta

principal. Pensé en llamar a algunos timbres, al azar, y tampoco fue necesario. Un crío de unos diez años la abrió, salió a la carrera y echó a correr por la acera. A mí me bastó con evitar que la puerta se cerrara de nuevo.

El ascensor me llevo directo al ático.

El corazón comenzó a latirme con fuerza cuando me detuve frente a la última puerta, la del piso. Detrás de aquella plancha de madera reforzada quedaba mi utópico Xanadú. Alejandra siempre dejaba una llave en el exterior, oculta en cualquier parte, porque quizá uno de sus peores defectos era ser despistada. Nunca sabía dónde dejaba las llaves, y las perdía a menudo. De esta forma, si salía sin ellas o se le extraviaban, conseguía entrar en su casa.

Estudié el rellano del ático.

No había más pisos arriba, así que me tomé mi tiempo.

Primero, la puerta. Después la alfombra. En tercer lugar las dos macetas con plantas naturales ubicadas a ambos lados.

Tuve que limpiarme las manos, llenas de tierra, mientras empezaba a pensar que, o bien Alejandra ya no mantenía sus viejas costumbres y no dejaba la llave fuera, o bien en esta ocasión se había esmerado un poco más.

No quedaban más lugares salvo...

Vi una mesita frente al ascensor.

Me agaché para ver sus zonas ocultas.

—¡Sí! —suspiré.

La llave estaba fijada a la parte inferior del mármol con una gruesa cinta adhesiva industrial.

Cuando entré en su piso me sentí un intruso vulnerando su intimidad.

Violándola.

Es curioso cómo son las cosas. Lo nuestro había sido rápido, cuestión de meses, efímero en cierto modo porque ella viajaba y yo también, así que los días, la cantidad de tiempo juntos no era tanta ni por asomo. Pero la casa olía a ella, y los olores no desaparecen jamás, ni se mueren del recuerdo de uno. Aquel pajar de la niñez, aquella chica del baile a los catorce años...

Miré el suelo, como si sus pies siempre descalzos en la intimidad pudieran haber dejado huellas en el parqué. Y mientras caminaba por él, la imaginé moviéndose a mi alrededor, colgada de mi brazo, como el día de nuestra primera entrevista y

nuestra primera cita, cuando fuimos a cenar a aquel italiano tan íntimo, con manteles de cuadros rojos y blancos y velitas en las mesas.

Mantenía sus costumbres: ninguna foto suya por las paredes, ningún culto a su imagen, lujo pero distinción.

Aunque sobre una mesa, en la sala, delante de una gran pantalla de vídeo, vi un álbum con todas o casi todas sus portadas. Una impresionante recopilación, como si las coleccionara.

–Hola, preciosa –les dije mientras las pasaba una a una.

Vogue, Cosmopolitan, Elle, Seventeen...

Cuando volví a dejar el grueso y pesado álbum sobre la mesa pensé en lo mucho que pueden dar de sí tres años de éxito, más los tres primeros de despegue inicial a la carrera, a toda mecha.

Hora de movilizarse.

Actué a conciencia buscando algo que sabía que tenía que estar por allí, salvo que la policía hubiese registrado el piso y se la hubiese llevado: su agenda telefónica. Primero la sala. Me extrañó que no estuviese junto al teléfono. El número era distinto al que había llamado yo por la mañana, ya inexistente. Lo anoté por si acaso. No había contestador automático. Para eso ya tenía el móvil. Seguí mi registro por otras habitaciones, la cocina o el baño. Dejé la suya para el final.

Una cama grande, un armario a reventar de ropa, un equipo de música y nada más.

Me senté en la cama, junto a la mesita de noche presidida por una lamparita y un supletorio, y esta vez no permití que los recuerdos me invadieran. No allí.

La agenda estaba en el primer cajón.

La cogí y regresé a la sala.

Me senté en uno de los sillones y pasé aquellas hojas gastadas, porque la agenda era vieja. Ahí estaba yo, en la J. Las tres cuartas partes de los nombres no los conocía, y aunque muchos me resultaban familiares, no eran de mi círculo. Un periodista está obligado a tener memoria, conocer a mucha gente. Nunca se sabe a quién puedes llamar o a quién vas a necesitar. Pero allí no parecía haber nada.

Nada..., salvo...

Me detuve en un nombre.

Esperanza Cruells.

Su amiga de entonces. Tal vez su única amiga.

¿Cómo la había olvidado?

Recordé las palabras de su abogado: «Lo que más precisa es calma y tranquilidad, estar alejada de los focos y que la cuiden».

«Que la cuiden.»

¿Quién iba a cuidarla si no tenía a nadie?

Recordé algo más. La voz de la propia Alejandra diciéndome en cierta ocasión: «Siempre tendré a Esperanza. Ella es de las que no cambian».

Marqué el número anotado en la agenda con mi móvil y esperé. Al otro lado respondió la voz de una mujer mayor. Se le notaba en la voz, grave, quizá de fumadora impenitente.

—¿Está Esperanza?

—¿Mi hija? No, no señor, ya no vive aquí. Ahora vive con su novio.

Capté el tono de disgusto.

—¿Podría darme su teléfono? Soy un viejo amigo suyo y necesito hablar con ella, por favor.

No tuve que convencerla ni insistirle. No me preguntó ni mi nombre. Me dio el número, el de un móvil, y sus señas. Lo apunté todo, le di las gracias, corté la comunicación y me guardé el teléfono. Teniendo una dirección no hacía falta llamar.

Metí la agenda en mi bolsillo, junto a la lista de modelos facilitada por el empleado del hotel. Con suerte, se la devolvería a la dueña personalmente. Luego me puse en pie.

No volví la vista atrás. No quería convertirme en una estatua de sal. Caminé hasta la puerta del piso, la abrí y salí al exterior.

En aquel momento alguien salió por la del ascensor.

Le reconocí al instante, por las fotos que salían de él en los medios de comunicación y alguna vez en la televisión. Además, todavía cojeaba por la rotura de su pierna en aquel accidente de coche con Alejandra.

Demian.

Demian Lapeira, el cantante de Mirada Perdida.

No esperaba aquello. Ninguno de los dos lo esperaba.

–¿Y tú quién coño eres? –me espetó a bocajarro, sin darme tiempo a respirar.

Hice lo más adecuado en ese momento, reaccionando con rapidez.

Cerré la puerta.

–¡Eh, eh! –se enfadó aún más–. ¡Joder, tío!, ¿qué haces?

–No está –le dije con voz muy calmada.

–¿Y tú cómo has entrado?

No estaba para ser interrogado, y menos por aquel memo engreído. Pensé en el pésimo gusto de Alejandra para los hombres.

–Relájate, Demian.

–¡Tú no me dices a mí si he de relajarme o no!, ¿vale?

–Vale –intenté pasar por su lado.

Tampoco creí que hiciera aquello.

–¡Cabrón! –me empujó contra la pared–. ¿Así que ahora eres tú, eh? ¡Hijo de puta!

Era fuerte y se mantenía en forma, pero con su pierna todavía poco ágil no tenía la estabilidad necesaria. Sólo tuve que revolverme, cogerle por el cuello y hacerle girar sobre sí mismo.

El que acabó entonces en la pared, conmigo encima, fue él.

–¡Eh, eh! –gritó otra vez.

–¿Qué has dicho? –le eché mi aliento y mi cabreo a la cara.

–¡Suéltame... maldita... sea...! –farfulló sin poder hablar.

–Te he hecho una pregunta.

–¿De qué vas?, ¡Me cago en...!

Intentó darme una patada, pero estaba preparado. La eludí y cerré aún más los dedos de mi mano sobre su garganta. Soy pacifista. Siempre lo he sido. Pero en ese momento hubiese matado a Demian Lapeira. O al menos le habría hecho una cara nueva. La rabia me inundó la razón.

Aquel imbécil había tenido a Alejandra, y la había dejado escapar.

Más o menos como yo, pero en otras circunstancias.

Y desde luego la había metido en problemas, con las drogas, con la vida de vértigo que llevan las estrellas de la música.

Se ahogaba y forcejeó como un poseso.

Buscó mi cara.

Y yo le di un puñetazo, seco, directo, para zanjar el tema.

Demian cayó al suelo y ya no se levantó.

—¡Ah! —se llevó las manos al rostro y se asustó aún más al retirarlas llenas de sangre—. ¡Me has roto la nariz, hijo de puta! ¡Me la has roto y tengo una sesión de fotos mañana por la mañana! ¡Yo... te mato, cabrón! ¡Te mato!, ¿me oyes? ¡Ah...!

El ascensor estaba ahí, así que me metí en él y bajé del paraíso, dejando atrás a la serpiente, para regresar al mundo.

El conserje seguía regando las plantas y ni me vio.

El último recuerdo de aquel pasado que me había estado martilleando a lo largo de todo el día, apareció mientras conducía mi moto por Barcelona poseído por la misma rabia que me había hecho golpear a Demian.

La rabia de la desesperación.

Surgió en un semáforo, con una rubia platino mirándome desde el asiento del copiloto de un Audi digno de cualquier fantasma de una multinacional. Una rubia más potente que el coche, a la que debían de gustarle las motos no menos potentes, como la mía.

Nuestros ojos se encontraron un instante.

Y no la vi a ella.

Vi a Alejandra, convertida en una obsesión.

Fue el día en que todo se nos vino abajo de pronto, el día en que abrimos los ojos de golpe, el día en que salimos de un sueño para abocarnos a la pesadilla de nuestra realidad, prisioneros de nosotros mismos.

De nuestros egos.

Irrenunciables.

Alejandra despertó sobresaltada, tanto que su propia agitación me arrancó de mi dulce somnolencia. La cama vibró con su salto y abrí los ojos. La contemplé en la penumbra, siempre deseable, con aquella piel tan blanca que brillaba aún en la oscuridad. Estaba sentada, parecía aturdida, cansada. No habíamos dormido ni cinco horas.

—¿Qué te pasa? —alargué una mano para acariciarla.

–Tengo que irme –suspiró.

–¿Irte?

–No quise decírtelo ayer –se volvió hacia mí, se acodó con el brazo derecho y me pasó la mano izquierda por la cara, con sus ojos dulces envolviéndome por completo–. Viajo a Shanghai dentro de tres horas y he de ir a mi casa a por mis cosas.

La persiana estaba bajada, pero no del todo. Tres docenas de líneas horizontales permitían el paso de la tenue luminosidad exterior. El silencio era casi extraño. El único ruido provenía de nuestros pensamientos.

Máquinas pensantes.

–No entiendo...

–Ssh... –me tapó los labios con un beso.

–No, espera –protesté–. ¿Cómo que te vas a Shanghai? ¿Creía que...?

–Han adelantado las fotos del nuevo perfume, y vamos a rodar también el *spot* publicitario.

–Alejandra, no –gemí.

–Por favor, Jon.

–¿Cuándo vuelves?

–El jueves...

–¿Pasado mañana? –la interrumpí–. ¿Vas a Shanghai y vuelves en dos días?

–De la semana próxima.

Me quedé mirándola horrorizado.

A veces pasábamos una semana sin vernos. A veces. Era la primera vez que superábamos esa marca. Diez días.

–¿Por qué tanto?

–De Shaghai salto a San Francisco y Londres.

–Dios... –cerré los ojos y me sentí aplastado por una tonelada de sentimientos.

–Vente conmigo.

–Sabes que no puedo.

–¡Vente, por favor! ¡Sería genial! ¡Voy en primera, seguro que hay sitio!

Como una niña excitada ante un regalo.

–Tengo una entrevista con el nuevo académico de la lengua mañana, y el jueves es el cierre, así que mi madre nos quiere a todos allí.

–Reúnete conmigo el viernes. Te dejo el billete en el aeropuerto.

–El lunes tengo lo del festival de cine, Alejandra.

–Entonces el fin de semana, sólo el fin de semana.

–Alejandra...

–Jon, eres periodista, ¡puedes ir a donde quieras, inventarte cualquier reportaje! Lo del académico o lo del festival de cine puede hacerlo cualquiera. En cambio yo tengo contratos, no soy libre. ¡*Zonas Interiores* es tuya!

–No, es de mi madre, y si me apuras, también de un consejo editorial y de administración.

–¡Pero es tu madre! ¡Lo entenderá! ¡Haces un reportaje de Shanghai, o del rodaje de mi *spot*!

–Lo entenderá una vez, pero ¿y la próxima?

–¡Esta vez, por favor, por favor, por favor! –me picoteó los ojos con sus labios con cada «por favor»–. ¡Sólo esta vez!

Quise abrazarla, besarla, detener el tiempo y quedarme con ella así, quietos, en la cama, hasta el fin de la eternidad.

Pero no pude mover ni un dedo.

Acababa de comprenderlo.

Y estaba muerto.

Hacía mucho que sabía que no teníamos salida, que no había esperanza, que en nuestro destino no figuraba la palabra «futuro», pero en ese instante lo vi claro.

Alejandra también, al ver mi cara.

Se quedó muy pálida.

–Jon... –musitó.

Lo habíamos prolongado al máximo.

Un marciano y una venusiana.

¿Por qué empezó?

No, la pregunta era ¿por qué tenía que terminar?

–Te quiero –le dije.

–Y yo a ti –me respondió ella.

–Quieres ser modelo. Te gusta. Y quieres ser la mejor –recuerdo que cada palabra me abrasaba más que la anterior–. Yo quiero ser periodista, lo llevo en la sangre. ¿Qué nos queda? ¿Una vida hecha de retales, pedazos, días cogidos al vuelo, horas robadas a la carrera? ¿Qué amor resiste una existencia hecha de momentos a salto de mata? Yo... te quiero, pero no basta, ni te basta a ti. Y no puedo pedirte que renuncies, porque no lo harás, ni puedes pedirme que lo haga yo, porque tampoco lo haré.

–Quizá baste una hora al mes para ser feliz –exhaló mientras caían las dos primeras lágrimas de sus ojos.

–Sabes que no es así, que el amor es obsesivo y absoluto.

No era un experto, pero hablaba como si lo fuese.

Alejandra me abrazó.

–¿Qué haré sin ti? –apenas logré entenderla.

Y le respondí:

–Ser libre, cariño. Ser libre. En realidad siempre ha sido tu meta. Libre como el viento, para volar.

En «Ballad in plain D», Bob Dylan había cantado: «¿Están libres los pájaros de las cadenas del cielo?».

Una hermosa frase.

Recordando lo que le dije a Alejandra aquel día, mientras sorteaba coches y más coches en los semáforos, pensé que la mía había sido una frase bonita pero inútil. Una frase digna de un apocalipsis como el nuestro. Una frase dicha por un idiota de veintidós años que ve cómo se le escapa el amor.

En momentos cruciales solemos ponernos trágicos.

Esperanza y su novio vivían en el Ensanche. A ella la recordaba muy bien. Era una chica grandota, muy desarrollada, de carácter fuerte, inmensa cabellera negra, ojos vivos y labios delgados. Cuando reía era una furia en expansión. Cuando se enfadaba un huracán peligroso. Con Alejandra había desarrollado ciertas dotes de maternidad, porque no en vano era casi dos años mayor que ella y casi el doble de voluminosa. Habíamos hablado poco, pero eso no significaba que no fuéramos amigos. Que viviera con su novio, emancipada de una madre absorbente, me parecía fantástico.

Detuve la moto y repetí el eterno ritual: quitarme el casco y atarlo con la cadena y el candado a la rueda delantera. El edificio en el que vivía Esperanza era antiguo, cien años, clásico del Ensanche barcelonés. Ni siquiera tenía ascensor, porque no cabía a pesar de que la escalera era ancha. Una portera tan anciana como la casa me observó sin preguntarme nada. Subí hasta el tercer piso, que era el quinto contando el entresuelo y el principal, y lo primero que hice fue pegar mi oído a la puerta para ver si escuchaba algo al otro lado.

Sólo el silencio.

Entonces llamé al timbre.

Pasaron tres segundos. Al otro lado escuché el suave rumor de unas zapatillas de estar por casa, esas que van dejando a su paso un leve chasquido al entrar en contacto el talón con el suelo. Sabía que quien fuera que estuviese al otro lado me observaría primero por la mirilla, así que esperé un poco y conté hasta tres antes de decir:

—Abre, Esperanza.

Pensé que no iba a hacerlo.

Pero la puerta se abrió.

Tres años no son muchos, así que estaba casi igual. Era la misma chica grandota, poderosa, convertida en una mujer plena. Llevaba una cómoda bata de color fucsia y el cabello negro, muy largo, desparramado por encima de los hombros, la espalda y el pecho. Lo preocupante fueron sus ojos. Me taladraron de una manera que no dejaban lugar a dudas.

Yo era culpable de algo, y sabía de qué.

—Hola —le sonreí con afecto.

—¿Cómo estás, Jon? —me correspondió.

No nos acercamos para darnos un beso en la mejilla. Nos quedamos mirando el uno al otro, separados por el quicio de la puerta. A ella la enmarcaba la luz del recibidor, mortecina porque la lamparita tenía una bombilla de baja intensidad. A mí de pronto no me enmarcó nada porque la luz de la escalera se apagó, así que mi imagen debió de convertirse en algo espectral. Un fantasma con fondo negro.

—Sabes por qué estoy aquí, ¿verdad?

—No.

—Vamos, Esperanza... ¿Dónde está?

—No lo sé.

Mentía. De no haberlo sabido, de no estar refugiada en su casa, su cara habría sido de sorpresa, cara de «¿Qué haces aquí?» o «¡Cuánto tiempo!». Pero se mantenía quieta en la puerta, igual que un celador fiel dispuesto a todo antes que dejar pasar al invasor. Incluso superaba su desconcierto por verme.

Tal vez la última persona en el mundo que esperaba que apareciera por allí.

Señalé el perchero situado a su espalda, a la derecha del recibidor.

–No creo que tú te atrevas a llevar eso.

No volvió la cabeza. No hizo falta.

–He cambiado mucho.

–Te has emancipado y vives con tu novio. Enhorabuena. Pero sigues siendo tú.

–Todos seguimos siendo nosotros.

–Por favor...

–Vete, Jon.

–No.

–Bastante daño le hiciste.

Eso me dolió.

–¿Yo?

–De acuerdo: bastante daño os hicisteis los dos. Teníais algo bueno y lo dejasteis escapar. Ahora es mejor dejarlo como está, ¿no te parece?

Fue a cerrar la puerta. Estaba dispuesto a meter el pie e impedirlo pero no hizo falta llegar a tanto.

–Sé que no mató a ese tipo.

–Faltaría más –su aspecto se revistió de gravedad.

–Necesita alguien que crea en ella.

–¿Y de paso protegerla y acunarla y abrazarla como a un perrito apaleado? –
continuó mostrando toda su dureza.

No iba a ceder.

Y no quería entrar a la fuerza, empujándola, porque era capaz de defender la plaza con sangre si hacía falta.

Así que dejé la decisión en manos de la única que podía hacerlo.

–¡Alejandra!

Esperanza sostuvo mi mirada.

La puerta continuaba entreabierta.

–¡Alejandra, por favor! ¡Soy yo!

No tuve que llamarla una tercera vez. Probablemente había estado todo el rato

escuchándonos, oculta en el pasillo o detrás de la primera puerta. Apareció como una luz tenue, una apagada imagen celestial, aunque no estuviese en su mejor momento. Sus veinte años parecían haberse convertido en treinta, y aun así estaba muy hermosa. Cabello revuelto, ojeras, palidez, cansancio... Vestía una simple camiseta de talla XXL que le caía hasta la mitad de los muslos. Y a pesar de ello estaba sexy. No hacía falta ninguna cámara para robarle la magia o su magnetismo. Brillaba en medio de su negrura personal.

Y por supuesto iba descalza.

Segunda parte

ALEXIA

Nos quedamos mirándonos como cuando Tony y María se conocen en *West Side Story*, en el baile, borrando toda constancia de realidad y el mundo a nuestro alrededor.

No sé lo que vio en mis ojos.

En los suyos vi gratitud.

–Hola, Jon.

–Hola, Alejandra.

–Ya nadie me llama así.

Nos abrazamos en silencio y cerramos los ojos. Si el pasado es una cuña que aparece cuando menos te lo esperas, en ese momento fue una espiral que nos atrapó y nos condujo hacia lo más profundo de nosotros mismos. Con su cuerpo entre mis brazos se deshizo igual que una fina arenilla, liviana como una pluma dada su extrema delgadez. A mí se me doblaban las rodillas, pero las mantuve firmes.

Se suponía que estaba allí para ayudarla.

Tenía que ser fuerte.

Aun en aquel estado olía como siempre la recordaba. Aquel aroma que mantenía en mi memoria, irrepetible, porque cada perfume actúa de forma distinta sobre la piel y produce un efecto único. Llevé mi mano derecha hasta su nuca y hundí mis dedos en ella. Las suyas apretaban mi espalda. No llevaba nada debajo de la camiseta, así que la sentí, en plenitud, como tantas veces en nuestra corta relación.

–Dejadme cerrar la puerta –oímos hablar a Esperanza.

Tuvimos que movernos. Primero un poco, hasta quedar a salvo de miradas extrañas en el recibidor, mientras su amiga nos aislaba del mundo. Después hacia el interior del piso, sin dejar de abrazarnos al caminar, a través de un largo pasillo que nos condujo a una sala y a una galería que daba a uno de los clásicos patios interiores de las casas del Ensanche. No nos detuvimos hasta la galería y allí, bañados por la luz del atardecer, nos derrumbamos sobre un sofá destartalado pero cómodo.

–Yo no lo hice, Jon –me cubrió con una mirada de angustia.

–Lo sé.

–Te lo juro...

–Por eso estoy aquí. Me enteré anoche, al regresar de un viaje a África. Llevo todo el día buscándote.

Rompió a llorar, probablemente por enésima vez, y tuve que ampararla de nuevo, dejar que descargara sobre mi pecho mientras le acariciaba la cabeza. Me encontré con la mirada adusta y dura de Esperanza. Fue un diálogo sordo, cargado de músicas amargas.

–Os dejo solos –acabó suspirando.

Se lo agradecí con una lenta bajada de párpados.

Transcurrieron un par de minutos.

Inmóviles.

Hasta que Alejandra se serenó y se apartó de mí lo suficiente para volver a mirarnos. Sus ojos estaban tan rojos que parecían dos atardeceres. Se sentó en cuclillas, para colocarse enfrente de mí, y yo retuve sus manos entre las mías para no perder aquel contacto. La camiseta resbaló hasta casi las caderas y sus largas piernas formaron un aspa bajo ella. Sin venir a cuento, y me sentí culpable por ello, quise acariciarle los pies.

–¿Cómo estás? –me preguntó.

–Yo bien.

–Te leo siempre.

–Gracias.

–¿Qué has ido a hacer a África?

–Un reportaje sobre las niñas modelo que las agencias buscan en Etiopía, Somalia...

–Siempre el mismo, intentando salvar el mundo.

–Bueno...

–Y siempre trabajando con chicas guapas.

Era un diálogo insulso, para quitarnos tensiones. La sonrisa de Alejandra era dulce y su mirada, ya sin lágrimas, un bálsamo. Sentí su caricia en mi rostro, y más allá de él, en mi alma.

–Supongo que estás avergonzado de mí.

–¿Yo?

–Todo lo que se escribe...

–Lo sé.

–No, no sabes.

–No seas tonta. Claro que sí. Soy periodista. No de los que te acosan o se inventan historias acerca de ti, pero lo soy.

–Yo les doy carnaza, ¿no crees?

No podía fingir que no, que ignoraba lo de Culver, lo de su acosador, lo de Demian, lo de las borracheras o las drogas. Ya no éramos la adolescente de diecisiete años y el enamorado de veintidós. La vida nos había hecho adultos. Sobre todo a ella.

–La vida ha sido una trampa para ti, eso es lo que creo.

–Cuando murió mi madre... –hizo un esfuerzo para no volver a llorar–. Me sentí tan sola, tuve tanto miedo...

No dejé que volviera a caer, arrastrada por su dolor y aquel desconcierto. No sólo quería estar con ella. Quería ayudarla.

Eso implicaba enfrentarse a los hechos.

–¿Qué sucedió?

–No lo sé, Jon –movió la cabeza de un lado a otro.

–Inténtalo.

–¡Ya lo he intentado! –sus manos se engarfiaron en las mías–. Me desperté muy zombi, sin siquiera saber dónde estaba. Me quedé en la cama, con los ojos

abiertos y la cabeza doliéndome mucho. Me ha sucedido otras veces, en hoteles de medio mundo. La diferencia es que esta vez sabía que estaba en Barcelona, pero no reconocía nada. Entonces me sobrevino una náusea, tuve una arcada y me incorporé. Ni siquiera vi lo que pisaba. Mi objetivo era llegar al baño. Rodeé la cama, tropecé con algo y caí. Hasta ese instante ni lo recordaba. Cuando me di cuenta estaba sobre él, empapada con su sangre, y entonces...

—¿Tocaste la navaja, el cuchillo, lo que fuese?

—Lo tenía hundido en el pecho.

—¿Por qué estaban tus huellas en él?

—¡Porque se lo saqué, creí que estaba vivo... no sé! Lo único que recuerdo desde ese momento es que vomité, me levanté, resbalé sobre la mancha de sangre, volví a caerme, me incorporé y salí de aquel horror, gritando, gritando, gritando...

—Tranquila.

—¡No puedo estarlo, Jon! ¡Me acusan de asesinato! ¡Dicen que nos montamos una orgía de alcohol y drogas y que por eso no recuerdo nada! ¿Cómo no voy a recordar si maté a una persona? ¡Eso es imposible! ¡Yo no lo hice! ¡Sabes que no lo hice!

Dejé que sacara otra oleada de rabia y desesperación.

Cuando se calmó busqué la forma de insuflarle un atisbo de serenidad.

—Escucha, llevo todo el día de aquí para allá haciendo preguntas...

—¿Preguntas?

—He hablado con Noelia Cassassas, con Máxima Álvarez, con Marcel, he estado en el hotel, en la misma habitación donde sucedió todo, en tu piso... Incluso he tenido un tropezón con Demian.

—¿Dónde?

—Yo salía de tu piso cuando ha aparecido él.

—Espera, espera, ¿cómo que salías de mi piso?

Por alguna razón no me sentí culpable.

—Encontré la llave que guardas siempre en alguna parte por si pierdes las tuyas —forcé una sonrisa—. Te estaba buscando, así que... perdona la intromisión. Gracias a eso he dado con tu agenda y al ver el nombre de Esperanza... Cuando salía me he dado de bruces con él. Se ha puesto borde y...

–¿Y qué? –abrió los ojos.

–Mañana tenía una sesión de fotos y no creo que pueda hacerla.

–¿Le has...? –los ojos se le dilataron todavía más.

–Sí, pero ha sido en defensa propia.

–¡Bien! –sonrió también ella por primera vez. Y mientras lo asimilaba mejor, repitió–: ¡Bien!

–Estás impactante –tuve que reconocerle–, pero tu gusto ha ido a peor.

No quería incomodarla, ni que se dejara llevar por su crisis y su estado de desesperanza. Intenté recuperarla, centrarla en lo más importante.

–Escucha –la sujeté por los brazos y la sacudí ligeramente–. Quiero que me hables de ese día, de todo lo que sucedió, sin dejarte ni un detalle. Y cuando digo todo, quiero decir todo, desde que conociste al tal Christian hasta que despertaste en esa cama como me has dicho.

–¿Y de qué servirá?

–Algo sucedió a lo largo de esas horas, Alejandra. Algo que hizo que Christian van Peebles muriera de esa forma brutal. Y sólo tú sabes qué pudo ser, aunque ahora pienses que no. Sólo tú, porque fuiste la única que estuvo con él, ¿comprendes? La clave está aquí dentro –le puse un dedo en la frente–. Y lo primero que has de hacer es salvarte a ti misma recordándolo todo.

Conseguí serenarla.

Y con eso supe que empezaba a tener mucho terreno ganado.

Cerró los ojos y empezó a recordar.

–Llegué al ensayo temprano, y allí hablé con Toni Miró, que me dijo lo que quería de mí, y luego con Noelia Cassassas y con algunas de las chicas que conocía. De pronto apareció él, Christian. Me gastó una broma y... bueno, había oído decir que era muy simpático, que estaba loco, que cualquiera se lo pasaba bien a su lado, y yo necesitaba reírme, pero reírme de verdad, porque con Demian llamándome a cada momento me sentía muy agobiada, mucho. Temía que apareciese en cualquier instante, porque sabía que estaba en Barcelona y me perseguía...

–Noelia me dijo que empezaste ya a beber cava por la mañana.

–Sí –lo admitió.

–¿Te emborrachaste?

–Antes era más débil –no bajó su mirada al decírmelo, aunque tampoco vi desafío en ella–. Ahora aguanto mucho más. Me temo que soy una alcohólica, o voy camino de serlo.

–Continúa.

Se tomó unos segundos. Pensaba que iba a regañarla, o a quejarme, o a decirle... cualquier cosa, y no se trataba de eso.

No entonces.

–Bebí cava, sí. Y no me emborraché. Por lo menos por la mañana o por la tarde. Cuando trabajo soy muy consciente de lo que hago. Muy profesional. Otra cosa es que al acabar el desfile...

–Despacio. Seguimos en la mañana.

–Christian van Peebles era un loco adorable, y desde luego tenía gracia. Ya no me separé de su lado. Nos caímos bien enseguida. Con él dejé de pensar en Demian y todos mis problemas. No recuerdo haberme reído tanto en mucho tiempo. Contaba chistes, anécdotas, era ocurrente, disparatado, siempre tenía una frase o una respuesta en los labios...

–¿Sucedió algo durante el ensayo?

–No... Bueno, sí, tuve un pique con una de las modelos.

–¿Un pique?

–Una estupidez. La pisé sin darme cuenta, riéndome por una tontería de Christian, y ella me empujó. Cuando me volví me dijo que mirase por dónde iba y simplemente pasó. No estaba para peleas o discusiones.

–¿Quién era?

–Una de las nuevas. No sé ni su nombre.

–¿Qué más?

–¡Es que no sé qué más pudo haber, Jon! Cuando acabó el ensayo fuimos a Marcel. Christian y yo seguíamos siendo inseparables. Nos aislamos del resto. De Marcel regresamos al salón y ya nos preparamos para el desfile, con los nervios habituales, las prisas de última hora, los retoques... Tú sabes cómo es eso. La gente sólo ve a las modelos desfilando en la pasarela, ¡oh, qué bonito, qué aplomo, qué bien lo hacen!, pero detrás está la locura, las carreras, los cambios de ropa en un minuto, con diez manos ayudándote, los que te marcan los pliegues, te ajustan la falda, te acaban de modelar el pelo, te calzan... Y vuelta a salir, a desfilas. Los nervios únicamente desaparecen cuando ha terminado la última o el último modelo, la gente aplaude y sale el diseñador a saludar. Entonces sí, la euforia se desata, se descorchan botellas de cava en el *backstage*, cada una y cada uno recupera su identidad, nos despedimos y nos marchamos.

–Tú y Christian os fuisteis a X's.

–No directamente. Era temprano. Quise enseñarle Barcelona, en plan anfitriona. Cogimos un taxi y estuvimos un par de horas de aquí para allá. Tomamos unos bocadillos en la Plaza Real, nada selecto como ves. Fueron unos momentos de calma, más tranquilos, pero seguía haciéndome reír, lo pasábamos bien, así que decidimos continuar, a él le apetecía bailar y recalamos en el X's. Ahí sí fue donde nos desmadramos y se nos fue la mano. Por desgracia alguien debió de

reconocernos, porque al rato se descolgó el maldito *paparazzi* de turno. Cuando vi la cámara me puse como una moto –hizo un gesto de fastidio–. Estoy harta, Jon. Harta de esto, ¿sabes? Vaya donde vaya siempre hay uno con una cámara dispuesto a sacar la foto.

–No eres una persona vulgar, y les has dado motivos para ser carnaza de la prensa rosa, amarilla y verde.

–No me hagas esto, por favor.

Iba a decir que se lo había hecho ella sola, pero me contuve. Alejandra se estaba abriendo y eso era lo más importante.

–Perdona.

–Me acerqué al tipo y le pedí que me dejara en paz, que ya había hecho la foto, que por favor se fuera y me permitiera pasar una noche tranquila.

–¿Te hizo caso?

–No.

–¿Quién era?

–Ni idea. Para mí todos son iguales.

–¿Qué hiciste entonces?

–Christian también habló con él. Era un tipo joven, veintitantos. Largó su rollo de la libertad de expresión y todas esas cosas y finalmente lo echaron los del local por molestar a la clientela.

–¿Cuando os fuisteis estaba fuera?

–Salimos por una puerta de emergencia y le dimos esquinazo.

–¿Estabais muy borrachos?

No respondió. No hizo falta. Bajó los ojos y los depositó en nuestras manos.

–Los del X's llamaron a un taxi que nos esperaba en la otra calle –dijo, recuperando la concentración–. El hotel de Christian estaba mucho más cerca que mi casa, así que dimos sus señas primero. Pero para entonces él ya no se tenía en pie. Se quedó dormido en el taxi y nos costó mucho sacarlo. Se puso a llorar y me pidió que no le dejara solo. Me dio pena. ¿Puedes creerlo, Jon? ¡Me dio pena! Sé lo que se siente de noche en una ciudad desconocida cuando no tienes a nadie. Le dije que subía a su habitación, le dejaba en cama y luego me iba. Y fue lo que hicimos, llegamos arriba, le ayudé a desvestirse y cuando se

derrumbó en la cama yo me metí en el cuarto de baño porque estaba muy mareada y casi no me tenía en pie. Me quedé sentada un buen rato en la taza del inodoro, como una tonta, hasta que comprendí que no estaba en condiciones de salir, bajar a la calle, pillar un taxi e irme a mi casa por mí misma –llenó sus pulmones de aire–. La cama era enorme. Cabían tres personas sin tocarse. Christian estaba a un lado. La tentación fue demasiado fuerte. Me quité la ropa, me tomé una pastilla para dormir doce horas sin despertarme aun en caso de que se produjera un terremoto, me puse los tapones para los oídos que siempre llevo encima y sencillamente me acosté y me dormí.

No le oculté mi sorpresa.

–Espera, espera... ¿cómo que te acostaste? ¿Sin más?

–Sí –no entendió por dónde iban los tiros.

–¿No pasó... nada?

–¿A qué te refieres?

–Vamos, Alejandra, por Dios –me enfadé.

–¿Quieres decir que si... lo hicimos? –no esperó mi respuesta y saltó rozando la rabia–. ¡No!

Me quedé mirándola, buscando un resquicio, una grieta, porque aunque quería creerle no podía.

–Jon, no lo hicimos –repitió despacio con un tono de voz que rozaba la dureza–. La policía me examinó, y me imagino que también le habrán examinado a él.

–Está bien.

–No, no está bien. ¿Qué te pasa?

–Nada. Tenía que preguntarlo. Si hubo sexo, consentido o no, existe un móvil.

–Pero ¿cómo iba a haber sexo?

No supe qué contestarle. Un hombre y una mujer, de noche, en la habitación de uno de ellos, alegres...

–Christian era gay, Jon. Gay –musitó con dulzura Alejandra apretando mis manos con las suyas.

No lo sabía.

Tal vez medio mundo de la moda sí, pero yo no.

Y eso me pilló totalmente desprevenido.

–¿Crees que me acuesto con el primero que conozco, por guapo que sea o borracha que esté?

–Los periódicos... todos dan por supuesto que subisteis a eso.

–La verdad siempre es lo más simple, y a veces resulta increíble. O nadie quiere creerla, porque es mucho mejor la mentira.

–¿Qué te ha dicho la policía acerca de eso?

–Deben de estar analizando mi sangre para ver si tomé esa pastilla, pero uno me dijo que igualmente pude matarlo en un arrebato de locura.

–¿Tomasteis drogas?

–No.

Reflexioné sobre todo aquello aunque me costaba mucho centrarme teniéndola a ella delante, mirándome, tocándome con sus manos.

–Alguien entró en esa habitación y le mató –manifesté.

–¿Alguien que estaba también en el hotel?

–O no. Pudo colarse dentro en cualquier momento, aprovechando entradas o salidas masivas de turistas. Ningún hotel del mundo es impermeable a eso.

–¿Sabes por qué intimamos tan rápido Christian y yo?

—No.

—Porque éramos una especie de almas gemelas.

—¿En qué sentido?

—Yo acababa de mandar a la mierda a Demian y Christian de romper con su novio.

—¿Te lo contó?

—Estaba hecho polvo. En mi caso metí la pata, me enamoré de un capullo y no me di cuenta hasta que me vi metida en... bueno, no quiero hablar de ello. Pero Christian todavía estaba enamorado de su novio.

—¿Por qué rompieron?

—Cuando iniciaron su relación se hicieron las pruebas del VIH. Los análisis dieron negativo. Se prometieron fidelidad y se convirtieron en pareja. Todo muy bien, perfecto. Pero hace poco a su novio tuvieron que hacerle otro análisis por un tema de un seguro de vida. Y ese dio positivo, tenía el sida. De esta forma supo que le era infiel.

—¿Y Christian?

—No, está limpio, por suerte para él. Pero rompió de todas formas.

—¿Y te lo contó sin más?

—Habló por teléfono con su ex, casi se echó a llorar. Yo estaba a su lado y al preguntarle... me lo soltó todo. Se desahogó.

—Marcel me ha dicho esta mañana que hablasteis los dos por teléfono en la peluquería, tú con Demian y Christian con alguien. Un par de veces cada uno.

—¿Cómo sabe que era Demian?

—Porque dice que le mandaste a la mierda.

Alejandra esbozó una sonrisa.

—Demian se queja de que la prensa le culpe a él de nuestra historia con las drogas. Dice que yo ya estaba enganchada antes y quiere que haga una declaración proclamando lo buen chico que es.

—Qué cabrón...

—Por eso le mandé a la mierda. Es la persona más egocéntrica y egoísta que jamás he conocido. Dice que es una estrella del rock y que modelos como yo las

tiene a patadas, que salí con él para hacerme famosa.

–Siento haberle roto únicamente la nariz.

–Me amenazó con demandarme por un millón de euros en concepto de daños y perjuicios.

–¿Y las llamadas de Christian?

–Le telefoneó su novio. Quería que volviese.

–¿Desde dónde llamaba?

–No lo sé. Christian vivía en Londres, aunque también tenía casa en Ámsterdam, que es donde nació.

–Ese novio pudo coger un vuelo y presentarse en Barcelona en un abrir y cerrar de ojos.

–Demasiado fácil, ¿no?

El zumbido de mi móvil nos sobresaltó. Lo cogí por inercia, pero no pensaba responder a la llamada. Cambié de idea al ver que se trataba de mi madre. Si un solo día ignoraba una llamada suya...

No quería ni pensarlo.

–¿Sí, mamá? –le guiñé un ojo a mi compañera.

–¿Dónde estás?

–Con Alejandra –no tenía por qué mentirle.

Conté hasta tres y hablé de nuevo al oír su silencio.

–No lo hizo.

–Bien –la oí suspirar.

–¿Querías saber dónde está tu hijo, por lo del reportaje que aún no he escrito o por esto?

–¿Crees que no imaginaba que a estas alturas ya habrías dado con ella?

–Supongo que esto es un halago.

–Escucha –fue al grano–. Los padres de Christian van Peebles han llegado esta misma mañana para hacerse cargo del cuerpo de su hijo. Están en el Princesa Sofía.

–Gracias, mamá.

–Pensé que te interesaría. ¿Cómo está Alexia?

–No sabría decirte –evadí una respuesta concreta.

–Entonces te dejo –se despidió–. Pero quiero que me cuentes qué haces y cómo va todo, ¿de acuerdo? *Quid pro quo*.

–Es justo. Gracias de nuevo.

–Ten cuidado, Jon.

No sé si me lo decía porque a fin de cuentas aquello era un caso de asesinato o porque volvía a estar con Alejandra.

–La gran Paula Montornés –asintió ella.

–¿Dónde estábamos?

–Decías que el novio de Christian pudo venir desde Londres.

–Alejandra, tal y como lo veo yo, durante la noche, o al amanecer, o puede que poco antes de que te despertaras...

–La sangre todavía estaba caliente. No mucho, pero sí suficiente. Eso sí lo recuerdo porque es una sensación que jamás olvidaré –se estremeció.

–Entonces eliminamos la noche o el amanecer y queda la hora antes de que tú te despertaras. En ese momento alguien llamó a la puerta y Christian la abrió.

–¿Por qué no pudo entrar esa persona sin llamar?

–Porque el cadáver estaba en el suelo. De haber entrado subrepticamente le habría apuñalado en la cama. Eso implica que hubo una llamada, tú estabas todavía bajo los efectos de la pastilla para dormir, él se incorporó y nada más abrir la puerta el asesino le apuñaló.

–Dios...

–¿No oíste nada?

–No, Jon –se llevó una mano a los ojos, cansada–. Te recuerdo lo de los tapones en los oídos. Si no estoy en mi casa no puedo dormir sin ellos porque todo me agita. Siempre llevo encima eso y un antifaz, aunque el antifaz no lo utilicé.

–Un indicio, un...

–Soñé que alguien me acariciaba el cuerpo, muy dulcemente, y también que me besaba –susurró despacio–. Fue una sensación duradera, y muy placentera porque... bueno, me excitó. De hecho me desperté con ella.

–¿Y si no fue un sueño?

–Tuvo que serlo.

–¿Por qué?

–Yo no tenía cara. Quería despertar y no podía...

Sentí su agotamiento. Tenía mil preguntas, todas llenas de dudas, pero ella necesitaba descansar, y yo serenar mis ideas. Había salido de la cárcel unas horas antes, y podía apostar lo que fuese a que no había dormido demasiado desde su amargo despertar en la habitación del muerto.

–Ven –suspiré levantando el brazo derecho para que volviera a acurrucarse en mi regazo.

Esperanza reapareció cuando llevábamos tres o cuatro minutos así, bajo un silencio lleno de promesas. El cuerpo de Alejandra era de plastilina, maleable, falto de fuerza o energía vital. Era un poco más alta que yo y no lo parecía. Arrebujada contra mí la envolvía con mis brazos. Tenía mi barbilla apoyada en su cabeza, y la nariz llena de su aroma.

—¿Estáis bien?

Alejandra se separó de mí y se apoyó en un lado del sofá.

—Sí —se concedió un respiro.

—Felipe está a punto de llegar del trabajo —intuí que se refería a su novio—. Voy a preparar algo para cenar —me miró directamente y agregó—: Te quedas, ¿no?

—Gracias —acepté.

—Yo no tengo hambre —dijo Alejandra.

—Tú vas a cenar o te saco a patadas, saco de huesos —le reprochó Esperanza sin contemplaciones—. A este paso acabarás con una talla 32 o peor. Y luego... ¡a dormir! Mañana si queréis seguís hablando de lo humano y lo divino, ¿vale?

No admitía la menor replica.

—Vale —asentimos los dos.

Esperanza salió de nuestro campo visual y casi al instante mi compañera se puso en pie. Yo seguí fascinado por su imagen, recuperada y renovada en mi memoria. Muchas modelos no son bellas, pero su magnetismo es único. Ése es el sello, el estigma que las hace diferentes. Ella encima sí era hermosa, genuina. Su estatura le confería un toque de distinción y, en un momento como aquel, despeinada,

ojerosa, con una simple camiseta holgada, sus largas piernas blancas y los pies desnudos, lo que sentí fue una cerrada descarga interior en la que se me juntaron muchas cosas. A veces la belleza duele. Lo efímero de la vida hace daño.

Y ni siquiera pensé en que ella estaba malgastando la suya.

–Voy al baño –me dijo.

Se incorporó y caminó por la galería hasta la sala. Se apoyó en el marco de madera que separaba las dos estancias y me miró con una renacida paz.

–Gracias por estar aquí –susurró llena de dulzura.

No le contesté. Reanudó su marcha y entonces el que se levantó fui yo. La vi entrar en una puerta, a la izquierda del pasillo, y yo encontré a Esperanza en la primera que había a la derecha, la cocina. Me apoyé en el quicio.

No disponía de mucho tiempo, así que no lo perdí.

–¿Cómo la ves?

–Fatal –fue más que sincera nuestra anfitriona.

–¿Hasta qué punto?

–Me ha preguntado si tenía algo de coca, lo que fuese, para soportar toda esta mierda.

–Dios...

–Le he dicho que ni tenía cosas de esas ni movería un músculo para buscarlas, y que como la viera metiéndose algo en el cuerpo salía por la ventana. Y se lo he dicho muy en serio –dejó el cuchillo que sostenía en la mano derecha y que no paraba de agitar delante de mí–. Me consta que lo había dejado, pero ahora mismo está buscando escapar de esta pesadilla, y su única salida son las drogas, al menos tal y como lo ve o lo siente ella.

–¿Dejarás que se quede aquí?

–Pues claro. Pero va a pasarlo muy mal. Y no es tan fuerte, Jon. Mejor dicho, no es nada fuerte. Ha ido rodando cuesta abajo y tanto física como emocionalmente está rota. Esto acabará de hundirla a menos que la verdad salga a la luz.

–La ayudaré.

–¿Como hace tres años?

–Esperanza... –puse mis manos por delante a modo de barrera–, terminamos los dos. Ninguno tomó la decisión por el otro. Su carrera era más fuerte aún que mi

trabajo.

Esperanza retomó el cuchillo y continuó cortando una barra de pan.

–Perdona –convino–. Yo también me siento un poco... desquiciada, ¿sabes?

–¿En qué sentido?

–Llevo meses sin verla, sin saber de ella, con problemas en el trabajo, apurada de dinero, y de pronto me llama y me dice que me necesita, que no tiene a nadie más, que está en libertad y no sabe adónde ir.

–Es tu amiga.

–Y la quiero. Pero también ha sido muy egoísta.

–Todas las modelos viven en su mundo, y muchas veces es irreal.

–La fama es lo que cambia a las personas.

–Y la perspectiva. No es lo mismo estar en un lado que en otro. Las modelos son pequeñas diosas, por eso se llaman así, «modelos». Belleza, ropa, *glamour*, admiración, viajes, portadas, imágenes para millones de adolescentes, jóvenes y mujeres... El problema es que hay que ser muy fuerte para aguantar la presión del éxito, sobre todo cuando te llega joven, sin haber madurado antes.

–Depende del carácter y de cómo tengas amueblada la cabeza. A Alexia todo le ha llegado rápido y fácil.

–Rápido, sí. Fácil, no –le aseguré.

–¿Modelo a los quince? ¿*Top* a los diecisiete? ¿Personaje público antes de los 20? ¿Esto no es fácil?

–También ha luchado. Nadie que hace lo que ella ha hecho lo consigue sin luchar.

–Dios... –volvió a dejar el cuchillo y se dispuso a untar el pan con tomate sin dejar de cubirme con una mirada de agotamiento–. Tú aún la quieres, ¿verdad?

–No lo sé.

–Vamos, Jon.

–No se olvida a alguien como Alejandra así como así, pero la palabra amor está resultando ser muy gratuita últimamente.

–Ella tampoco te ha olvidado.

–No odies a quien hayas amado.

–¿Es tuyo?

–No, lo leí en un poema.

–Para ti también debe de haber sido duro verla convertida en una muñeca pública a lo largo de estos últimos meses.

–Tomé distancia.

–¡Anda ya! –hizo un gesto de fastidio con la cabeza.

No quise discutir con ella. Esperanza era mucha Esperanza, y estábamos en su casa. Además tenía su dichoso carácter, su temperamento. Sentí curiosidad por conocer a su novio. No me lo imaginaba.

Escuchamos el ruido de una puerta abriéndose y cerrándose en el pasillo.

Alejandra reapareció a mi lado. Yo seguía apoyado en el quicio de la puerta de la cocina. Ella se abrazó a sí misma.

–¿De qué hablabais?

–De mí y de Felipe –dijo la cocinera–. Jon preguntaba cómo era eso de vivir con alguien.

Ninguno pudo hacer o decir nada más.

En ese momento escuchamos el sonido de una llave en la cerradura de la puerta del piso.

–Hablando del rey de Roma... –anunció Esperanza la llegada de su novio.

No me marché muy tarde. Todavía no eran las once. Mientras recorría las calles ya menos transitadas con la moto a menos velocidad de la habitual, por respeto a la noche y a los locos que anidan en ella, no dejé de pensar en aquellas últimas dos horas.

Sentía el calor del último abrazo de Alejandra.

Oía su voz en mi cabeza.

—Gracias otra vez.

—No seas tonta.

—No, Jon. Gracias, sobre todo por creerme.

Durante la cena habíamos llegado a parecer dos parejas de amigos cenando relajadamente. Felipe era un tipo estupendo, el clásico «buen chaval», afable, extrovertido, abierto, lleno de humanidad... Tenía mi edad y trabajaba de corrector en una editorial. Un trabajo que le encantaba porque le gustaba leer. Hablamos de libros, de autores, de viajes, de *Zonas Interiores* y de muchas otras cosas. Le dije que si un día dejaba la editorial viniera a vernos. No abundan las personas válidas por las que se pueda poner las manos en el fuego. Además estaba colado por Esperanza. Colado absolutamente. Le iba la marcha, porque su novia a veces adquiría rasgos de sargento mayor. Pero él la trataba con una dulzura y una ternura a prueba de incendios mayores o menores. No les sobraba el dinero, pero en ningún momento habían puesto reparos a que Alejandra se quedara allí, oculta del mundo y a salvo de los ataques que le llovían desde todas partes.

La modelo asesina.

La famosa de turno que, despreciando su suerte, convertía su existencia en un guiñapo lleno de drogas, alcohol y escándalos, cambiando de pareja como quien cambia de ropa.

Una más para sumar a la larga lista de muñecas rotas que jalonaban la historia de los famosos en los últimos veinte o treinta años.

Aunque Alejandra no fuese del todo así y el cúmulo de circunstancias la aplastase más que su propia realidad.

Con todo, la cena había sido un éxito, sin hablar del crimen, sin caer en pozos de tristeza, melancolía o depresión. Incluso habíamos reído. Un milagro. Alejandra riéndose. Las gansadas de Felipe o mi esfuerzo por aparentar la calma que no sentía dieron su resultado. El flagelo verbal de Esperanza hizo el resto.

Sí, una velada de amigos.

Pero de vuelta a la vida, yendo a mi casa, mi cabeza volvió a llenarse de imágenes y cavilaciones.

Llegué a mi piso agotado.

Mi *jet lag* surgió de repente, igual que un monstruo agazapado.

Jet lag y excitación, adrenalina a tope. Una buena combinación.

Me puse cómodo, me quité los zapatos y me senté en mi butaca. Cogí la lista de huéspedes del hotel durante la noche del crimen y la volví a leer. Me había quedado con las ganas de ponérsela a ella en las manos, para que me dijera a qué modelos conocía, cómo, de qué.

—Mañana —suspiré. Y lo repetí—: Mañana.

Tenía que descansar un poco, o mucho. Las horas necesarias para enfrentarme a todo aquello con la mente despejada.

Pasé de la cordura y continué mirando la lista.

Quién hubiera asesinado a Christian van Peebles lo había hecho con alevosía y premeditación. Por lo tanto, debía de existir un motivo. Un motivo tan fuerte como para que alguien llegase a lo más extremo, y encima permitiendo ahora que una inocente pagara por ello o fuera acusada bajo pruebas circunstanciales.

El asesino sólo tenía dos opciones: o dormía en el hotel y se había movido libremente por él, o estaba fuera y se había colado con total descaro.

¿Cómo?

Empecé a hacerme las primeras preguntas con cierto sentido.

¿De qué forma sabe alguien de fuera el número de la habitación de un huésped?

Escogí uno de los nombres de la lista que me sonaban y descolgué mi teléfono. El número del hotel estaba arriba, en la parte superior izquierda. Lo marqué y esperé. Cuando la telefonista se puso al aparato utilicé la mejor de mis voces de hombre importante.

–Por favor, la señorita Hayden Sorensen, si es tan amable.

Uno, dos, tres segundos...

–Lo siento, señor –reapareció la chica–. La señorita Sorensen ya no se hospeda aquí.

Maldije por lo bajo y busqué otro nombre, éste al azar.

–Pues pásame con la habitación del señor López –opté por uno nacional.

–Le paso.

Esperaba escuchar una voz de hombre, molesta por la hora. En lugar de eso oí la de una mujer. Su tono era cantarín.

–Hola –me saludó envolviéndome con la «a» final.

–Perdone –le dije.

Corté la línea y volví a marcar el número del hotel.

De nuevo apareció mi amiga la telefonista y yo recuperé mi gravedad oral.

–Disculpe, señorita. Acabo de llamar preguntando por el señor López, de la 124, y me ha pasado usted con otro.

La chica debió de comprobarlo.

Lo hizo rápido.

–Lo siento, señor, pero... los señores López están en la 321 y no hay nadie más con este apellido hospedado aquí. En la 124 están los señores Hardy. ¿Está seguro de que...?

–Debo de haberme equivocado o estar mal informado –inicié la retirada–. Perdone.

–No hay de qué.

Cortamos al unísono.

Averiguar el número de la habitación de un huésped era de lo más fácil, tanto si se alojaba uno en el hotel como si no.

Me sentí como un perro enjaulado después de pasarme un par de minutos sentado con la mirada perdida en el vacío. Ya no quería llenarme de recuerdos, ni que el pasado volviera para martillarme la cabeza. La había encontrado. Punto. Era un arranque y el reencuentro de dos viejos amigos.

La pregunta que me acababa de hacer Esperanza en su casa volvió a mí.

—Tú aún la quieres, ¿verdad?

Y yo le había contestado:

—No lo sé.

Lo cual, de pronto, era cierto. Llevaba tres años superando el maldito pasado, y la vida nos había demostrado que los dos teníamos razón, que de seguir juntos entonces nos habríamos hecho todavía más daño.

«No odies a quien hayas amado.»

Fui a mi habitación con la misma sensación de perro enjaulado y sin darme cuenta cogí la caja de las fotos, una preciosa caja roja, cuadrada, en la que tenía las imágenes detenidas y atrapadas por el tiempo. Muchas más estaban en el ordenador, pero aquéllas eran distintas. Por alguna razón eran tangibles, y podía ponerlas una al lado de otra.

De Alejandra tenía catorce.

Once sola y tres juntos.

Ella parecía mayor y yo más joven.

Tres años puede ser mucho tiempo.

A veces.

Me acosté diez minutos después creyendo que no iba a poder dormir y, sin embargo, me quedé frito enseguida.

Me levanté temprano y de un salto, nada más abrir los ojos. No había puesto el despertador pero mi subconsciente hizo lo que debía, arrancarme de un profundo sueño para disparar mi adrenalina y ponerme en marcha. Una ducha me despejó, y un desayuno rápido me dio la suficiente energía como para resistir otra larga jornada de investigaciones, preguntas, desencantos, sorpresas y, tal vez, un progreso digno de ser tenido en cuenta como para que valiera la pena el esfuerzo. Confiaba en que la policía hubiera encontrado pruebas de la inocencia de Alejandra, ausencia de semen en ella y en el muerto, otras huellas en la habitación, nuevos candidatos a asesino...

Claro que cuando la ley cree tener un culpable, y lo ve claro, deja de investigar.

Por segundo día consecutivo pasé del coche y cogí la moto. Si tenía que desplazarme por Barcelona, ir de un lado a otro, y aparcar cerca de mis objetivos, lo mejor eran las dos ruedas. Serían las nueve y poco más cuando arranqué para dirigirme al Hotel Princesa Sofía.

No había llamado a mi madre.

Así que lo haría ella de un momento a otro.

Vi su cara el día en que le dije que Alejandra y yo nos habíamos... enrollado.

Empleé esa misma palabra: enrollarse.

Me dijo: «En una relación descompensada, por el motivo que sea, uno de los dos va a sufrir, y no me gustaría que fueras tú».

Mi madre suele soltar perlas dignas de ser enmarcadas.

Por ejemplo éstas: «En una pareja siempre hay uno que ama más que el otro, y ése es el vulnerable», «Una pareja resiste y sobrevive si el hombre ama más que

la mujer», «El amor es un estado natural entre dos personas, en el que uno sueña y el otro se deja soñar».

Lo dicho: para enmarcar.

Llegué al Princesa Sofía en apenas diez minutos, aparqué la moto sobre la acera, cerca del quiosco, y caminé hasta la entrada concentrándome en lo que iba a hacer, porque seguramente no iba a ser fácil.

Lo más seguro era que no quisieran hablar conmigo.

Me acodé en la recepción y esperé a que uno de los empleados me atendiera. Se acercó uno, circunspecto y distinguido y yo se lo solté:

—Los señores Van Peebles, por favor.

El hombre tecleó en el ordenador más próximo.

—Habitación 715. Puede utilizar aquel teléfono —me señaló un aparato situado sobre un mostrador, a la altura del pecho.

No quería arriesgarme a subir arriba sin más. A fin de cuentas eran unas personas que acababan de perder a un hijo. Necesitaba de todo mi tacto para conseguir que respondieran a mis preguntas.

Marqué el 715 y esperé.

Una voz femenina, de tono joven, apareció en la línea antes de que expirara la primera señal de llamada.

Empleó una expresión desconocida para mí.

Christian era holandés y vivía en Londres. Su familia, por lo tanto, era holandesa. Y allí hablaban las dos lenguas sin problema. Empleé el idioma del Imperio, con mi mejor acento. No es lo mismo el inglés de Nueva York, chapurreado, con palabras medio comidas o aspiradas, que el de los británicos, orgullosos de sus Oxfords y Cambridges.

—¿Los señores Van Peebles?

—Son mis padres. Yo soy Nadia van Peebles.

Casi me alegré.

—Me gustaría hablar con usted, señorita.

—¿Acerca de qué?

—De su hermano.

Temí que me preguntara más, pero quizá los padres estuvieran cerca, o quizá bastara con eso para ponerla en marcha. De todas formas era una familia conmocionada por una tragedia sin límites y estaban en un país extraño. Eso era suficiente.

–Bajo en dos minutos, señor.

Me senté en uno de los sillones de recepción y estuve atento a los ascensores. No fueron dos minutos, sino tres. Apareció una mujer rubia, veintiséis o veintisiete años, relativamente atractiva, ojos verdes, cuerpo redondito y cara de cansancio. Vestía de negro, un vestido ceñido que le sentaba fatal, con zapatos planos. Nada más verla me puse en pie y le hice una seña. Caminó hacia mí con la duda cincelando su expresión y yo le tendí la mano ceremonioso.

–Lamento lo de su hermano –me creí en la obligación de expresárselo.

–Gracias –mantuvo la duda en su rostro mientras me la estrechaba con fuerza.

–Mi nombre es Jonatan Boix.

–¿Cuál es el motivo de que quiera hablar con nosotros, señor Boix?

–Soy periodista... –alcé las dos manos enseguida, para impedir su reacción–, pero no estoy aquí profesionalmente. Lo único que deseo es hacerle unas preguntas acerca de su hermano.

–Si no es algo profesional, ¿para qué quiere hacer esas preguntas?

–¿Podríamos sentarnos?

Vaciló. No lo veía claro. Puse mi mejor cara de buen chico y eso la convenció, por lo menos lo justo para doblegar su resistencia inicial. Ocupó la butaca frontal a la mía, con el cuerpo inclinado hacia adelante, y yo hice lo mismo para que no existiera mucha distancia entre nosotros.

Entonces se lo solté.

–Soy amigo de Alexia.

Fue un mazazo. Lo recibió con entereza pero lo fue. Crispó las manos, endureció el gesto, convirtió sus labios en un trazo recto y sus ojos se llenaron de animadversión y dolor.

–Ella no le mató, Nadia –busqué un poco de proximidad utilizando su nombre.

–La policía no opina lo mismo –mantuvo su elegancia aunque ahora el tono era muy, muy frío.

–Piénselo. No tenía ningún motivo. Se conocieron ese día. Dos jóvenes con problemas que se lo pasan bien juntos y se hacen amigos.

–¿No es bastante motivo acabar ciegos de drogas, alcohol...?

–Bebieron, pero no hubo drogas.

–¿Quién se lo ha dicho?

–Ella.

–Señor Boix... –hizo un gesto de cansancio dispuesta a marcharse.

–Deme cinco minutos, o menos. Por favor –moví una mano para detenerla.

–¿Qué pretende?

–¿No le interesa saber la verdad?

–¿Y que el nombre de mi hermano se vea arrastrado por el fango?

–Al contrario. Ahora lo estará si esta historia sigue adelante tal cual. Pero si Alexia no lo hizo y descubrimos qué pasó en realidad y quién le mató, probablemente servirá para limpiarlo.

No sé si la convencieron mis argumentos o su cansancio. Tal vez fuera la curiosidad.

–¿Qué quiere preguntarme?

–¿Tenía enemigos Christian?

–¿Mi hermano? –casi se rió–. Era un loco encantador, todo el mundo le quería. Una persona vital, extrovertida, sincera, amigable... Puede pensar que por ser modelo, muy guapo, y disfrutar del éxito a su edad, era como tantas estrellas inmaduras, pero no es así. Por supuesto no era un viejo, se comportaba como cualquiera cuando es joven.

–¿Conoce usted a su ex novio?

–¿Nigel? Sí.

–Rompieron porque él tenía sida y Christian se sintió engañado.

–Si piensa que Nigel pudo matarle se equivoca. Cometió un error, y bien que lo pagó, contagiándose, pero no cometería otro asesinando a mi hermano. Los dos se querían mucho. Además, aunque Nigel hubiera visto a Christian con una mujer en la cama habría sabido que entre ellos no podía haber sucedido nada. No necesitaba matar por una mujer, ni por celos.

–¿Tenía usted mucho contacto con su hermano?

–Sí. Yo también vivo en Londres y nos veíamos. Tuve que ir a buscar a mis padres a Ámsterdam porque los dos son mayores.

–¿Le veía a menudo a pesar de su trabajo de modelo?

–Christian era muy hogareño. También íbamos con frecuencia a Ámsterdam para estar con ellos. Mis padres aceptaron sin problemas su inclinación sexual, no hubo ningún trauma, así que no existía motivo alguno para no vernos siempre que podíamos. Ellos están orgullosos de su éxito.

–¿No se le ocurre alguien que...?

–No, señor Boix. Lo siento.

Camino cerrado.

Y cada vez quedaban menos.

Aunque hubiera tenido más preguntas, no habría podido hacerlas, porque en ese instante un empleado del hotel casi se cuadró delante de mi interlocutora, a la espera de que ella reparara en su presencia.

Nadia van Peebles lo hizo.

–Disculpe, señorita –se lo dijo también en inglés–. Han llegado los señores del consulado.

–Gracias –se levantó de inmediato bajándose la falda.

El empleado se retiró y nos quedamos frente a frente. Su mano estaba de pronto muy fría. Volvió a estrecharme la mía con fuerza. Sus ojos mantenían aquella dureza, prueba de que o bien no me había creído o bien se aferraba a lo que sabía: que la policía tenía a una más que presunta culpable del asesinato de su hermano menor.

–Gracias por su tiempo –le dije–. Ha sido muy amable.

–Espero que también lo sea con mi hermano si escribe algo sobre él, señor Boix.

En otras circunstancias nos habríamos tuteado.

Pero no eran esas circunstancias.

La vi alejarse en dirección a la recepción, donde esperaban dos hombres trajeados y muy serios. Yo me encaminé a la salida y sólo al llegar a la calle y ver mi moto comprendí que no tenía ningún lugar al que ir, porque mis pistas morían allí.

Eso hizo que me sintiera muy mal.

Impotente.

Como si le fallara a Alejandra.

El zumbido de mi móvil me sobresaltó, porque estaba metido en la tormenta de mi nube, con rayos y truenos expandiéndose por mi cabeza.

–¿Dónde estás? –me hizo reaccionar la voz de mi madre.

–En el Princesa Sofía.

–¿Tienes para mucho?

–No, ya salía.

–¿Qué tal los padres del chico?

–Nada.

–Bien, te espero en treinta minutos en la Vía Layetana, en el bar que hay delante de la Comisaría Central de policía.

Cuando le salía el lado profesional podía llegar a ser muy directa, rápida, seca.

–¿Qué hay allí? –le pregunté.

Y me contestó con una sola palabra antes de cortar:

–Respuestas.

Llegué al bar en quince minutos, así que me senté en una mesa y me tomé un café. De paso ojeé la prensa del día. Craso error. No tenía que haberlo hecho. Noticias nuevas, ninguna. Pero comentarios, todos. Un columnista «serio», una «celebridad» del mundillo intelectual, se despachaba a gusto con Alejandra. Bajo el título «Pobre niña guapa» desmenuzaba todas las sombras de su vida e incluso convertía sus muchas luces en negros resplandores. Para él, Alexia no era nada, una muñeca rota, alguien que había nacido con una única suerte: ser hermosa, y no lo había aprovechado. Más que cargar tintas, disparaba con balas de plomo. Por supuesto, no tenía ni idea de lo que era el mundo de la moda, el verdadero mundo de la moda. Mujeres hermosas las hay en todas partes, a cientos, a miles, pero mujeres capaces de enamorar a una cámara, de ponerse un traje y hacerlo brillar, o de caminar por una pasarela con aplomo y elegancia, hay muchas menos. Quienes lo ven desde fuera tal vez sólo se queden con el éxito, el dinero y las muchas leyendas oscuras que lo pueblan, carnaza para los ignorantes aunque las lacras dejen huella: anorexia, bulimia, drogas, sexo, vínculos con el poder a través de cantantes o actores, prostitución de lujo... Pero esa punta de iceberg negativa no puede ocultar la gran masa positiva que permanece más discreta. Diseñadores, modelos, peluqueros, comerciantes... todos trabajan de hecho por un sueño, y ese sueño es el espejo y el reflejo por el que se guían millones de mujeres que utilizan productos de belleza o compran su ropa. La moda es una industria, sí, con una diferencia: que siempre está en el escaparate, expuesta, de ahí su vulnerabilidad. Hay pocas mujeres que puedan comprar un vestido de un gran modisto, cierto, pero la blusa que acaban adquiriendo por 30 euros es un derivado de ese primer vestido.

Leyendo aquella columna empecé a ponerme rojo.

«... la ley debe dictaminar si Alexia es inocente o culpable, pero ella, esa niña que

lo ha tenido todo y lo ha dilapidado sin inmutarse, ya no puede eludir la realidad. Al igual que el caballo de Atila, nuestra Alexia jamás volverá a ver salir la hierba por donde ella haya pasado. Y al igual que muchas famosas, y aquí la lista sería exhaustiva, su autodestrucción sólo será finalmente un pálido recuerdo en nuestra memoria. Triste, muy triste. Lamentable, muy lamentable. Pero es el mundo que nos merecemos, el mundo del famoseo, de la televisión basura, de los parásitos que al final no son más que carnaza para las fieras: nosotros. Pobre, muy pobre niña guapa, cargando con el infierno encima.»

Arrojé el periódico a un lado y al levantar la cabeza vi aparecer a mi madre.

Con su cojera, su bastón, su elegancia natural.

—¿Por qué no me has pedido que fuera a la redacción? —le pregunté.

—Porque vamos ahí. Andando.

Pagué el café y salimos a la Vía Layetana. Cruzamos la calle y enfilamos la puerta de la Comisaría Central de policía. Su cojera no le impedía caminar rápido. No tuve tiempo de hacerle ninguna pregunta, ni ella me aclaró demasiado. Al primer policía que nos cortó el paso le dijo:

—Venimos a ver al comisario Martín.

Recordaba a Genaro Martín. Vagamente. Una vez me lo presentaron en una recepción o algo parecido. De eso hacía al menos cinco años, si no más. Subimos unas escaleras, llegamos a unas oficinas, mi madre volvió a preguntar, dio su nombre, y finalmente fuimos introducidos en un despacho. Un despacho de policía. Como el de una revista pero dedicado a perseguir a los malos. Cuando iba a abrir la boca entró él. Cincuenta años, pelo negro, traje y corbata, delgado, ojos perspicaces.

Las extrañas amistades de mamá.

—¡Paula, por fin, cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

Se dieron dos besos, así, como si fueran amigos de toda la vida. Luego ella se volvió hacia mí.

—No sé si recuerdas a Jonatan. Le conociste en la recepción del consulado americano hace seis años.

Dios, encima su memoria era...

—Hola, Jonatan —me estrechó la mano—. Sentaos, sentaos.

—Gracias por recibirnos, sé lo liados que estáis siempre.

–Bueno, tu llamada me ha sorprendido, pero ya sabes que decirte que no es tentar al diablo –sonrió el hombre–. Aunque eso de que no es profesional...

–Nunca te mentaría, y nunca escribiría sobre algo que me dijeras que no lo hiciera –quiso dejarlo claro–. La información que voy a pedirte no es para mi revista, sino para él.

Genaro Martín dirigió sus ojos de mi madre hacia mí.

–Tú dirás –me invitó a hablar.

No lo hice yo. Fue de nuevo ella.

–Alexia y Jonatan fueron novios, al comienzo de la carrera de la chica –puso las cartas sobre la mesa.

–Vaya por Dios –el comisario de policía se dejó caer hacia atrás y apoyó la espalda en el respaldo de su butaca.

Desde su nueva posición me miró con curiosidad, envidia, sorpresa...

–Jonatan está investigando el asesinato –continuó Paula Montornés–, y no quiero que pierda el tiempo si ella es culpable, que no lo creemos –quiso aclararlo de antemano–. Por supuesto tampoco quiero que se meta en problemas si es inocente y un asesino anda suelto por ahí.

–Caray, Paula...

–¿Puedes decirnos algo?

–¿Y el secreto de sumario?

–Te deberé una, y de sobra sabes que a veces lo necesitáis.

–No hace falta que me lo digas –suspiró rendido. Luego me miró a mí y me preguntó–: ¿Eres bueno?

–Soy periodista, no detective, pero sé hacer preguntas y atar cabos.

–Tiene un buen historial, Genaro –me defendió mi madre–. Es paciente, pesado, de los que encuentra una aguja en un pajar... Como su padre.

El comisario de policía evaluó la situación por espacio de unos segundos.

–Lo cierto es que tampoco hay mucho que contar –manifestó plegando los labios–. Hemos investigado el hotel, hablado con las personas de las habitaciones contiguas, con las y los modelos que estaban durmiendo ahí esa noche después de desfilas en la pasarela... Nadie vio nada ni oyó nada. Y durante el día los dos estuvieron riendo, como dos amigos, delante de todo el mundo.

–Dos amigos felices que acaban de conocerse, y luego ella va y le mata –dijo mi madre.

–En un hotel el movimiento es continuo –apunté yo.

–Cierto. Cualquiera puede entrar aprovechando su oportunidad y salir del mismo modo.

–Entre una y dos horas antes de que Alejandra saliera chillando, llegó un autocar con turistas alemanes, todos muy enfadados porque debían de haber llegado el día anterior.

–Vaya –asintió con un deje de admiración Genaro Martín.

–No hubo llamadas telefónicas desde la habitación. Los dos tenían móvil. Pero ¿alguien llamó desde el exterior?

La pausa fue breve. Los ojos del policía crepitaron.

–Sí, a las ocho cero siete.

–¿Preguntó por la habitación de Christian van Peebles directamente?

La pausa esta vez se hizo eterna.

–Fue alguien que no sabía el número de su habitación, ¿verdad? Es la mejor forma de averiguarlo.

El mismo silencio.

–¿Le habéis practicado la autopsia al muerto? –intervino de nuevo mi madre.

–Siete puñaladas –el policía dirigió su mirada hacia ella–. La primera en el corazón, directa. Dos más en el estómago, una de lado, otra en la garganta y finalmente las dos últimas en el pecho. Con la séptima ya no sacó el arma. O no pudo o la dejó ahí sin más. Mi teoría es que después del frenesí y la rabia homicida quedo exhausta.

–¿De arriba abajo o de abajo arriba? –pregunté yo.

–La primera de arriba abajo.

–No parece el estilo de una mujer.

–La muerte no tiene estilo, Jonatan.

–Alejandra mide casi un metro ochenta, y él medía un metro setenta y nueve según he leído en su biografía en Internet. ¿Cuál era el ángulo de inclinación de esa primera cuchillada?

Otro silencio.

–Vamos, Genaro –suspiró Paula Montornés.

–Treinta y siete grados con relación a la perpendicular del cuerpo, o lo que es lo mismo, cincuenta y tres con relación a la vertical.

–¿Eso corresponde a alguien bajo o alto?

–Depende. Si levantó mucho el brazo... Pero cabe pensar que fuese alguien bajo.

Ahora el silencio fue mío, porque me tocaba preguntar y su última respuesta acababa de acelerarme el corazón.

–Pudo estar sentada en la cama, o arrodillada –apuntó nuestro anfitrión para desarbolar mi esperanza–. El resto las fue asestando indiscriminadamente a medida que Christian van Peebles caía.

–¿Huellas?

–Las de ella. Ninguna más.

–¿Y la potencia del impacto?

Me miró con más respeto.

–Fuerza en los golpes, sí. Mucha. La navaja penetró hasta el fondo. Pero con un acceso de rabia o de furia hasta la mujer más débil aumenta su fuerza, así que tampoco eso es determinante.

–No han encontrado semen ni en él ni en el examen que le hicieron a ella.

No era una pregunta. Era una afirmación.

–Cierto.

–¿Saben que Christian era gay?

–Sí.

–¿Y que habló con su ex?

–Tiene coartada. Está en Londres.

–Alejandra me dijo anoche que bebieron, pero que no tomaron drogas.

–También es cierto –lo confirmó el policía.

Me estaba quedando sin preguntas, pero me reservaba la última para el final. Genaro Martín le echó un vistazo a su reloj. Probablemente le estábamos entreteniendo demasiado. Mi madre guardaba ahora un prudente silencio,

aunque su presencia era mucho más que manifiesta. Hablara o no hablara siempre se hacía notar.

La vi coger su bastón.

Hora de cierre.

—Jonatan —el comisario quiso ser condescendiente comprendiendo mi ansiedad—, hemos dado aviso a Scotland Yard para que investiguen allí, pero a falta de más datos o pruebas, toda conjetura es eso, una conjetura. Hay un asesinato, una escena del crimen, una sospechosa directa, huellas en el arma...

—No hay móvil, y sin móvil eso se desmonta.

—Ella pudo descubrir que era gay y sentirse engañada.

—¿Y le mata al día siguiente, después de dormir a su lado?

—Por la noche estaban demasiado borrachos —hizo de abogado del diablo una vez más hasta que se cansó—. Y de cualquier forma, todo es posible, pero era una habitación de hotel y en ella no había nadie más.

—Christian van Peebles estaba al pie de la cama, delante de la puerta porque abrió a alguien.

—Jonatan —dijo mi madre.

Quizá me estaba pasando. Tal vez mi tono fuera inadecuado.

Lancé la última pregunta justo a tiempo.

—¿Y ese cuchillo?

—Era una navaja, considerable, pero navaja al fin y al cabo.

—¿Cree usted que una modelo lleva una navaja en el bolso? ¿Y lo mismo en el caso de él, pasando controles de aeropuertos y todo ese rollo?

—La navaja era nueva, y española. Comprada aquí.

Mi madre se puso en pie.

—Has sido muy amable, Genaro, de verdad.

—Sé que es duro —se dirigió a mí—. Pero si no lo hizo tu amiga lo descubriremos, descuida. De todas formas... —me entregó una tarjeta que recogió de encima de su mesa—. No juegues a ser un héroe. Si descubres algo, llámame. Y por supuesto esta conversación no ha tenido lugar. Como escribas algo de esto te despellejo.

–No lo haré.

–Lo sé, pero tengo que decírtelo igual –cambió la intención de sus palabras y le sonrió a mi madre antes de agregar–: ¿El viernes por la noche?

–Por supuesto.

Mi madre con un policía. Lo que faltaba.

Pero a veces la información cuesta.

Volvieron a besarse en las mejillas y nosotros nos dimos la mano.

No nos acompañó hasta la calle.

No hablé con mamá hasta salir de la Comisaría Central y detenernos en plena Vía Layetana.

–Extraños ligues tienes –murmuré.

–Jonatan...

–No, si no pasa nada.

–Vamos a ir a cenar. Somos viejos amigos, aunque nos veamos de peras a cuartos. Puedes estar tranquilo.

–Pues es todo un pez gordo.

–Al que no hay que atosigar, ni quemar, ni preguntar tonterías. Pude haberle llamado ayer, pero ellos necesitan su tiempo para trabajar y completar sus investigaciones. Por eso hemos venido hoy.

–¿Qué opinas?

–Entiendo su posición. Todo apunta a Alejandra. Pero tus argumentos son sólidos. No había motivo ni creo que ella o él tuvieran una navaja en esa habitación. Alguien la compró para hacer lo que hizo. Y si es así, no tienen más que hacer preguntas en las tiendas correspondientes, que tampoco son tantas. Deberías tranquilizarte.

–¿Sabes lo que está sufriendo ella cada hora que pasa? ¿Has visto lo que dicen hoy algunos periódicos? Temo que haga alguna tontería.

–¿Como cuál?

–Anoche me pareció muy frágil. Y esto la ha llevado al límite. ¿Por qué no vienes a verla?

–Me voy al despacho. Y tú ten cuidado.

–Lo tendré. Tampoco soy estúpido.

–No me refiero tan sólo a lo que ha dicho mi amigo. Te hablo de ella.

–¿Alejandra?

–Lo acabas de decir: está hundida y es vulnerable, y tú eres como tu padre, un caballero andante, sobrado de ternura y muy sensible. En una situación así se pierde la perspectiva. Puede que olvides que han pasado tres años. Y ella lo mismo. Quizá confundáis las cosas, convertís la necesidad en... amor, o como quieras llamarlo.

–Somos distintos, mamá.

–Este músculo no lo es –me puso una mano en el pecho, a la altura del corazón–. Cuando tengas mi edad verás que tres años son un soplo de tiempo, y que no hay nada que nos haga más débiles que el amor.

–Tranquila –arrastré la «i» un poco.

–Oh, sí, tranquila –expresó sin énfasis–. Tú eres un idealista, y los idealistas en el fondo sois peligrosos.

–Mira la pragmática –me burlé sin evitar cierta incomodidad.

–Pues sí, lo soy –me inundó con una mirada triste y cargada de nostalgias detrás de la cual vi con claridad el peso y el dolor por la ausencia de mi padre–. La vida no es una novela –se tocó la pierna herida con el bastón–, pero tú ahora vives una: estás rescatando a tu doncella. Es muy bonito, precioso, aunque nada práctico. Pase lo que pase, lo consigas o no, después volverá la realidad, sin música de fondo, sin fundido en negro, ella regresará a su mundo y tú al tuyo, es decir, a lo que os separó hace tres años.

–¿Por qué estás tan...? –no encontré la palabra adecuada.

–¿Odiosa? –lo interpretó ella en grado extremo.

–Iba a decir agorera.

–Soy periodista –manifestó–. Llevo esto en la sangre y las he visto de todos los colores, aquí y en medio mundo. Pero es que encima soy tu madre desde hace veinticinco años. No naciste con un manual de instrucciones, así que nos graduamos al mismo tiempo. Con una diferencia: tú partiste de cero y yo ya tenía horas de vuelo. El amor es una fuerza muy poderosa, la mejor y la peor al mismo tiempo, capaz de elevarte al paraíso y de arrastrarte al infierno. Tú ahora estás en

el limbo, Jon. Piensa en ello.

Era demoledora.

–Confía en mí.

–Eso he hecho siempre –sonrió.

Una enorme verdad. Nunca me había cortado las alas, al contrario.

–¿Te llevo? –señalé mi moto al otro lado de la calle.

–No, gracias.

–Tengo un casco de más en el maletero de atrás.

–Soy de coches, a pesar de esto –volvió a tocarse la pierna dañada con el bastón–. No me fío de esos artilugios, y menos de los conductores que os odian. Mejor tomo un taxi, como siempre.

Cruzamos la calle, porque coger el taxi en dirección mar era sumergirse en un tráfico difícil. Nada más llegar al otro lado Paula Montornés levantó el bastón y paró a uno. O más bien lo acoquinó. Parecía una mujer capaz de abatir con el bastón el capó si no se detenía. Le di un beso y la ayudé a entrar en el vehículo.

–¡Lláname! –fue lo último que me dijo.

La despedí con la mano, como si se fuera en tren, y me quedé quieto viendo como el taxi se la llevaba.

Había tratado de retener todo lo dicho por el comisario, y en cuanto me quedé solo lo ordené en mi cabeza. Cada detalle, cada palabra, cada dato. Hasta llegar al cuchillo, la dichosa navaja.

Saqué mi móvil y marqué el número de Esperanza.

No creí que la encontraría. Pensaba que lo cogería Alejandra. Sin embargo fue la voz de su protectora la que llegó hasta mí a través de la línea.

–¿Sí?

–Soy Jon.

–Ah, hola Jon. ¿Cómo estás?

–Bien, ¿y Alejandra?

–Está durmiendo, y mejor así. Necesitaba una buena cura de sueño. Yo no he ido a trabajar para cuidarla y no dejarla sola.

–Entonces voy para allá y te sustituyo.

–Gracias –suspiró–. La verdad es que tengo algún problema en mi trabajo y esto no me ayuda demasiado.

–Dame cinco minutos. Estoy cerca.

Cortamos, me puse el casco, arranqué la moto y salí zumbando también Vía Layetana arriba hasta coger Jonqueres a la derecha.

Cuando me subí a la acera, delante del edificio donde tenían el piso Esperanza y Felipe, me fijé en un coche aparcado al otro lado en doble fila con alguien dentro. Le daba el sol en el parabrisas, así que no vi al conductor. Pero el coche me llamó la atención por su matrícula, con cuatro nueves. Mi número. O al menos uno de ellos, junto con el siete.

En algunos países en los que es el ocho el número de la suerte, los usuarios llegan a pagar auténticas fortunas por matrículas con uno, dos, tres o más ochos. Igual que bautizar esa matrícula con tu nombre en Estados Unidos.

Subí al piso. Esperanza ya estaba vestida y a punto de irse a su trabajo. Me dio dos besos y repitió su gratitud por mi gesto. Le dije que más bien era todo lo contrario: el agradecido era yo por dejarme cuidar a Alejandra. Me abrazó, en un desconcertante gesto, y luego puso su mano derecha en mi mejilla.

–No la caguéis –me pidió.

No supe que responderle.

Después de todo hay mil formas de «cagarla», y apenas una o dos de acertar y hacerlo bien.

Sin olvidar el tiempo, que se encarga de convertir lo bueno en malo o lo malo en bueno.

Me quedé solo en aquella casa extraña.

Solo y prisionero de todas mis incertidumbres.

Lo primero que hice fue lo más básico y elemental. No quería privarme de ello. Entré sin hacer ruido, muy despacio, en la habitación en la que dormía Alejandra. Quizá un día Esperanza y Felipe tuvieran hijos. De momento, la cama

la ocupaba otra clase de niña. Lo del ruido después de todo era lo de menos, porque ella dormía con antifaz y los tapones en los oídos. Gracias al antifaz, la oscuridad de la habitación no era absoluta. La penumbra permitía ver sus rasgos y formas. Los tapones le garantizaban un sueño profundo.

No me senté en la cama, me quedé de pie.

Contemplándola.

Como se contempla un cuadro o una escultura en un museo.

La belleza me hiere.

La última vez que lo hice así, antes de nuestra separación, recuerdo que pensé en mi suerte. Para mí era la perfección. Física, visual, pero perfección al fin y al cabo. Alejandra era digna de ser contemplada como una obra de arte viva, aunque yo pudiera resultar patético, ingenuo e inmaduro por esa idea. Una obra de arte animada, creada por una mano celestial. En aquella ocasión dormía desnuda, de lado. Esta vez dormía con unos pantaloncitos cortos y una camiseta, pero daba lo mismo, porque la desnudez ahora era lo de menos. Su mano izquierda descansaba abierta sobre la cama, con la palma hacia arriba. La derecha la tenía boca abajo, con la barbilla encima. La blancura de piel destacaba igual que un faro de luz mortecina en mitad de la penumbra que nos envolvía. Su rostro era puro, de nuevo juvenil. Tenía los labios entreabiertos y su respiración sonaba acompasada, un fluido armónico. Con las piernas dobladas ligeramente hacia arriba, sus pies se unían como en un rezo.

Siempre la imaginaba descalza.

Alguien la había bautizado así: la modelo descalza.

Creo que me quedé allí una hora o más, velando su sueño, mirándola sin cansarme, dejando que mis sentidos se arrastraran por todo mi ser. Creo que percibí energías desconocidas, y que me dolieron partes que ni siquiera sabía que existían en mí. En todo ese rato sólo se movió una vez, para cambiar de posición. Se estiró, de la cabeza a los pies, se pasó la lengua por los labios y continuó durmiendo casi igual pero del otro lado.

Me convertí en un maldito *voyeur*.

Hasta que tuve un ataque de culpabilidad.

Y entonces algo pasó por mi cabeza.

Algo relacionado con el caso.

Algo que estaba ahí y que acababa de despertar mi alarma, activando mi instinto, excitando mi sexto sentido periodístico.

¿Qué?

Cerré los ojos, di media vuelta y salí de la habitación.

No recuperé el *flash*. Lo que hubiera atravesado mi cerebro como un cometa no volvió. Pero sabía que estaba ahí dentro, y que tarde o temprano reaparecería. Era cuestión de esperar, con paciencia. Nunca conseguía nada forzándome al límite.

Lo peor era que Alejandra podía dormir todo el día.

No sería la primera vez.

¿Qué hacía en tal caso, quedarme allí, perder tantas horas velando su paz?

Llegué a la galería donde habíamos hablado el día anterior y ocupé el mismo sillón. Cogí mi móvil y casi por inercia consulté la agenda. Cerré los ojos al ver la cita, olvidada por completo.

Una cita imposible en aquellas circunstancias.

Fui a la memoria, recuperé el número y llamé.

—Hola, Jon —me saludó la voz de Cristina—. ¿Cuándo has regresado?

—Anteanoche.

—¿Qué tal?

—Bien, un gran reportaje, seguro.

Nunca se me ha dado bien ligar, pese a todo, y menos anular una cita.

Y Cristina era estupenda.

—Quedamos en que cenaríamos esta noche para que me contaras tu aventura africana, ¿recuerdas?

—Es de lo que quería hablarte, Cris.

—¿Qué pasa? —su tono se oscureció.

—No va a poder ser. Al menos esta noche.

Fue una pausa muy breve, pero llena de clarividencia por su parte.

—¿Es por Alexia?

—Sí —lo reconocí.

–Es una rival de peso –suspiró mi amiga.

–No es ninguna rival –justifiqué lo injustificable–. Pero en estas circunstancias me necesita.

–Lo entiendo.

–Lo siento.

–No, lo entiendo, de veras.

–Te llamaré.

–Claro.

Sonaba a despedida. Para siempre.

–En cuanto acabe con esto.

–Bien, Jon. Bien.

Lo dejamos así y al cortar la comunicación tuve ganas de gritar.

¿Cuánta gente sabía lo mío con Alejandra, por Dios?

¿Acaso salimos en todas las portadas o todos los programas de telebasura?

Si pasaba todo el día allí sin hacer nada me volvería loco.

Extraje la dichosa lista de huéspedes del hotel de mi bolsillo y la examiné de arriba abajo. Nombres y más nombres. Miré los de la planta quinta. Nada. Como leer la maldita guía telefónica. No tenía absolutamente ninguna pista. Mi último candidato era Demian Lapeira, el imbécil al que le había roto la nariz en el rellano del piso de Alejandra. ¿Era capaz de matar a un tipo por creer que se había acostado con su ex? No, Demian era un machito a la española. La habría matado también a ella. Suya o de nadie.

El silencio del piso se convirtió en una tormenta.

Alejandra estaba a menos de diez pasos.

Bastaba con regresar a su lado, susurrarle algo al oído, acariciarla, darle un beso en la cabeza y despertarla.

Su voz me sobresaltó de pronto.

–Hola, Jon.

La vi en la puerta de la galería, con su camiseta y los pantalones cortos que le venían grandes porque debían de ser de Esperanza o de Felipe, hermosamente desarreglada, más y más delgada, con su mirada turbia y líquida, sus brazos

entrelazados a la altura del pecho y los pies descalzos.

–Hola, Alejandra. ¿Cómo estás? –conseguí decir yo.

No habían pasado tres años.

Eso era lo malo.

De pronto parecían tres siglos.

Jugueteaba con su naranjada. Todavía le quedaban un par de sorbos, pero no se animaba a darlos. Yo había intentado que comiera algo, unas tostadas, unos cereales con leche, lo que fuera, pero me dijo que no iba a poder tragar nada, que no le pasaría por la garganta. Me prometió comer.

Me lo juró.

Tuve que dejarla en paz. No era por fantasmas como la anorexia o por el dichoso tema de mantenerse delgada y en forma. Simplemente es que los nervios los tenía en el estómago. Me dijo que si comía sin hambre, por obligación, sería peor. Y tuve que creerle.

Llevábamos un rato sentados en la cocina, aprovechando la buena temperatura. Seguía con su camiseta y sus pantalones anchos.

Seguía descalza.

–Recuerdo tus masajes de pies...

–Dámelos.

Los extendió hacia mí y se los acaricié.

Luego hice lo que me pedía, con fuerza, haciéndole crujir los huesos, arrancando pequeños estigmas de dolor en su rostro. Los talones, los tobillos, la planta, cada uno de los dedos. Mis masajes de pies la relajaban siempre, y a mí me encantaba dárselos.

–No nos queda nada, ¿verdad? –dijo refiriéndose a mi investigación.

Le acababa de contar toda mi charla con el comisario Martín.

Y seguía con aquel *flash* mental que no conseguía atrapar.

–Si no recuerdas tú algo...

–Lo he intentado –me aseguró–. Y no consigo recordar más de lo que te conté anoche.

–Tu sueño...

–¿Sí?

–Creo que no lo fue. Creo que el asesino te tocó, y no lo hizo precisamente como un amigo. Por eso sentiste excitación y por eso acabaste despertándote.

Alejandra se estremeció.

–¿Quieres decir que...?

–Si es así no le mataron por algo relacionado consigo mismo, sino porque estaba contigo.

–¿Quién?

–Un ex, un amante frustrado, qué se yo.

–¿Demian?

–Lo he pensado, pero no habría ido a tu casa como un poseso. Más bien se habría apartado de ti.

–No queda nadie, Jon.

Le apreté demasiado la planta del pie y lo encogió.

–Me haces daño –suspiró.

Le acaricié la parte dañada y volvió a relajarse. El día era luminoso. Ella se llevó una mano al pelo, con coquetería pero sin premeditación, y entonces se dio cuenta de su estado.

–Debo de estar horrible –me puso una mano con la palma abierta por delante–, y será mejor que no digas nada, ¿vale?

–Vale, pero no lo estás.

–¡Jon!

–¿Y si llamas a tu agencia y les dices que vuelves a trabajar?

–¿Estás loco? ¡Lo más seguro es que hayan cancelado todos mis contratos y desfiles futuros! –su amargura se hizo más latente–. Ni siquiera puedo salir del país porque me han quitado el pasaporte.

–Esto terminará pronto. Genaro Martín no es tonto.

–¿Y si no termina? ¿Y si no dan con quien lo mató? Aunque me declaren inocente por falta de pruebas, móvil o lo que sea, eso en la mejor de mis fantasías, estaré marcada. Siempre quedará la sospecha y será mi fin.

La idea de que volviera a ser una chica normal se paseó por mi mente.

Y la deseché.

Porque eso sería como matarla en vida.

–La gente olvida rápido –intenté tranquilizarla–. Más escándalos que protagonizaron Kate Moss, o la Campbell... y continuaron estando en el candelero.

–¿Has leído algo de Anne Perry?

–No, ¿por qué?

–Más de 50 novelas, 20 millones de libros vendidos, una vida cómoda y tranquila en Inglaterra, y un día, en 1994, el director Peter Jackson, el que luego realizó la trilogía de *El señor de los anillos*, hace una película titulada *Criaturas celestiales* basada en un hecho real, la historia de dos niñas que en Nueva Zelanda asesinaron a la madre de una de ellas. Las niñas se llamaban Juliet Hulme y Pauline Parker. Tenían quince años a comienzos de los años cincuenta del siglo pasado cuando mataron a la madre de Pauline a golpes. Un crimen cruel y sádico por el que no fueron sentenciadas a muerte debido a que eran menores y por el que sólo pasaron cinco años en la cárcel. En 1994 la película de Jackson reveló la verdad: Juliet Hulme era en realidad Anne Perry, que se había cambiado de nombre y vivía tan tranquila en Inglaterra. ¡El pasado volvió a ella 40 años después, porque es inútil escapar de él! ¡Cometes un error y es para siempre, mata todo lo bueno que hayas podido hacer!

No le dije que conocía la historia de Anne Perry. Preferí callar.

Apartó los pies de mis manos de pronto, se levantó y se sentó encima de mis rodillas, rodeándome con sus brazos. Temblaba.

–Tengo miedo.

–Lo sé.

Le cayeron dos lágrimas por las mejillas. Tenía su rostro, su boca, a menos de un palmo. Sentí unos enormes deseos de besarla, por inercia, porque era lo que hacíamos tres años antes, besarnos hasta que casi sentíamos los labios

hinchados. Me contuve.

Ella no.

Se acercó a mí y me besó.

No fue un beso libidinoso, lleno de ansiedad o pasión. Fue un beso tierno, dulce. Un beso que hizo lo más extraño: liberarme de todos mis fantasmas.

Descubrí que ya no estaba enamorado de ella, sino del recuerdo, de lo que fue, de nuestro sueño juvenil. Enamorado del amor, del hecho de sentir algo por alguien. Enamorado de una mujer irreal.

Me quedé muy quieto, hasta que ella se apartó de mí.

–Gracias, gracias, gracias... –susurró.

Sonreí.

–Eres un bicho –le dije.

–Un bicho malo, ¿verdad?

–Algo loco.

Otras dos lágrimas resbalaron por la curva armónica de su rostro, pero conseguí que secundara mi sonrisa.

–Jon, tengo que hacer algo, y hacerlo en persona.

–Te acompañaré a donde quieras.

–Iba a pedírtelo.

–¿Adónde quieres ir?

–Primero a mi casa, a cambiarme y ponerme ropa limpia además de traerme algo por si paso aquí algunos días. Después a ver a mi padre.

–¿Tu... padre?

–Una vez me dijiste que aparecería cuando yo fuese famosa, y que aunque fuera por curiosidad le querría ver, y tenías razón.

–¿Tu padre te llamó?

–Sí.

–¿Cuándo?

–Unos meses después de morir mi madre.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Mandarle a la mierda? Le escuché, nos vimos... y aunque no lo siento ya como un padre, por lo menos somos amigos. Me gustaría contarle mi propia versión de los hechos en persona, no por teléfono.

—¿Vive en Barcelona?

—Con su nueva compañera y dos hijos, sí. Mis hermanastros.

Recordé aquella conversación. Le hablé de John Lennon y su padre. Alejandra había dicho que no querría verle y yo le aseguré que lo haría, aunque fuese por curiosidad, y que luego le perdonaría porque no se podía vivir con odio. También le dije que crecería.

Y había crecido.

—Voy a vestirme —me liberó de su tenue peso.

Me dejó en la cocina con la cabeza dándome vueltas.

Mientras le daba el casco extra que llevaba en el maletero trasero de la moto miré al otro lado de la calle. Un gesto instintivo. El coche con la matrícula de los cuatro nueves seguía estacionado en doble fila, aunque no en el mismo sitio. Llevaba allí desde mi llegada, y de eso hacía bastante.

Alejandra me abrazó.

Vestida, peinada y lavada volvía a brillar.

—¿Sabes qué me gustaría? —continuó sin esperar mi respuesta—. Subirme a tu moto e irnos a alguna parte, solos, lejos de todo esto.

Me olvidé del coche.

Podíamos irnos siempre que ella quisiera, pero no se lo dije, ni se lo pedí.

—Vámonos, que alguien te puede reconocer por la calle.

Se colocó el casco, yo hice lo mismo, metí su bolsa en el maletero, nos subimos a mi moto y arrancamos. Ella me rodeó con sus brazos y se sujetó, muy fuerte. Durante el trayecto no hablamos, ni en los semáforos. Al llegar a su casa nos dimos cuenta al unísono de la presencia de un fotógrafo en la acera de enfrente. Demasiado evidente, con sus cámaras, para pasar desapercibido.

—¡Sigue! —me gritó—. Da la vuelta a la manzana y para cuando puedas.

La obedecí y, cuando estuvimos fuera del alcance visual del *paparazzi*, detuve la moto. Alejandra sacó de su bolso unas llaves con un mando a distancia.

—Con el casco no me reconocerá —dijo—. Y si lo hace no le daremos tiempo. Tú dirígete al garaje y yo abro la puerta sin que te detengas. Esto funciona a diez o quince metros.

Hice lo que me decía. Reanudamos la marcha, completamos la vuelta a la manzana y cuando enfilamos su calle empezó a darle al mando, con el rostro vuelto hacia el otro lado por si el fotógrafo nos calaba. Le vi moverse, pero como estaba concentrado en la maniobra no sé si la reconoció o no. La puerta se alzó y nos metimos en las oscuras profundidades del lugar. Alejandra me indicó dónde poner la moto y subimos a su piso directamente, sin problemas.

En el rellano vi unas gotas de sangre.

Los restos de mi rápida pelea con Demian.

Por segunda vez entré en su casa, y ahora con sentimientos muy distintos a los del día anterior. La vi dirigirse a su habitación y yo me quedé en su sala. Me dejé caer a un lado del sofá. Volvió a los diez segundos con dos pelucas, una en cada mano, rubia y pelirroja.

—¿Cuál te gusta más?

—¿No tienes nada más discreto? —me alarmé.

—Tengo una morena —vaciló.

—Pues ésa.

Iba a salir de nuevo cuando la detuve.

—Espera, espera, ¿por qué no le llamas por teléfono primero?

—¿A mi padre? No. Eso es algo que he de hacer en persona.

—No le debes nada. Os abandonó. No tienes por qué hacerlo.

—Creo que sí, y cuando tengo algo aquí... —se tocó el pecho con el puño cerrado.

—De acuerdo —me rendí.

—Jon, escucha... —dejó las pelucas sobre la mesa, se acercó y se sentó a mi lado en el sofá, más bien se arrodilló sobre él, enfrente de mí—. Hay algo que quiero decirte porque... es importante, ¿entiendes? Importante y... Necesito que lo sepas... —se perdió un poco entre las palabras que buscaba para expresar sus sentimientos.

Yo me quedé callado, a la espera.

Alejandra llenó sus pulmones de aire y empezó de nuevo.

—He hecho cosas de las que no me siento satisfecha —dijo despacio, revestida de nueva calma—. Pero la mayoría de lo que se escribe y se publica es mentira. No son más que mierdas. Tú eres periodista, y aunque estás del lado serio, deberías

saberlo.

–Lo sé.

–No, no lo sabes. Ni te lo imaginas. ¿Qué conoces de mi vida en estos tres años?

–Lo que he leído –no tuve más remedio que convenir.

–Exacto: lo que has leído. ¿Y si lo que lees es bazofia? Al final una se cansa de desmentir cosas, porque entonces entras en un círculo vicioso. La prensa se inventa algo y tienes que dar la cara para negarlo, lo cual da pie a que te entrevisten o saquen más porquería, extrapolando frases tuyas de la maldita entrevista, y así hasta el infinito. Me ven con un amigo y ya es un romance. Desaparezco unos días y ya estoy en una clínica de desintoxicación. Es un bombardeo. Y ni siquiera leo todo lo que se publica, no puedo, ni quiero. Necesitaría cien abogados para poner todas las demandas. Es de locos.

Sabía que decía la verdad, y que tenía razón, pero sus escarceos con las drogas o el alcohol no eran inventados.

–No me mires así –suplicó.

–¿Así, cómo?

–Me estás juzgando.

–No es cierto –me inquieté.

–¿Te hago un resumen? –en sus ojos reapareció la orla de cansancio–. Lo de Nueva York fue falso. No le pegué al tipo de aquella discoteca, sólo le empujé accidentalmente porque alguien me empujó a mí por detrás. Se cayó y buscó sus cinco minutos de fama diciendo que yo le había agredido. Es un ejemplo. Cualquiera quiere sacarte dinero, con demandas o vendiendo exclusivas. Lo de París tres cuartos de lo mismo. No rompí nada en aquel hotel. Nada, y me acusaron de haber tirado una televisión por la ventana. Pudo hacerlo cualquiera, un botones, y sacarse un dinero del *paparazzi* que estaba abajo y sacó la foto. Pero ¿quién me creyó a mí? Nadie. Me dirás que una vez que tienes la fama... Y sí, de acuerdo, pero la fama es como una bola de nieve y esto empezó a rodar hace mucho por una pendiente que no he hecho yo sola. ¿Quieres más? Lo de las Maldivas, mi desnudo integral. Estaba acompañada, sí, de acuerdo, pero el fotógrafo pagó a un chico para que saltara a mi terraza, se colara en la habitación y se llevara la ropa. Salí tras él y allí estaba el cerdo ése, con la cámara –estaba encendida, con los ojos destilando chispas–. Los Angeles, San Francisco, Roma... ¡En Roma tropecé y caí, nada más, les ocurre a muchas chicas al desfilarse con zapatos imposibles, incluso a las más famosas! ¡Pero no estaba colgada, por Dios!

Separo muy bien mi carrera profesional de mis locuras personales.

—¿Y tus romances?

—Oh, vamos, Jon... —soltó un bufido—. Unos son ciertos, ¡claro que son ciertos! ¡Tengo veinte años y estoy sola! ¡Todo el mundo necesita amor, o compañía, o pasarlo bien! ¿Soy culpable de eso? De acuerdo, lo soy —abrió los brazos con dramatismo—. Pero en la mayoría de los casos no pasó nada, ¡nada! ¡Silvester Khan, Ivo Noreh, Jeremy Angus, Sebastião Barroso...! ¡Una cena aquí, un baile allá, y ya está, resulta que me he acostado con todos! ¡La escapada en *jet* a Isla Catalina fue un montaje para darle celos a la novia de Paul Costa, porque somos amigos y a veces estamos locos! ¡La verdad siempre es sencilla, pero no interesa! Una persona normal hace algo y no pasa nada, pero lo hace alguien conocido y todo se desmadra.

—¿Y Venecia?

—Estaba borracha y me caí al Gran Canal.

—¿Río de Janeiro?

—¡Yo no tomé drogas hasta que conocí a Culver, y no me hice adicta o... lo que sea, hasta que me enrollé con Demian!

—¿Y por qué ellos?

—¡No lo sé! —su grito me atravesó de lado a lado—. ¡Quizá atraiga los problemas, quizá me vayan los malos, los peores, quizá no todos son como tú! ¡Culver se mató, a Demian le embistió aquel coche robado que luego se dio a la fuga y casi le mata, ahora esto! ¡Dios, Dios, Jon! —su calma se venía abajo por momentos, pero no sabía cómo detener aquel acceso de furia—. ¡Y encima lo del acosador! ¿Sabes lo que dijo en el juicio ese hombre, Mariano Gálvez? ¡Que yo era como un bosque incontrolado que necesitaba alguien como él para protegerme de los que querían quemarlo!

—Ese tipo estaba loco, nada más.

—¿Loco? ¡También lo estaba el que mató a John Lennon! ¡Te aman, te aman, y acaban por destruirte! ¡A veces aún creo verle! Tengo esa sensación... —se estremeció—. Pero no puedo llamar a la policía sin estar segura. Le dije al juez que una orden de alejamiento no impediría que volviera, así que vivo aterrada también por eso cada vez que regreso a Barcelona, y a veces incluso cuando estoy en Madrid o cualquier otra parte de España.

—Todos los famosos han tenido el problema de los acosadores. Hay una larga

lista.

–¡Pero ese hombre era...! –no quiso decirlo. Se pasó una mano por la cara como si así borrara todo rastro o recuerdo suyo. Acompasó la respiración y me miró con una soterrada carga de tristeza y dolor–. Jon, siento como si todo esto me pasara a mí, como si atrajera los problemas igual que la miel a las abejas. Y esa bola de nieve no va a parar ya jamás. Cae, y cae, y cada vez es mayor... –volvió a estremecerse–. Tengo miedo, Jon.

–Estás a tiempo de dejarlo.

Me hundió una de sus aceradas miradas de dolor.

–Tendré que hacerlo a la fuerza después de esto –admitió.

–No, así no –le hice ver–. A la fuerza, no. Por tu propia voluntad, sí. Cuando esto termine...

–No terminará.

–Encontraremos a quien lo hizo.

–Nunca has sabido mentir.

–No te miento –busqué la forma de ser lo más convincente posible–. Quien fuese que entrara en esa habitación para matar a Christian tuvo que dejar un rastro, y daremos con él, la policía o yo.

Parecía todo dicho, una vez más.

Y por alguna razón, yo quería salir de allí.

–Anda –la animé–, vístete, ponte tu peluca y vámonos a casa de tu padre y a comer algo, o a comer algo y a casa de tu padre. Se hace tarde.

Salimos de su garaje tan rápido, con mi moto a plena potencia, que el *paparazzi* no tuvo tiempo de saber si se trataba de ella o no. Benditos cascos. La peluca morena era tan poco discreta como la rubia o la pelirroja, pero pasaba, y además estaba oculta por el casquete metálico. Por lo demás, se había puesto ropa cómoda y sencilla, unos vaqueros, unas sandalias, una camiseta y una chaquetilla tejana. Si el *paparazzi* hubiera sido listo nos habría seguido y alcanzado de inmediato, porque por mucho que vayas en moto es imposible correr por Barcelona, pero o no lo era o no tenía un vehículo como el mío. Casi en la siguiente esquina nos vimos obligados a detenernos por el semáforo.

Ninguna moto sospechosa detrás. Estábamos a salvo.

Al padre de Alejandra las cosas no debían de irle muy bien, y ella me acababa de decir en el ascensor que ni le había pedido dinero ni se había ofrecido a dárselo. Vivía por Santa Eulalia, cerca de la frontera con l'Hospitalet, en una casa muy sencilla, vieja, humilde. Lo que sí pensaba hacer, llegado el momento y en caso de que quisieran estudiar, era pagarles los estudios a sus dos hermanastros, todavía adolescentes.

—No tengo hambre, ¿te importa que comamos algo después? A esta hora sé que le pillaré en casa pero más tarde igual ha ido a trabajar —me pidió.

Mantuvimos otra vez el silencio, yo concentrado en la conducción y mi compañera en sujetarse. El desplazamiento fue largo, así que nos lo tomamos con calma. Cuando llegué a la calle en la que vivía Sebastián Galvany, vi que era demasiado estrecha como para dejar la moto en la acera o al lado. La única posibilidad era la esquina de la izquierda, que confluía con una calle más ancha.

Sea como sea, Alejandra tampoco me dejó tomar mi propia decisión.

–¿Te importa que suba sola?

–No, pero...

–Preferiría que no te viera, que no se cortara o algo así. Es mejor que estemos cómodos.

Volví a mirar la esquina. No sólo podía aparcar la moto allí, sino que justo enfrente había un bar donde poder esperarla.

–Estaré en ese bar –le indiqué.

–Dame el número de tu móvil. Te llamaré cuando vaya a salir.

Yo mismo lo anoté en un papel. Se lo puse en la mano y lo guardó en uno de sus bolsillos.

–Eres un cielo –me dijo.

–¡Oh, sí! –bromeé con socarronería.

Me dio un beso en la mejilla, o en la comisura del labio, o entre las dos partes, no lo calibré del todo bien ni creo que fuera intencionado. Únicamente un gesto rápido. Tras eso se metió en el portal, que tenía la puerta abierta, y desapareció de mi vista. Aguardé diez segundos sin saber por qué, como si fuera de noche y quisiera asegurarme de que no iba a pasarle nada malo. Luego encaminé mi máquina hacia la esquina, la aparqué allí, crucé la calle y me metí en el bar, una tasca llena de olores y sabores, pero también de humo, pasándose la ley antitabaco por el forro. Por esa razón no pedí ninguna tapa. Me limité a sentarme en la barra, de cara al exterior, con una limonada en la mano.

Por rápido que fuese Alejandra, no tardaría menos de quince o veinte minutos. Con suerte.

De hecho, me alegré de que no me pidiera que la acompañara. Deseaba protegerla, pero ser testigo de una conversación con el padre que la había abandonado siendo niña... Tal vez estuviera presente la nueva compañera del hombre, o sus hijos. La calle, la casa, todo destilaba pobreza. Un sentimiento de insatisfacción y desasosiego se apoderó de mí.

Sin saber por qué.

Medité sobre lo que me había contado Alejandra en su casa, sentada sobre mis rodillas, la historia de sus escándalos, la verdad y la mentira, los inventos de la prensa, las mil trampas de la fama. Sus ojos no engañaban. Pese a todo, aunque únicamente un diez por ciento fuese real, con esa fracción ya bastaba para

estigmatizarla. Las drogas eran malas compañeras de viaje. Mezcladas con el alcohol resultaban aún peor. Cuando saliera de aquel lío, Alejandra iba a necesitar ayuda.

Cuando saliera.

La imaginé arriba, tal vez mirando la esquina, el bar, desde una ventana. Levanté la cabeza pero no vi nada. La imaginé con su padre, relatándole su versión de los hechos, llorando, como cualquier hija arrepentida que no quiere que su progenitor se enfade con ella o la castigue. La imaginé así y me sentí mal, peor de lo que hubiera creído. Aquel hombre la había hecho polvo. Hay muchas formas de perder un padre, la muerte, un divorcio, pero la suya, desapareciendo, era de las peores.

Aquella era la Alejandra de la que yo me había enamorado, la inocente, la buena chica, la que quería que todo el mundo fuese feliz, la que era capaz de visitar a un padre reaparecido para contarle que ella no era mala ni había matado a nadie.

Apuré la limonada y pedí otra.

Tenía hambre.

Cuando Alejandra y yo nos separamos fui a la deriva un tiempo. No me encontraba a mí mismo, me faltaba el aire, no conseguía dormir, ni respirar, ni concentrarme en el trabajo. Pero fue eso lo que me redimió, el trabajo. Me metí de cabeza en él. Viajes, entrevistas, reportajes, investigación... En unos meses gané más experiencia que en cinco años normales. O sea, que una parte de mi estabilidad y mi buen nombre profesional se la debía a ella.

—La vida es extraña —musité.

—¿Cómo dice? —oí una voz a mi lado.

Le miré. Era un hombre con barba de dos días, piel aceitunada, rostro cetrino. Olía a tabaco y a vino peleón. Llevaba un mono azul.

—Nada, hablaba en voz alta —me encogí de hombros.

—Pues eso es malo, ¿eh? —me advirtió.

Me encogí de hombros y continué observando la calle desde mi asiento en el taburete de la barra.

Los meses que siguieron a la separación hice algunos de mis mejores reportajes. En lo sentimental tardé un poco más. Casi medio año. Pasé por una etapa disgregada, cambiante, Elena, Victoria, Carla... flores de un día o una semana.

Ninguna como Alejandra.

Le eché un vistazo al reloj.

Veinte minutos.

Los boquerones, las patatas bravas, los montaditos... El aspecto era inmejorable, pero el humo... Bastaba con ver a los parroquianos expulsándolo sobre las tapas.

Comprobé mi móvil.

Operativo.

Veinticinco minutos.

La voz de mi instinto apareció entonces.

Pensaba en Alejandra, en lo que debía de estar sucediendo en el piso de su padre, y la escuché dentro de mi cabeza con tanta claridad como acababa de escuchar al tipo de mi derecha.

–Jon.

–¿Qué? –le pregunté.

–Piensa.

–¿En qué?

–¿No te das cuenta?

¿De qué debía darme cuenta?

–Llevas todo el día sabiéndolo, pero no atiendes, no percibes los detalles, sólo la ves a ella.

–Ahora no está –le hice ver a la maldita voz.

–Por eso ahora me escuchas.

–¿Y?

–Eres periodista. Deduce. No hagas que te lo ponga fácil. Hay un denominador común.

Un denominador común.

Algo que unía distintas partes de la historia.

Culver Harris.

Mariano Gálvez.

Demian Lapeira.

Creo que se me descolgó la mandíbula inferior al darme cuenta.

—¡Barcelona! —exhalé.

Oí claramente la risa de mi instinto.

Barcelona.

Culver Harris había muerto ahogado, víctima de la caída provocada por las drogas, en una piscina de la casa alquilada en Sant Cugat, a espaldas del Tibidabo, a quince minutos de Barcelona.

Mariano Gálvez, el psicópata enamorado de Alejandra, se había colado en su piso de Barcelona.

Demian Lapeira había sido embestido por un coche robado, que se empotró con el suyo, en Barcelona.

Y por último Christian van Peebles era asesinado... en Barcelona.

¿Casualidades?

—Eres periodista —reapareció la voz de mi instinto a modo de letanía, reprendiéndome—. ¿Casualidades? ¿Desde cuándo crees en ellas? y menos en un caso como éste.

Todas las desgracias que habían acosado la vida de Alejandra se producían en Barcelona.

—Vamos, sigue —me alentó aquella voz.

¿Había más?

—Alguien mató a ese modelo.

—Sí.

—Y Alejandra tuvo un sueño.

—Sí.

—La acariciaban, la besaban...

El asesino de Christian van Peebles disfrutando de su cuerpo desnudo.

Sentí frío.

Treinta minutos.

Estaba a un paso, lo sabía. A un paso de cerrar el círculo.

De pronto sonó mi móvil.

Y tuve un sobresalto tan grande, arrancado bruscamente de mis pensamientos, que la limonada se me escurrió de los dedos y fue a estrellarse contra el suelo.

No me preocupé del vaso.

—¿Sí?

—Ya bajo —me dijo Alejandra.

Corté y me guardé el teléfono. El camarero ya había salido de detrás de la barra para limpiar el desaguisado. Me encontré con él casi encima.

—Lo siento...

—No pasa nada, señor.

Saqué diez euros y los dejé sobre el mostrador.

—Por el vaso y las dos limonadas.

—Vale, gracias —lo aceptó el hombre.

Salí a la calle. Ahora mi cabeza estaba llena de luces. Rozaba algo con las manos pero todavía no lo identificaba. Me faltaba un nombre.

La suma de todos los indicios.

Crucé la calle envuelto en mis pensamientos y me subí a la moto. Mientras me ponía el casco vi salir a Alejandra por el portal. No podía meterme en dirección contraria, así que bajé de la acera y me situé en la confluencia con la calle más ancha.

Miraba a Alejandra.

Cómo se acercaba.

Cómo sonreía.

Aunque de pronto...

—¡Jon!

Todo sucedió casi al mismo tiempo. La transmutación del rostro de Alejandra, cambiando la sonrisa por un rictus de pánico, su grito, mi cabeza volviéndose hacia la derecha, allá donde se habían dirigido los ojos de ella.

Tenía el coche demasiado cerca para evitar el impacto.

Tan cerca que estaba prácticamente sobre mí.

Hice lo único que podía hacer, como un acto reflejo, como defensa *in extremis* para que no me aplastara.

Levanté las piernas.

El impacto fue brutal. No salté, salí despedido. Y suerte que acababa de ponerme el casco, porque mientras el coche se llevaba por delante mi moto, proyectándola contra el mismo bar del que acababa de salir, yo caí al suelo de cabeza y luego rodé por él hasta ir a chocar contra un coche aparcado.

Me incorporé, más por inercia, para demostrarme a mí mismo que estaba bien y que no tenía nada roto, que por ganas de estrangular al maldito conductor que...

Alejandra corría hacia mí, despavorida.

Los clientes del bar también.

Yo sólo veía la parte trasera del coche, alejándose a toda velocidad, con sus cuatro nuevas identificables en la matrícula.

La primera en llegar fue Alejandra.

Se echó sobre mí, asustada, temblando, más pálida que una luna llena en una fría noche de invierno.

–¡Jon, Jon! ¿Estás bien?

–Tranquila, sí.

–¿Seguro? ¡Oh, Dios...! ¿Y si tienes...?

Los clientes del bar nos rodearon. El hombre del mono azul el primero. Luego el camarero. Debo admitir que primero me miraron a mí, interesándose por mi estado, pero después todas las miradas convergieron en mi compañera.

Casi tuve deseos de reír.

La condición humana es la condición humana.

Yo me saqué el casco. Estaba hecho un asco, como si me hubieran dado una paliza, pero entero.

–¡Amigo, pero qué santa leche!

–¿Está bien?

–¡Menudo loco el hijo puta!

–¡Pero si parecía que iba a por usted, que yo lo he visto!

–¡Tiéndase en el suelo, hombre, a ver si le da algo!

–¡Niño, trae un coñac!

Tuve que levantar las manos y detener el alud de atenciones.

–Estoy bien –le dije al primero–. Llevo moto hace años y sé caer –le dije al segundo–. Sólo estoy magullado –le dije al tercero–. Y no me traiga un coñac porque no bebo. Me basta con un vaso de agua, por favor.

El «niño», un chico de unos trece o catorce años, fue a por el agua.

Mi moto estaba completamente destrozada, casi en la puerta del bar, después de haberse estrellado contra la pared de la derecha.

Lo sentí por ella.

Y por Alejandra.

Tuve que abrazarla porque volvía a llorar, dominada por un nerviosismo que temí fuera a desencadenar un estallido de histeria incontrolada. Los hombres nos rodeaban hablando entre sí, gesticulando y expresando sus opiniones a gritos. Algunos transeúntes más se sumaron al grupo. Ningún guardia de la urbana o cualquiera que llevara un uniforme hizo acto de presencia, y casi lo agradecí.

–¿Alguien ha visto al conductor? –pregunté.

Movieron la cabeza en sentido horizontal, de lado a lado.

–¿Ni si era hombre o mujer?

Nada.

–Venga, métanse en el bar y esperen mientras llamamos...

–Lo haré yo, descuide –saqué el móvil de mi bolsillo.

Por lo menos estaba entero.

El hecho de que estuviera bien y pudiera caminar obró el primer milagro, que los curiosos se retiraran. Una vez en el bar me bebí el vaso de agua que me dieron y senté a Alejandra en el mismo taburete en el que había estado sentado yo esperándola.

–¡Ea, dejémosles tranquilos! –propuso el hombre de la barra–. Cada cual a lo suyo.

Miraban a Alejandra, con su peluca morena, su estatura, su belleza. Los comentarios bajaron de intensidad y pronto fueron diálogos a media voz o monólogos de rabia por lo sucedido. A fin de cuentas, yo estaba vivo de casualidad, por el grito de Alejandra, por mis reflejos, por el poquito de suerte que solemos tener algunos.

Conseguí que ella se serenara lo suficiente.

–Mírame.

Lo hizo. Sus ojos eran dos lagos a punto de quebrar la presa que los contenía.

–No ha pasado nada.

–Ese coche...

–Lo sé.

–Dios... –se desencajó.

Le besé la frente y abrí la línea de mi móvil. En primer lugar llamé al RACC. Les di las señas y me prometieron enviar una grúa en quince o veinte minutos como mucho. En cuanto corté saqué la tarjeta de Genaro Martín de mi bolsillo y pulsé los dígitos de su número. Me aparté un poco de la barra y casi salí a la calle para que no me oyera nadie, salvo mi compañera.

–El comisario Martín, por favor –le pedí al hombre que se puso al aparato.

Me preguntó el nombre. Se lo di y pasé otro filtro. Le dije a este segundo que era urgente y que tenía que ver con el caso de Alejandra Galvany.

–¿De quién?

–Alexia. La modelo.

–Un momento, no se retire.

Pensé que estaría comiendo, o en un servicio, o que no se pondría.

–¿Jonatan?

–Comisario, perdone que le moleste pero es que ha sucedido algo –fui directo al grano.

–¿De qué se trata?

–¿Puede averiguar a quién pertenece la matrícula BDP 9999?

–¿Por qué debo darte esa información? –tanteó.

–Ese coche acaba de intentar atropellarme. Yo estoy bien, pero mi moto no.

–Espera.

No hizo más preguntas. Las dos palabras mágicas, «intentar atropellarme», bastaron para que a través de la línea escuchara un sordo teclear. Su voz reapareció a los veinte segundos.

–Denunciaron el robo de ese coche hace veinticuatro horas.

Supongo que lo imaginaba.

En parte aquello cerraba más y más el círculo de mis sospechas.

–¿Puedo preguntarle algo más, comisario?

–Adelante.

–La muerte de Culver Harris, el novio de Alejandra que se ahogó en su piscina a causa de una sobredosis, ¿fue investigada?

Alejandra me miró con los ojos muy abiertos.

–¿Investigada? ¿En qué sentido?

–Leí que se puso ciego, cayó al agua y se ahogó.

–Así es.

–¿Alguien pudo empujarle?

El silencio al otro lado fue denso.

–Es posible –concedió Genaro Martín.

Brian Jones, miembro original de los Rolling Stones, había muerto así, ahogado en su piscina después de caer a ella debido a una buena ingesta de Salbutamol.

Era mi única referencia al respecto.

Por lo demás, ahogarse en una piscina por muy drogado que se esté...

–¿Adónde quieres ir a parar, Jonatan? –la voz del policía se hizo más dura y grave.

–Todas las relaciones de Alejandra que han pasado por Barcelona han tenido algún tipo de accidente –hablé lo más despacio que pude, para que mi intención penetrara como una suave cuña en su cabeza–. Culver Harris murió ahogado, Demian Lapeira fue embestido por un coche, como acaba de sucederme a mí, y Christian van Peebles ha sido asesinado. Ella ha tenido otras historias, por medio mundo, pero cada vez que una se produce aquí o el implicado pasa por aquí...

Alejandra se llevó las dos manos a la boca.

Yo le presioné el brazo con la que tenía libre, infundiéndole ánimo.

–Gracias por la información, Jonatan –inició la retirada el amigo de mi madre.

–De nada, comisario.

–¿Seguro que estás bien?

–De una pieza.

–Lláname a cualquier hora si...

–Lo haré.

–Dejaré dicho que te pasen conmigo esté donde esté.

Nos despedimos y corté la comunicación. El bar había vuelto a su rutina, salvo por el hecho de que todos miraban a Alejandra aunque estuviese de espaldas a ellos. Quizá yo ya no les cayese tan simpático a pesar del accidente. Alguno tenía los ojos muy abiertos, como si nunca hubieran visto algo parecido en vivo y en directo.

Mi compañera volvía a estar muy pálida, algo que acentuaba el negro intenso de la peluca con la que intentaba ocultar su identidad.

–Jon...

–Lo sé –le pasé un brazo por encima de los hombros.

–Significa que alguien...

–Ahora no pienses en ello –la estreché contra mí–. Relájate. Sólo relájate.

También tenía que hacerlo yo.

La vida de Alejandra había sido un infierno porque un loco...

Sentí rabia, frustración, y también pensé que era un idiota, porque a fin de cuentas la verdad había estado ahí, delante de mis narices, desde hacía horas.

Desde que ella me había hablado de su sueño.

O su pesadilla.

La grúa del RACC apareció de pronto en nuestro campo visual.

El taxi nos dejó en la puerta de la casa de Esperanza. Pagué la carrera y subimos al piso manteniendo el mismo silencio plagado de chispas. Cuando cruzamos aquel umbral y nos sentimos realmente a salvo, Alejandra por fin se atrevió a interrumpir mis pensamientos mientras se quitaba la peluca.

–Estás muy callado.

–Ya me conoces.

–Antes sí.

–No he cambiado.

–Dime qué piensas, por favor.

–No puedo. Todavía.

–¿Por qué?

–Porque necesito estar seguro.

–Entonces...

–Confía en mí, ¿quieres?

Volvíamos a estar en aquella sala, frente a la galería. Ya me resultaba habitual y familiar. Parecía un poco nuestra casa.

Una broma.

–¿Tienes hambre?

–No –mentí.

–Yo tampoco.

–Estás en los huesos –la previne.

–Antes te gustaba delgada.

–Antes era antes, en otra vida.

–¿Qué te pasa? –se puso delante de mí y colocó sus dos manos abiertas sobre mi pecho, mirándome con aquella languidez que tantos estragos causaba en sus fotos.

–Intento montar el puzzle que tengo en la cabeza –no quise que me preguntara más y lo hice yo–. ¿Qué te ha dicho tu padre?

–Ha llorado al verme.

–Nunca es tarde. ¿Por qué no te llamaba él?

–Sabía que lo haría yo. Y sabía que yo no había matado a nadie.

Seguía estando sola, y se aferraba a cualquier clavo ardiendo, incluso a un padre que nunca la quiso y que por arrepentido que estuviese jamás podría compensarle el daño hecho.

Sentí una infinita piedad por ella.

Y de rebote por mí.

No me gustó esa sensación.

Era el momento de ser fuertes.

Con ella tan pegada a mí tuve que apoyarme en la pared. Entonces sentí el dolor y no pude evitar la mueca ni el lamento.

–¿Qué te pasa? –se alarmó.

–Nada –quise despreocuparla.

–Déjame ver.

–No es nada, Alejandra.

–Quítate la camisa.

–No.

Lo hizo ella, paciente, botón a botón. No tuve más remedio que ayudarla. Cuando quedé con el torso desnudo comprobó la contusión de la espalda. No sangraba, pero tenía un claro color violáceo que iba a más.

–Dios mío... –gimió.

–Es un golpe, nada más.

–Deberías ir al médico, o vendártelo, no sé...

Puso sus manos en mi cuerpo y entonces me estremecí.

Ella lo comprendió.

Se acercó a mí y me besó el hombro, donde empezaba la zona dañada.

–No hagas eso –le pedí.

–Jon...

–Alejandra, no.

El siguiente beso me selló los labios.

Y por un momento perdí la razón, porque no era como el beso de hacía unas horas, tierno y dulce.

El beso que me había liberado de todos mis fantasmas.

Ése me ardió en la boca.

–No, Alejandra, no, por favor –conseguí apartarla y situarla frente a mí.

–Nos equivocamos, Jon –su voz tenía un tono de súplica.

–No nos equivocamos. Ahora lo veo claro. Hicimos lo que debíamos en el momento que debíamos.

–Pero aquello era sincero, auténtico. ¡Nada de lo que ha venido después lo ha sido!

–Todos los sueños parecen auténticos. Y cuanto más imposibles son, mejor, pero eso no basta. Tu amor me salvó, me dio energía, hizo que creyera en mí. Es posible que yo también te diera algo valioso. Fue precioso, único, y desde luego imposible de repetir. Tuvo su momento.

–No... –pareció querer aferrarse a su ansiedad.

Y volvió a besarme.

Temblaba. Su necesidad se hizo más fuerte que cualquier atisbo de cordura. Se abrazó como un náufrago al salvavidas que le arrojan desde un barco o un helicóptero. Yo no pude hacer otra cosa que dejarla que se rompiera una vez más, y acariciarle el pelo, su hermoso pelo, para intentar serenarla.

–Alejandra, a veces amar no es suficiente –le susurré al oído.

–Tiene que serlo –la envolvió el dolor.

Cerré los ojos. Yo sabía que la Alejandra que se estaba entregando a mí volvería a ser la Alexia que deslumbraba desde una imagen de perfume o desde una pasarela, comiéndose el mundo con su fuerza, su magnetismo y su atracción casi animal. Volvería porque ya no había otra. Las dos se fundían en una, aunque ahora, en ese instante, Alexia no existiese y Alejandra fuese la protagonista de su vida.

Seguí acariciándola, sin abrir los ojos, recibiendo sus lágrimas.

Y recuperé el hilo de mis pensamientos.

Por la mañana había estado un largo rato contemplándola mientras dormía. Me sentí un *voyeur* cualquiera. Y la persona que había matado a Christian van Peebles había hecho lo mismo después de asesinarlo: mirarla, extasiarse con su cuerpo desnudo, acariciarla, besarla...

No, no lo había soñado.

Fue real.

Christian estaba con la persona equivocada en el momento equivocado y en el lugar equivocado. Al menos para un loco.

Me faltaba un rostro.

–¿Cuánto hace que tienes de abogado a Rodrigo de Blas?

–¿Qué?

Se lo repetí, haciendo que me mirara a los ojos.

–Bastante –musitó–. Dos años, casi tres. Desde la muerte de mi madre.

–¿Ha llevado todos tus líos, incluido el juicio de tu acosador?

–Sí.

Conseguí separarla del todo de mí y extraje el móvil de mi bolsillo. Tenía el número del abogado de Alejandra anotado en el papel que el día anterior había utilizado ella para llamarle. Pulsé los nueve dígitos, cruce los dedos y esperé.

Alejandra y yo nos miramos a los ojos.

Yo le guiñé uno de los míos.

Si mi teoría era cierta la pesadilla acabaría en unas horas.

Y sería libre.

Volvería a su mundo y yo al mío.

—¿Señor De Blas? —correspondí al saludo del abogado al otro lado de la línea—.
Jon Boix. Necesito una dirección.

El edificio era vulgar, en Sants, próximo a la Plaza de España. Una casa como cientos, miles de casas más. Cuando entré en el portal después de pagar el taxi me encontré delante de una escalera oscura, sin ascensor, aunque en el hueco podría caber uno, y con la garita de la portera vacía. Mientras subía hasta el quinto piso, atravesando las sombras, respiré todos los olores pegados a las paredes. Aromas de comidas, humedades y cuerpos deslizándose una y otra vez arriba y abajo. Había dos puertas por rellano, y la que buscaba era la primera de la derecha de aquella quinta planta.

Miré la puerta.

Respiré hondo.

Y llamé.

Al otro lado un timbre expandió sus notas agudas por todos los rincones del piso. No había mirilla. Me alegré porque si mis sospechas eran ciertas él iba a reconocermé a mí. Yo en cambio no le había visto nunca.

Salvo en una foto en Internet, de cuando se había convertido en protagonista de la historia.

El día de su juicio por acosar a Alejandra.

La puerta se abrió de pronto. No hubo ninguna pregunta. No escuché ningún ruido. Se abrió y bajo la mortecina luz de una lámpara me encontré cara a cara con Mariano Gálvez.

Tenía razón: me reconoció.

Se rostro sufrió una transmutación brutal, se desencajó por completo, como si todos los tornillos que se lo sujetaban se hubieran aflojado de golpe. Alzó las

cejas, dilató las pupilas, abrió la boca, con la mandíbula inferior súbitamente caída...

Ni siquiera se le ocurrió disimular.

No podía.

Si yo estaba allí era porque sabía la verdad.

Intentó cerrar la puerta pero yo estaba preparado. No sólo le coloqué el pie para impedirlo, sino que cargué contra ella, con todas mis fuerzas. No soy violento, nunca lo he sido. En la escuela era de los que recibían las tortas, no de los que las daban. Me llamaban «cerebrito» y otras lindezas. Pero en ese momento creo que yo quería hacer daño, matar, convertirme en el torturador de aquella bestia paranoica que había llevado su falso amor y su maníaca devoción por Alejandra hasta límites demenciales.

Mariano Gálvez no llegó a caer porque el recibidor era pequeño. Rebotó contra la pared y ni siquiera se molestó en plantarme cara. Echó a correr por su piso.

Una caja de cerillas sin escapatoria.

Fui tras él. Si tenía una pistola y llegaba hasta ella estaba listo. Mi ventaja era mi proximidad, tenerle a menos de tres metros. Le atrapé en la cocina, intentando coger un cuchillo de un portacuchillos en el que había varios y de todos los tamaños. Entonces ya no tuvo más remedio que plantarme cara y pelear. Se volvió hacia mí y me hundió unos ojos alucinados, inquietantes. Los ojos de una rata antes de ser devorada por un gato.

No era un tipo fuerte. Bajito, redondito, con poco pelo, discreto, de los que no llama la atención y pasa desapercibido siempre. Pero estaba desesperado. Y la desesperación unida a la locura pueden obrar milagros. No en vano se dice que los locos tienen más fuerza que otras personas. Por un momento creí que conseguiría nivelar mi mayor envergadura y mi rabia. Se movía sin parar, me costaba sujetarle las manos, se protegía. Era un saco de nervios.

Le empujé con todas mis fuerzas, para liberarme de él y buscar la forma de darle un puñetazo.

No fue necesario.

Salió despedido hacia atrás, como en el momento de cargar yo contra la puerta, y se golpeó la cabeza contra uno de los muebles altos de la cocina. Justo el ángulo. En su nuca.

Mariano Gálvez puso los ojos en blanco y se desplomó sobre el suelo.

Me quedé mirándolo, jadeando y todavía sorprendido por lo sucedido. Por un instante pensé que estaba muerto, y que el que acababa de meterse en un lío de mil pares de demonios era yo. «Ex novio de Alexia descubre al asesino de Christian van Peebles y Culver Harris y en un acceso de furia vengadora le mata sin piedad.»

Me arrodillé a su lado, le puse una mano en el pecho y respiré aliviado.

Seguía con vida.

No perdí el tiempo. Busqué por la cocina algo con que atarle. No di con nada. Salí y me metí en el primer cuarto que encontré. Era una especie de taller para manualidades, bricolaje y esas cosas. Allí sí di con algo útil: una cinta adhesiva de banda ancha, para profesionales, destinada al embalaje de cajas, paquetes y lo que hiciera falta que necesitara seguridad. Regresé con ella a la cocina pero primero cerré la puerta de la entrada, que seguía abierta. Nadie parecía haber escuchado el ruido de la pelea. La escalera seguía a oscuras, sin vecinos curiosos. Recosté al acosador de Alejandra contra una pared y le até las manos y los pies. No le tapé la boca por miedo a que se ahogara o acabase respirando con dificultad. Como después de todo ello seguía inconsciente, registré el piso, como precaución adicional.

Una mera formalidad.

Lo primero fue abrir un par de ventanas, porque me ahogaba. Y justo al lado de la cocina, en una habitación prácticamente vacía, salvo por un par de butacas y algunos libros, también dos puertas que daban a un balcón no muy grande y no menos ruinoso.

El «espectáculo» lo encontré en lo que parecía la sala-comedor del piso, aunque no estaba destinada precisamente a lo habitual en cualquier casa.

—Dios... —me sentí impresionado.

Era un museo dedicado a Alejandra o, mejor dicho, a Alexia. Las cuatro paredes estaban forradas con fotografías suyas, decenas, cientos, quizá miles porque algunas estaban pegadas sobre otras. Portadas, anuncios, noticias, cuanto hiciera referencia al oscuro objeto del deseo de aquel loco se encontraba allí. También vi un televisor, un grabador de vídeo y otro de DVD, con un sillón pequeño situado en el centro, frente a ellos. Un trono rodeado por aquellas cientos de Alexias sonrientes. Un efecto abrumador. Bajo el mueble del televisor descubrí cintas de vídeo y CD, con filmaciones robadas en la calle o grabadas de la televisión, por lo que decían las etiquetas. Mariano Gálvez era algo más que una sombra suya. Era

como si durante aquellos años Alejandra jamás hubiese estado sola, por lo menos cuando se encontraba en Barcelona.

Una obsesión demencial.

Por alguna extraña razón, aquel santuario me hizo daño.

Nadie, por famoso que sea, merece algo así.

Una transgresión de la propia libertad.

Había algo más, un mueble, un archivador. Lo abrí y descubrí carpetas perfectamente alineadas con etiquetas que delimitaban la vida de Alexia por temas, fechas, portadas famosas, sus desnudos, sus noticias... Lo que tenía en las paredes, a modo de mausoleo, lo repetía allí.

Creía que ya lo había visto todo, pero me equivoqué.

Lo peor se encontraba en la siguiente habitación, en apariencia, la principal, en la que además dormía Mariano Gálvez puesto que allí tenía su cama.

Las paredes no eran distintas de las de la sala-comedor. El hecho de que la habitación fuese más pequeña no le restaba relevancia. Volvían a estar cubiertas de fotos de Alexia, blanco y negro y color, algunas ampliadas, pósters de tamaño real y un largo etcétera. La cama estaba situada en el centro porque en la parte baja de las cuatro paredes se exponían las estanterías y los muebles con el museo.

El museo.

Probablemente aquel loco se había pasado horas y horas robando la basura de su objetivo, porque allí había vasos, botellas, sobres arrugados, papeles, chicles mascados, latas de refrescos, bocadillos con la marca de una boca incrustada en el pan antes de dejarlos sin terminar, compresas usadas... Y no sólo la basura. El día que Alejandra se lo encontró en su piso, o la misma noche que mató a Culver Harris o a Christian van Peebles, Mariano Gálvez había robado prendas de todas clases, desde una camiseta o un zapato hasta ropa interior.

El fetichismo elevado al grado máximo, el de la locura.

Ni siquiera estaba vivo: estaba muerto.

Aquel desgraciado existía por y para su enfermizo sueño.

Lo último que hallé fueron algunas libretas llenas de poemas, o lo que fuera aquello, porque me bastó leer un par de páginas al azar antes de romperlas en dos pedazos y arrojarlas al suelo, asqueado.

Alejandra como protagonista o como destinataria.

Sentí deseos de arrancar las imágenes de la paredes, destruir el museo, destrozar aquella iniquidad, pero me contuve porque la policía tenía que verlo, juzgarlo, y comprobar la dimensión de lo que Alejandra había pasado por culpa de aquel demente.

Un gemido me hizo recordar que no estaba solo en el piso.

Y una voz.

—¡Eh!

Salí de aquel infierno y regresé a la cocina para enfrentarme a él.

Mariano Gálvez había recuperado el conocimiento.

Atado de pies y manos, recostado en la pared de la cocina, con los ojillos desorbitados por el miedo, parecía lo que en realidad era: un pobre diablo, un infeliz capaz de matar por una pasión enfermiza. Acosar a Alejandra, meterse en su casa, no le había supuesto una condena. Lo peor era que ahora, con dos crímenes y dos intentos más de asesinato sobre su cabeza, su locura tal vez no le acarrearla la cárcel, sino su internamiento en un psiquiátrico.

–¡Suéltame, cabrón! –me gritó.

Me senté en una de las sillas de la cocina. Había dos. Desde allí, agotado, notando el dolor de mi espalda, que despertaba a cada rato que pasaba y me hacía recordar que estaba vivo de milagro, contemplé a aquella basura humana.

Se supone que debía de sentir lástima por él y de él.

Pero le odiaba.

No me sentía orgulloso de ello, pero le odiaba.

–¡No tienes derecho!

–Cállese –le dije manteniendo la distancia sin tutearle como él a mí.

–¡Tú no eres mejor que los otros! ¡Tú no eres más que un desgraciado guaperas de mierda! ¡No la harás feliz! ¡Nadie puede hacerla feliz!

Sostuve su mirada unos segundos, hasta calmarme lo suficiente.

–Era su fan número uno, ¿verdad?

–¿Su fan? ¡Maldito idiota! ¿Su fan? –se agitó tratando de liberarse de sus ataduras–. ¡Yo la quiero! ¡La quiero!, ¿entiendes? ¡Alexia es mía!

–Alexia no existe –le dije–. Usted ama al personaje, pero no tiene ni idea de quién es la persona que hay detrás de él.

–¡Te mataré!

No era necesario, pero quise decir lo que imaginaba o sabía en voz alta, para asimilarlo, para arrancarle la confesión o provocarle el dolor. Los dos habíamos pasado a formar parte de una escena que lo era todo, y transitábamos por nuestro espacio en una cápsula de tiempo. Vivíamos un *impasse* irreal.

–La espiaba siempre que venía a Barcelona. La espiaba y estaba pendiente de ella. No podía seguirla por medio mundo, pero cuando Alejandra pasaba por aquí, por el motivo que fuera, entonces se convertía en su sombra... Su único error fue que un día ella le encontró en su piso y le detuvieron. De no ser así... Nadie sabría nada de usted. Nada. Cartas, llamadas, declaraciones de amor, acoso, llevarse su basura para su museo de los horrores... Eso era anónimo. Meterse en su piso, no. Y después de la primera detención y la orden de alejamiento, ya no podía volver a arriesgarse, pero eso no significaba que no la observara, la tutelara...

–¡Yo la protejo! ¡La protejo de vividores como tú! ¡Sólo queréis su cuerpo, cerdos, malditos seáis! ¡Acabaréis en el infierno!

–¿Cómo mató a Culver Harris?

Mariano Gálvez no me respondió.

–¿Le vio drogado y le empujó a la piscina o se cayó él solo y usted le mantuvo la cabeza debajo del agua?

El mismo silencio. Podía estar loco, pero no era idiota.

–¿Y Christian van Peebles?

No creo que haya visto tanto odio en los ojos de un ser humano.

–A Demian Lapeira le embistió con un coche, igual que a mí. Estábamos solos y nos tuvo a tiro. Pero a Christian van Peebles... Sabía que estaba en ese hotel, con ella, y no pudo soportarlo. Se la imaginaba en la cama, haciéndolo, sin llegar a pensar que no pasaba nada porque él era gay, que sólo dormían la borrachera.

Ahora me escuchaba atentamente.

–Sí, amigo. Christian era gay, ya ve –me atreví a sonreírle con desprecio–. Pudo haberse ahorrado su muerte.

Siguió sin decir nada.

–¿Quiere que lo repasemos? –no esperé su respuesta–. Alexia desfilaba en Barcelona después de mucho tiempo, un momento especial y único, el más esperado. ¡Verla en la pasarela! Pero la mayoría de desfiles de moda son restringidos, hay que pedir una invitación o estar acreditado. Y usted no podía dar su nombre, así que se quedó sin verla. No pudo entrar. Se limitó a hacer lo que hacía siempre, seguirla, mirarla de lejos. Y ese día... ¡oh, maldición! Alexia con otro, charlando, pasándolo bien, y encima después del desfile siguieron juntos, fueron a un club, parecían felices. ¿Cómo resistir eso? ¡Alexia volvía a las andadas, y con un modelo guapo, asquerosamente guapo! La última parada fue ese hotel. Subieron y ella ya no volvió a bajar. ¡Se quedó a pasar la noche!

–¡Fue él, ese cerdo! –gritó de pronto–. ¡Ella habría vuelto a salir enseguida, para irse a su casa! ¡Él la retuvo, seguro! ¿Gay? ¡Quizá la forzó! ¡Alexia es incapaz...! ¡Son ellos, siempre ellos! ¡Como tú!

–Ni siquiera imaginó la verdad, que dormían como amigos. Para usted fue una noche de rabia y locura. Una cosa es pensar que ella está con otro en Nueva York o São Paulo, y otra muy distinta estar delante de un hotel a la misma hora. Oh, sí, qué duro debe ser eso.

Los ojos casi se le salieron de las órbitas.

Estaba rojo, congestionado.

–Ella no... No podía... No...

–Ni siquiera esperó a que fuera de día y salieran de allí –mi voz, paciente, le martilleaba implacable–. Se le cruzaron los cables. Tenía una navaja, o la compró ese mismo día por la tarde, y esperó su oportunidad. Y la oportunidad apareció. Por la mañana llegó al hotel un grupo de alemanes iracundos. Gritos, protestas, el personal repartiendo llaves y haciendo acreditaciones a toda mecha... Usted se coló dentro. Ya había llamado fingiendo cualquier cosa y sabía el número de la habitación. Yo mismo hice la prueba. Fácil. Subió tranquilamente al quinto piso, se puso unos guantes o usó un pañuelo, porque está loco pero no es tonto, llamó a la puerta y cuando le abrió Christian van Peebles lo acuchilló una, dos, tres, siete veces... –me detuve un instante al darme cuenta de un detalle–. ¿Qué habría hecho en caso de que le hubiera abierto la puerta Alexia? ¿Matarla también?

No me contestó. Sólo aquella mirada alucinada.

–Tal vez sí –susurré–. Tal vez quería castigarla también a ella de una vez. O protegerla. O «salvarla» para liberar su alma. Quién sabe –mi reflexión se perdió

en el silencio—. Sin embargo fue él, y eso lo decidió todo. Le mató con toda su rabia y lo cierto es que con Christian muerto se la encontró a ella dormida, prácticamente sedada, con tapones en los oídos. Entonces... Se sentó en la cama, la acarició, la besó... —yo mismo me estremecí de asco ante la imagen—. ¿Qué le dijo mientras lo hacía? ¿Que le daba otra oportunidad? ¿Que no fuera mala? —reflexioné un poco más—. ¿O bastaba con crear una maldición sobre ella lo suficientemente eficaz como para que nadie se le acercara? ¿Ni siquiera pensó en que podían acusarla de asesinato?

—Ella nunca habría matado a nadie, cualquiera lo sabe.

—¿Y el dolor que le estaba causando?

—Los pecados hay que pagarlos.

—Un pequeño castigo —musité.

Me di cuenta de que me sentía liberado después de haber descrito todo aquello.

Mariano Gálvez apoyó la nuca en la pared. Su respiración volvía a ser acompasada. La suya era otra clase de liberación.

—Pudo haberla violado. ¿Por qué no? La tenía para usted solo.

—Tú no entiendes nada —me escupió cada palabra a la cara.

—¿Y usted? —le dije—. Usted sólo actúa. Ni siquiera piensa. ¿Se habría entregado en el caso de que la acusación de asesinato hubiera prosperado? ¿Tan valiente hubiera sido? ¿Tanto amor siente por ella que la deja vivir un infierno como castigo?

—Ella es una diosa —exhaló de pronto—. No es de este mundo. Yo la entiendo. Nadie más es capaz. Yo sí.

—¿Le cuento el final? —continué dispuesto a cerrar el círculo de la historia—. Tal vez se quedó en la habitación hasta que ella dio señales de despertar, o tal vez salió mucho antes y se escondió a la espera de su oportunidad para evadirse del hotel. Fuera como fuese le llegó cuando la propia Alejandra... Alexia, se puso a gritar y todo el hotel se congregó en la quinta planta. Momento para irse impunemente. Fin de la historia. Y con ello... de nuevo la rutina. Los tipos como usted duermen poco, son compulsivos, obsesivos. ¿Toma drogas? Puede que sí. Las horas de vigilancia no importan. El día que ella salió de los juzgados en libertad provisional usted estaba allí, cómo no, esperándola. Otra vez lo de siempre: seguirla, espiarla, como si no hubiera pasado nada... Así la vio esconderse en casa de su amiga Esperanza, y así la vio luego conmigo. Y vuelta a

empezar. Otro candidato más. Alexia no escarmentaba, ni nosotros tampoco. Ya no esperó demasiado. En cuanto pudo quiso repetir lo de Demian Lapeira, el coche robado y el atropello, aunque no lo ha practicado bien porque ni le mató a él ni me ha matado a mí. La diferencia en este caso es que yo fui más listo y usted más tonto. Una matrícula con cuatro nueves...

–Tuviste suerte, nada más –intentó burlarse.

–Toda la que a usted se le ha acabado, amigo.

Me puse en pie.

Un loco mató a John Lennon en 1980, abriendo la veda de la caza de los famosos a cargo de sus fans. Fue el disparadero. Desde entonces el mundo había cambiado mucho, las estrellas llevaban guardaespaldas, iban con más cuidado, tenían incluso miedo. Un intruso en Buckingham Palace era ya tan habitual como otro asediando a Madonna o el que hirió a George Harrison en su casa. Pasar del amor al odio en una mente paranoica es casi tan lógico como ver la noche al final del día. Todas las estrellas tienen fans como Mariano Gálvez.

Y siempre hay un Mariano Gálvez que llega al límite.

Extraje el móvil y busqué en la lista de llamadas la que le había hecho a Genaro Martín. Pulsé y repetí el número. No hicieron falta más que dos tonos para que la línea quedara abierta y escuchara la voz del inspector de policía.

–¿Jonatan? –me dijo–. Ahora no puedo atenderte.

–Creo que sí –afirmé yo–. Sé quién mató a Christian van Peebles. Es más, estoy con él, y le tengo reducido.

–¿Estás en casa de Mariano Gálvez? –me sorprendió.

–¿Cómo...?

–No te muevas de ahí, Jonatan. Ni hagas nada. Estamos a punto de entrar en la escalera. En un minuto llegaremos ahí arriba contigo.

Yo mismo abrí la puerta y les esperé en el rellano. Subían a la carrera, como un pelotón de asalto. Genaro Martín iba el primero, manos libres. Los de detrás no. Un par llevaban sus armas en la mano.

Eso sí, la cara del inspector no era lo que se dice amigable.

—¿Dónde está? —me preguntó sin ambages.

—En la cocina, atado.

Pasó por mi lado sin decirme nada más. Los otros me dirigieron miradas graves, serias, sin saber si reducirme o no, ponerme las esposas o no. Como su superior no lo había hecho, pasaron también de largo. Cuando entró el último, yo seguí sus pasos. El piso no era tan grande como para que pudiéramos movernos fácilmente y el súbito hacinamiento lo hizo más difícil. La cocina no era el mejor de los lugares para mantener una reunión o sostener un primer interrogatorio, así que sacaron a Mariano Gálvez, sostenido por dos policías de uniforme, después de cortarle la cinta de los pies para que pudiera caminar solo, y lo condujeron a la pequeña habitación semivacía contigua a la de los libros, los dos sillones y el balcón cuyas puertas había abierto yo mismo para que circulara el aire en aquel lugar viciado. Tenía la cabeza gacha y aspecto de derrota. Toda la chulería que había mostrado conmigo, por el simple hecho de haberme visto con Alejandra, se le evaporó con el peso de la ley sobre su inmediata realidad y su cancelado futuro.

—Adiós —le dije yo desde la puerta de la habitación viendo cómo le sentaban en uno de los sillones.

Volvió la cabeza un instante. Me taladró con la mirada. Resistí la andanada de odio y desprecio.

Creo que disfruté con su rabia y su frustración.

Nunca he sido sádico, pero a veces...

Me encontré de nuevo con Genaro Martín de cara.

–¿Estás loco? –me soltó.

¿Qué podía hacer? Me encogí de hombros.

–¿Por qué no me llamaste?

–Lo tenía claro, pero no estaba seguro.

–¡Pudo haberte matado!

–Ya lo intentó al atropellarme pero le salí rana.

Una voz nos cortó el diálogo.

–¡Inspector, venga a ver esto!

Uno de sus subalternos le llamaba desde la primera de las habitaciones-santuario dedicadas a Alexia. Genaro Martín ni siquiera pasó de la puerta. Dejé que el policía lo apreciara por sí mismo.

–¡Aquí hay otra! –gritó una segunda voz.

–Menudo loco –certificó otro de los agentes de la ley.

–Vamos a fotografiar todo esto. No toquéis nada –ordenó el inspector después de echarle un vistazo a la segunda estancia.

–Hay de todo –le informé yo mismo–. Fotos, películas tomadas a distancia, restos extraídos de la basura... Si el día que le detuvieron por acoso un juez hubiera ordenado un registro tal vez las cosas habrían sido distintas.

–El problema de los acosadores es que mientras no exista un delito real, físico... –soltó un bufido.

–Ese tipo ha convertido la vida de una persona en un infierno.

Nos quedamos mirando.

La mayoría de policías estaba ahora en las dos habitaciones-museo. Genaro Martín y yo en el pasillo. A Mariano Gálvez le vigilaban un par de agentes en la habitación del balcón. Todo parecía haber terminado.

Hora de volver a casa.

Con Alejandra, para decirle que por fin era libre.

No sé el inspector, pero yo tenía que haber intuitido algo más.

Comprender que Mariano Gálvez era un loco peligroso.

Irracional.

O tal vez no.

Primero fueron los gritos.

–¡No!

–¡Quieto!

–¡Joder, Pepe, cuidado!

Después el ruido.

Genaro Martín y yo fuimos los primeros en asomarnos a la puerta de la habitación. Lo primero que vimos fue a uno de los agentes en el suelo levantándose y a su compañero en el acceso al balcón con un brazo extendido.

–¡Quieto, García! –gritó el inspector de policía–. ¡No lo intente!

Mariano Gálvez estaba en la barandilla, sentado sobre ella, con una pierna colgando del otro lado y el cuerpo peligrosamente inclinado sobre el vacío. Su expresión de loco era todavía más demencial. Sonreía.

–¡Ha cargado contra Pepe y luego...! –intentó justificarse García.

–Tranquilo, retroceda –ordenó su superior.

Caminó hacia el balcón. Yo le seguía. Pensé que me diría que me apartara pero ahora todos estábamos pendientes del acosador de Alejandra. Era como si nadie más existiese. Otros agentes entraron por detrás. El silencio apenas duró un par de segundos.

–Vuelva, señor Gálvez –pidió Genaro Martín.

–¿Señor Gálvez? –soltó una carcajada–. ¡Váyanse a la mierda! ¡Todos!

–No lo haga –quiso disuadirle–. Le internarán en un lugar donde podrá recuperarse, salir algún día...

–¿Salir algún día? –abrió unos ojos como platos–. ¡Entonces será tarde!

Hablaba de Alejandra, su Alexia, como siempre.

Yo sabía lo que iba a hacer. Creo que lo sabíamos todos.

Fin.

Mariano Gálvez me miró a mí.

–¡Lo hice por ella! –me arrojó todo su desprecio e impotencia–. ¡Sólo así lo entenderá!

–¿Entenderá qué? –dio un paso más Genaro Martín.

La respuesta tardó un poco en llegar.

–La clase de amor que habría podido darle, el amor de la plenitud y la sinceridad, no el vuestro, caterva de lobos –manifestó de pronto con un tono de voz reposado, casi nostálgico–. Ella es perfecta. Perfecta en un mundo imperfecto. Sólo así puedo demostrárselo...

–¡No!

El último grito del inspector de policía coincidió con el abandono del loco, la renuncia a la vida, el decantamiento de su cuerpo hacia el lado del vacío, alzando la pierna que mantenía dentro del balcón.

Nadie hubiera podido evitarlo.

Todavía no habíamos alcanzado la barandilla cuando ya escuchamos el sordo impacto del cuerpo al estrellarse sobre uno de los capós de los coches de policía aparcados abajo.

Alejandra estaba deslumbrante, como si las horas pasadas no hubieran hecho mella finalmente en su persona, o como si la liberación hubiera significado algo más que la vuelta a la vida. Una reconversión vital. Una operación de estética basada en el fin de una pesadilla.

Y volvíamos a estar sentados, cara a cara, con nuestras manos entrelazadas.

Hay muchas formas de establecer diálogos además de con las palabras. Los ojos, el cuerpo, las manos...

Diez dedos jugando, o mandándose mensajes.

Cuatro ojos con miradas que viajan a la velocidad de la luz.

Ni siquiera iba maquillada. No le hacía falta. Era la Alejandra que yo recordaba, la de aquella primera vez, en su casa, descalza.

—¿Cuándo sale tu avión?

—Esta tarde.

—¿Te quedarás en Nueva York mucho tiempo?

—Mucho tiempo no. Tengo contratos que atender, trabajo, desfiles... Pero allí hay más intimidad, menos presión de los medios, menos brutalidad para conseguir una foto o lo que sea. Necesito un poco de... bueno, poner distancia.

—No te metas en líos, al menos durante los próximos diez años.

—Te lo prometo.

—Y las drogas o el alcohol...

—No, eso se acabó —se aferró a mis manos con vehemencia—. Te lo juro, Jon. Te

lo juro.

–Es tu vida.

–Lo sé.

Estuve a punto de decirle que pensara en mí de vez en cuando pero no lo hice. Demasiado ridículo. Demasiado cursi.

Aunque quizá el momento lo fuese.

Puede que los momentos cursis sean los mejores, los de la plena humanidad.

La mitad superior del cuerpo de una mujer apareció por la puerta, sujetándose al quicio, para no irrumpir del todo en la habitación.

–Señorita Alexia, es la hora –anunció.

–Voy –le respondió sin moverse.

Continuó mirándome a mí.

De aquella forma que no necesitaba palabras para expresar lo que sentía.

Aunque lo hizo.

–Ven conmigo.

–No.

–¿Por qué?

–Ya hablamos de eso hace tres años.

–Será diferente.

–Nunca lo será, cariño. Nadie puede escapar de lo que es, y tú eres una celebridad.

–No quiero serlo, y menos a este precio.

Sonreí con ternura.

–Sabes que cuando posas para los mejores fotógrafos, cuando desfilas por una pasarela con la mejor de las creaciones del mejor de los modistos, cuando asistes a una ceremonia, te dan un premio o lo que sea, disfrutas, te transformas, eres Alexia. Y lo haces porque has nacido para esto, y porque es un regalo que le haces al mundo. Yo no estoy hecho para eso. Tú sí. No puedes renunciar a ello y lo sabes.

–No se puede vivir sin amor.

–No es amor. Es necesidad. Por eso sé que no saldría bien. El amor ya lo tuvimos, y eso nadie nos lo arrebatará.

–¿Lo tuvimos? –se le ensombreció la mirada.

–De acuerdo, lo tenemos, lo tendremos siempre. Eso es lo que, en el fondo, nos permite vivir. Y sabes que cada vez que me necesites, me tendrás.

–Hay que pagar un precio por todo, ¿verdad?

–Me temo que sí.

La esperaban, y ella seguía inmóvil, cogiéndome de las manos, sin soltarme, como si por hacerlo pudiera caer o despertar y encontrarse con que la pesadilla seguía.

Tuve que hacerlo yo.

Soltarme, ponerme en pie, levantarla, abrazarla fuerte, muy fuerte, y darle un beso en la frente.

–Anda, ve –le pedí–. Es tu momento.

–Ven al menos a la rueda de prensa conmigo. Tú lo descubriste.

–Cinco minutos antes que la policía.

–Por favor...

–Si salgo en esa foto, contigo, perderé mi libertad, mi alma. Y tampoco le importo a nadie. Ellos quieren verte a ti, escucharte a ti, celebrar tu inocencia, quizá pedirte perdón, aunque no confíes mucho en ello. Mañana volverás a ser una celebridad disputada por los *paparazzi*. Seguirás siendo hermosa, admirada, envidiada...

Se estremeció.

Yo la empujé hacia la puerta.

–Vamos, Alejandra.

–Nadie me llama así salvo tú –me acarició el rostro en un último gesto de complicidad.

El último roce.

Luego se dirigió a la puerta, y a la escalera, y al salón donde iba a celebrarse la rueda de prensa, flanqueada por su abogado como único soporte para responder a las preguntas más comprometidas o que hicieran referencia al caso.

Me quedé solo.

No sé lo que sentí.

Me gustaría poder explicarlo pero no soy tan listo.

Tristeza, felicidad, dolor, alegría, serenidad, paz, libertad...

¿Cuántas clases de libertad hay en la cárcel de los sentimientos?

Gracias a Marcel, el único personaje real de toda esta historia, por su amistad, sus consejos y su colaboración en mis novelas sobre el mundo de la moda, en el que me introdujo hace ya muchos años. Gracias también a los modelos que a lo largo del tiempo me han servido de inspiración para crear a Alejandra o su universo personal, y a las revistas y agencias de las que me he nutrido. Mi respeto profesional asimismo a los nombres de marcas o modistos citados en estas páginas, como Toni Miró, y otras personas reales mencionadas en el texto.

Este libro comenzó a gestarse en las Playas del Carmen, Riviera Maya (Yucatán, México), en enero de 2007, y fue escrito en Vallirana (Barcelona, España), en julio de 2008.

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: noviembre 2011

© Jordi Sierra i Fabra, 1992, 2006

© Ediciones Siruela, S. A., 1993, 2006, 2011

c/ Almagro, 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-784-5

www.siruela.com

Índice

Primera parte: ALEJANDRA	5
Segunda parte: ALEXIA	98
Créditos	190